

G. 6.

ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS

MARXISMO Y ANTIMARXISMO

DISCURSO LEÍDO POR

D. JULIÁN BESTEIRO

EN EL ACTO DE SU RECEPCIÓN

CONTESTACIÓN DE SU EXCELENCIA

EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA,

D. NICETO ALCALÁ-ZAMORA,

ACADÉMICO DE NÚMERO

28 DE ABRIL DE 1935



M A D R I D

—
1935

DISCURSO
DE
D. JULIÁN BESTEIRO

Señores académicos:

El día 15 de mayo de 1921, siendo ministro de la Gobernación, leyó D. GABINO BUGALLAL Y ARAUJO su discurso de ingreso en esta Academia.

La disertación versaba sobre *La inviolabilidad parlamentaria en su origen y naturaleza, sus límites y sus sanciones posibles*.

El asunto es siempre importante, y hoy tal vez de más actualidad que entonces. Como entonces, hoy y siempre es el tema de la inviolabilidad tan especializado y tan concreto, que sólo un espíritu extremadamente cuidadoso del detalle y provisto de un gran caudal de erudición puede desarrollarle con la amplitud con que aparece expuesto en el discurso de D. GABINO BUGALLAL.

Parece que, una vez establecida la distinción entre el significado de la *freedom of speeche* y la *freedom from arrest*, está expresado todo cuanto puede decirse acerca, no sólo de la definición, naturaleza y orígenes de la inviolabilidad, sino también de la inmunidad parlamentaria, y, sin embargo, en ese trabajo, el problema o, más bien, los problemas que la consideración de la inviolabilidad parlamentaria suscita son estudiados con un verdadero lujo de conocimientos acerca de los principios filosóficos del Derecho y del Derecho parlamentario comparado.

No es ésta la única vez que la labor de D. GABINO BUGALLAL aparece dotada de este carácter de objetividad minuciosa en la que el autor se despersonaliza en la obra.

Siendo ministro de Hacienda hizo publicar, el año 1915, una voluminosa Memoria, que da testimonio de la plu-

ralidad de temas y de la diversidad de matices que abarcaban su atención vigilante y su actividad ministerial.

Los asuntos en esta Memoria tratados cubren un área tan extensa, que en ella están comprendidas disposiciones acerca de la circulación fiduciaria, las facilidades al crédito privado, los Sindicatos industriales, la protección a las nuevas industrias, el depósito franco de Cádiz, los medios de favorecer la exportación de productos manufacturados, las subsistencias, la roturación de montes, la deuda exterior, la conversión de esta deuda, las obligaciones de Ultramar, las indemnizaciones a las corporaciones civiles, las admisiones temporales, las zonas francas, la constitución de almacenes generales de depósito y de instituciones de crédito y la inspección de las Cajas de ahorro.

No es extraño que, en trabajos de esta naturaleza, los rasgos psicológicos personales del autor, si bien pueden inferirse con una observación sostenida, no puedan percibirse directamente con facilidad.

La impersonalidad es una condición inherente a este género de estudios y resoluciones.

Mas la labor realizada en su vida pública por D. GABINO BUGALLAL ha dejado, además de esos testimonios, otros muchos en los cuales los rasgos distintivos de su carácter personal se dibujan tan claramente que parecen evocar la imagen de su existencia real, como si surgiera ante nosotros en los escaños rojos de la oposición u ocupando el banco azul de los gobernantes en el Congreso de los Diputados.

Esos testimonios hay que ir a buscarlos, principalmente, en las páginas del *Diario de Sesiones*, en las conferencias políticas, en los artículos de revista que, sobre materias no sólo estrictamente políticas, sino también económicas y sociales, publicó D. GABINO BUGALLAL.

En su discurso de ingreso en esta Academia, ya citado anteriormente, alguno de esos rasgos aparece, de un

modo inesperado, al final de la disertación, para dotar a su contenido, de erudición serena, de un estremecimiento de vida emocional.

Me refiero a aquellos pasajes finales del discurso, en los cuales el autor deduce de todo lo expuesto la conclusión de que la inviolabilidad parlamentaria se puede ir suprimiendo, puesto que, según él, los llamados Poderes ejecutivo y judicial no hay que pensar que puedan hoy cometer abusos que coarten la independencia del diputado.

En este juicio está contenida una visión marcadamente optimista de la realidad política de su época, acerca de cuya exactitud yo no voy a formular ninguna apreciación, pero sí quiero hacerla resaltar como una de las principales caracterizaciones de la personalidad que trato de describir.

Ese matiz psicológico es, además, el fundamento del significado eminentemente conservador de su actuación en la vida pública. La realidad política de su época la veía D. GABINO BUGALLAL dotada de tales perfecciones, que todo intento de retocarla, y no digamos de anularla, le parecía reprobable y llevaba a sus palabras los acentos de la indignación.

Ese mismo rasgo resalta, entre la variedad de sus discursos y de sus escritos, en un trabajo literario que apareció el año 1904 en la revista de ciencias y artes *La Lectura*, publicación de grata memoria que fundó D. CLEMENTE DE VELASCO y dirigió D. FRANCISCO ACEBAL.

Con razón, el ilustre académico que acogió a D. GABINO BUGALLAL el día de su ingreso en esta casa hacía resaltar ese estudio publicado en *La Lectura*, por considerarle, sin duda, como uno de los más típicos de su autor.

El artículo a que hago referencia se titula *La instrucción pública y el presupuesto para 1914*. Es todo él una defensa calurosa, no solamente del presupuesto de Instruc-

ción pública, sino de la situación de la instrucción popular en España, a pesar de reconocerse que, hasta aquel momento, existían en nuestro país 6.794 escuelas, los sueldos de cuyos maestros eran inferiores a 500 pesetas, y que el número de analfabetos ascendía al 55,34 por 100, no de la población total, sino de la población escolar y post-escolar.

Esta situación que D. GABINO BUGALLAL expone en su artículo, que reconoce como defectuosa y que con su labor presupuestaria trata de corregir, no le induce a pensar que el nivel cultural de nuestra nación pudiera desmerecer ante otras naciones consideradas como superiores. Por el contrario, estima que el atraso de España no se debe tanto al número de analfabetos existente como a la endeblez intelectual de los que se tienen por cultos y se constituyen en sus censores.

Hay en esta misma Academia otro documento que descubre otra nota psicológica complementaria de la anterior e igualmente definidora de la personalidad de don GABINO BUGALLAL.

Me refiero al discurso de contestación al de ingreso del MARQUÉS DE LEMA, el 7 de diciembre de 1924.

En ese discurso la vocación política es definida como «una instintiva disposición para la sugestión y manejo de los hombres, que es de apreciar desde los primeros años en quienes han nacido para el mando».

Visión optimista de la realidad; inclinación de ánimo orientada hacia la conservación de lo existente; vocación política considerada como unida inseparablemente a la disposición para el manejo de los hombres y para el mando. He ahí algunas de las dotes propias de la personalidad de D. GABINO BUGALLAL que habían de influenciar el curso de su vida.

Dotado de estas cualidades en un grado eminente, es natural que desde la edad de veinticinco años, en 1886, fuera diputado sin interrupción hasta el año 1923. Es na-

tural también que, después de haber sido Secretario del Congreso, Director general de Administración local y de la Deuda, Fiscal del Tribunal Contencioso-Administrativo, Fiscal del Tribunal Supremo y Consejero de Estado, fuese dos veces Ministro de Instrucción pública, cuatro Ministro de Hacienda, una vez Ministro de Economía, de Gracia y Justicia y de Gobernación, y que hubiese sido elegido para ocupar la presidencia del Congreso de los Diputados y designado por sus correligionarios para dirigirlos como jefe del partido conservador.

Conservador fué, en efecto, D. GABINO BUGALLAL; pero conservador de las instituciones a cuyo servicio había puesto las energías de su vida. Conservador, por tanto, de una monarquía constitucional y parlamentaria. Y cuando, el 13 de septiembre de 1923, un golpe de Estado privó a la monarquía española de su carácter parlamentario y constitucional, D. GABINO BUGALLAL, sin dejar de ser monárquico, continuó siendo parlamentario y constitucionalista y defendiendo los principios que habían servido a D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO para estructurar, según las exigencias de los tiempos, la monarquía restaurada después de la vida gloriosa, pero efímera, de la primera República.

Cuando el 14 de abril de 1931 se proclamó la segunda República española, el ambiente político propio para la actuación de D. GABINO BUGALLAL no solamente se enrareció, como se había enrarecido durante los años de la dictadura, sino que se desvaneció por completo. Y, como si falta de estímulos políticos, la vida de D. GABINO BUGALLAL no pudiera mantenerse, abandonó la existencia en su retiro de París el 30 de mayo de 1932.

Después, el nuevo ambiente y vuestra bondad hicieron recaer sobre mí la abrumadora honra de ser llamado a ocupar un puesto a vuestro lado.

Al responder a vuestro llamamiento no puedo hacerlo sin recordar los días no lejanos en que las tendencias y

los temperamentos políticos opuestos producían en las Cortes de la monarquía controversias encendidas por la pasión. En aquellas controversias D. GABINO BUGALLAL participaba, ocupando una posición preponderante. Yo también, investido de una representación que estimo en mucho, tomaba parte en ellas, con la elevación de mis intenciones, con la modestia de mis facultades.

Todo aquello ha muerto.

La vibración emocional de aquellos días podrá ser sustituida por otra; ella misma no puede resucitar.

Los psicólogos han dicho que las emociones, los sentimientos, los placeres, los dolores no son un objeto propio de la memoria. Si se extinguen una vez, se han extinguido para siempre. Queda de ellos solamente un juicio frío o una pálida representación.

En el curso de la vida de todos los hombres, esos juicios fríos y esas representaciones pálidas van formando un halo cada vez más denso según la vida se va alejando del puerto de partida.

En el halo de mi vida está inscrito con trazos firmes el nombre de D. GABINO BUGALLAL, cuyo recuerdo evoco hoy ante vosotros al comenzar mi disertación.

Grandezas y miserias del momento actual

Pocos años hace desde que D. GABINO BUGALLAL abandonó la vida política. Pero ¿qué de cambios se han operado en este pequeño lapso de tiempo, no sólo en el orden político, sino en el orden social y en nuestra propia relación personal con el medio políticosocial en el cual nos movemos!

Todo contemporáneo nuestro que haya traspasado el meridiano de la vida ha sido testigo de la producción y de la aplicación práctica de importantes descubrimientos técnicos que han introducido una profunda modificación en las costumbres. No solamente las instituciones políticas tradicionales han desaparecido y han sido sustituidas por otras más adaptadas a las necesidades de los tiempos, sino que, en el seno de las instituciones sociales de más hondos raíces en el pasado, se han operado vertiginosamente cambios sustanciales, cuya génesis y cuya determinación causal es difícil de apreciar para un espíritu poco reflexivo o débilmente dotado de facultades de observación.

Dirijamos nuestra mirada al campo de observación más inmediato.

La juventud española de hoy difiere profundamente de la juventud española de hace veinte años; la actitud de la mujer ante nuestra sociedad ha experimentado transformaciones igualmente importantes; y estos cambios de actitud de la juventud masculina y femenina han

alterado también el equilibrio de la vida familiar. Padres de familia hay hoy que, después de haber acreditado durante largos años virtudes de equilibrio, de mesura y de prudencia, nos sorprenden un buen día aceptando normas morales nuevas o adoptando actitudes políticas, de derecha o de izquierda, que no hace mucho tiempo hubiesen sido juzgadas por la misma juventud como arriesgados e insólitos atrevimientos.

No hay duda que en los pueblos de tradición vigorosamente enraizada, en los cuales los progresos técnicos y las nuevas costumbres son, principalmente, un producto de importación, las variaciones impuestas por el curso de los acontecimientos históricos mundiales parecen más insólitas, más extrañas, más sorprendentes y violentas. El tránsito del candil a la luz eléctrica o de la carreta de bueyes al aeroplano no puede menos de aparecer a un alma ingenua como dotado de caracteres maravillosos.

Estos tránsitos bruscos, estas variaciones repentinas, son condiciones indispensables y estimulantes necesarios para que las sociedades retrasadas en su evolución con respecto al medio, adopten el ritmo que exige la actualidad histórica, y hasta simplemente para que conserven esa facultad de cambio y de modificación sin la cual la vida se adormece o se extingue. El reconocimiento de la necesidad de la variación social repentina debe conducir a una actitud del individuo favorable a promoverla y a lograrla; no debe, sin embargo, ocultársele la visión de los riesgos que tienen los cambios bruscos, aun los de apariencia más inocente. Son riesgos en que se incurre por defectos de interpretación; por apasionamientos que, para ser fecundos, hubiesen necesitado una previa preparación crítica; por ilusiones de radicalismo progresivo que ocultan a la propia conciencia individual la existencia de apetencias y pasiones atávicas; en suma, por deficiencias e imperfecciones del trabajo de adaptación que pueden producir situaciones de momentáneo desequilibrio, tradu-

cirse en actitudes de una inadecuación a las circunstancias reales que revisten ciertos caracteres de comicidad, o pueden también manifestarse en contradicciones internas y sacudidas violentas, con toda la gravedad de los rasgos propios de la tragedia. Estas perturbaciones, sobre todo las más graves, las cómicas y las trágicas, hay que hacer todo lo posible por evitarlas; mas si no se pueden evitar, hay que afrontarlas sin detener la marcha, aun conscientes de los riesgos que acechan al caminante.

Los núcleos sociales (familiares, nacionales, internacionales, continentales) no pueden experimentar una parálisis en su transformación constante, en su evolución continua, sin correr el más grave de todos los peligros: el retraso, la degeneración y hasta la muerte, al menos como núcleos sociales representativos de un tipo cultural.

El cambio tumultuoso es siempre preferible al estancamiento, y, en ciertas circunstancias históricas, el cambio tumultuoso, o por lo menos acelerado, es el único posible si se quiere mantener la vida. Hay momentos críticos en que a las sociedades se les plantean problemas de vida o muerte que requieren soluciones perentorias que no se pueden ni eludir ni aplazar.

No creo que haya exageración alguna al afirmar que en uno de esos momentos críticos se hallan hoy todos los pueblos del planeta que han llegado a un grado estimable de civilización. Es dudoso que haya colectividades humanas, por apartadas que se encuentren de la corriente general, que puedan considerarse completamente inmunizadas contra la acción del vértigo característico de la vida contemporánea. Por regla general, habrán de ser, sin embargo, los pueblos más adelantados, los *pioneers* de la civilización, los que más intensamente sientan la necesidad de los cambios rápidos y los que más capaces puedan mostrarse para realizar las transformaciones necesarias con un minimum de desgaste, de pasos dados en falso, de ensayos torpes y de fracasos,

EST. AGÜEMIA D.

Estos momentos de la historia de la Humanidad, en los cuales, como obedeciendo a un impulso inmanente irresistible, se acelera el curso de la evolución continua, constituyen lo que se llama las revoluciones.

Hoy la Humanidad toda, visiblemente las naciones próceres, se halla atravesando uno de estos momentos eminentemente revolucionarios; y si la importancia de las revoluciones se mide, no por el estruendo que produzcan, ni por las víctimas que causen, sino por la extensión del área que abarquen, por la profundidad de los cambios a que aspiren o cuya necesidad experimenten, por la complejidad de los elementos que entren en su composición, habrá que reconocer que jamás en la Humanidad se ha producido una revolución tan honda como esta que estamos viviendo.

¿Suerte aciaga la de los hombres que vivimos en esta época de incertidumbre y de zozobra? ¿Privilegio envidiable de los que pertenecemos a esta sociedad tan llena de promesas y esperanzas?

Yo tengo para mí que, para un hombre de espíritu (y en los momentos críticos, por fortuna, creo que los hombres de espíritu son legión), no puede existir mayor timbre de gloria que haber nacido en esta edad difícil y grandiosa en que la Historia propone a los humanos la solución de los más graves problemas. Y si, desechando la vana pretensión de encontrar la palabra mágica que pueda resolverlos, logramos contribuir con nuestro esfuerzo personal para que, no los elegidos, sino las grandes masas humanas se pongan al menos en camino de la solución, sea cualquiera la suerte que podamos correr, debemos sentirnos satisfechos de nuestra propia vida y darla por bien empleada.

La preocupación social contemporánea

En torno al Socialismo

La afirmación precedente acerca del carácter revolucionario de la época en que vivimos apenas si puede encontrar un intento de contradicción seria en la amplia esfera de la opinión contemporánea, de actividad sobreexcitada y de gran variedad de matices.

Una aquiescencia tan generalizada no puede ya lograrse cuando se trata de definir las características del movimiento revolucionario actual, más especialmente si se pretende describir su trayectoria, trazar su etiología, su diagnóstico y su pronóstico.

Ante estas cuestiones la opinión se divide en las tendencias más contradictorias y opuestas. Hay, sin embargo, la posibilidad de señalar una coincidencia, una nota común a todas estas tendencias, aun las aparentemente más irreconciliables. Si no todas ellas, la inmensa mayoría al menos, y las dotadas de mayor vivacidad, extienden su campo de actividad en torno a una posición o a una serie de posiciones que tienen un significado y una denominación comunes: la expresada vagamente con la palabra Socialismo. En todos los movimientos económicos, sociales y políticos de algún volumen se trata en nuestros tiempos de afirmar o negar el Socialismo, de

favorecer o de entorpecer su realización. Sea su tendencia afirmativa o negativa, progresiva, retardataria o regresiva, la lucha de las tendencias y de los partidos gira en torno al Socialismo, y, por tanto, este tipo de revolución contemporánea, en medio de su gran variedad de modalidades, puede caracterizarse como una revolución social.

Aún puede llegarse fácilmente a una concreción mayor si se observa que, en el curso de los años, las tendencias opuestas al progreso del Socialismo se han ido impregnando de la misma doctrina que combatían. Desde los tiempos de DISRAELI y de GLADSTON, en Inglaterra, se ha repetido en toda Europa el fenómeno de que los partidos políticos que más se preciaban de representar la tradición nacional hayan procurado hacer concesiones al Socialismo. El intervencionismo del Estado ha sido con frecuencia patrocinado por los partidos conservadores, en su lucha con el liberalismo clásico, un poco a la manera como los monarcas absolutos, en su lucha con los señores feudales, buscaban el apoyo del pueblo haciéndole concesiones.

Por algún tiempo parecía como si el intervencionismo del Estado y la política social, teñida de un matiz más o menos pronunciado de Socialismo reformista, fuese el patrimonio de los partidos conservadores. Hoy las cosas han cambiado grandemente. El puro liberalismo, manchesteriano y fisiocrático, apenas tiene representantes, y las personalidades, un tanto anquilosadas y atávicas, que se han aferrado obstinadamente a la pureza de la tradición, han purgado su falta de flexibilidad y de sentido de renovación con la pérdida de su influencia política. Los partidos liberales tradicionales han perdido su cohesión, y las personalidades que los integran han llevado una existencia política vacilante, cuando no han resuelto la vacilación sumándose a los núcleos conservadores, más o menos modificados, o acercándose y aun

fundiéndose en la masa de los Partidos Socialistas. No en vano se ha hablado varias veces del ingreso de LLOYD GEORGE en el Laborismo.

El caso de Roosevelt

El ejemplo más conspicuo que puede ofrecerse de la transformación experimentada por los partidos liberales y por el liberalismo como doctrina política es el del partido progresista en los Estados Unidos de América del Norte. Ya con el presidente WOODROW WILSON se acusaron en el progresismo norteamericano tendencias sociales que, sin embargo, no pudieron traducirse de un modo concreto en la política interior de su propio país, tal vez por falta de madurez en la estructura de las nuevas concepciones o, quizá, por no haberse aún presentado con caracteres indubitables las circunstancias propicias para la cristalización de las nuevas tendencias del liberalismo en la acción específica de los hombres de Estado o en la iniciación de las nuevas funciones políticosociales y en la estructuración de nuevas instituciones.

El neoliberalismo norteamericano alcanza el punto álgido de su caracterización en el actual período presidencial. El presidente ROOSEVELT, amparándose en los principios del liberalismo tradicional americano, de un liberalismo constructor de una gran nacionalidad, quiere proseguir su espíritu de lucha contra la injusticia y la tiranía y declara la guerra a la oligarquía financiera de su país, dueña de los destinos de una población de ciento treinta millones de habitantes. El ideario político del presidente FRANKLIN D. ROOSEVELT no pretende ser otro que el de sus predecesores y sus maestros, el de JEFFERSON, el de TEODORE ROOSEVELT, el de WOODROW WILSON; su aplicación al estado actual de la vida económica y social difiere completamente de las prácticas anteriores.

Sería evidentemente prematuro lanzarse a pronosticar

la significación que, a la postre, habrá de prevalecer en la política iniciada por ROOSEVELT. Hay en ella muchos elementos divergentes y hasta heterogéneos. La política de protección al propietario rural, la política de elevación de jornales y disminución de jornada, la política de elevación de los precios, la política de depreciación del dólar constituyen un complejo, en el cual, por el pronto, no es fácil distinguir cuáles son los factores complementarios y cuáles son los posibles factores contradictorios y de coexistencia imposible, si es que, como parece verosímil, tal género de factores incompatibles se acusan en él.

El experimento americano es, tal vez, el más complicado de todos los experimentos económicos y sociales que ha emprendido hasta ahora la política de los diversos pueblos del mundo. El mismo grado de desarrollo a que en América habían llegado la gran industria y el capitalismo es lo que dota a la política de ROOSEVELT de una gran complejidad. El experimento norteamericano no es un experimento tosco; pudiéramos decir que no es un experimento de economía, de sociología y de política elementales. Esa complejidad de la política dirigida por ROOSEVELT es un signo de fortaleza. Recuérdese que SPENCER decía, creo yo que con gran acierto, que no son los organismos elementales, sino los más complicados, los que pueden ofrecer una resistencia mayor a las acciones del medio. Pero la complejidad de la acción política extiende también considerablemente el campo de los riesgos posibles. Pensar en un fracaso total de la política del neoliberalismo de ROOSEVELT me parece una fantasía misonéista absolutamente carente de fundamento. Negar que pueda sufrir fracasos parciales, desviaciones que paralicen su impulso o desvíen su trayectoria inicial; no admitir la posibilidad de que sufra detenciones en su marcha progresiva, sería dar pruebas de un entusiasmo ingenuo y de una confianza extremada. Una cosa, creo yo, puede afirmarse con certeza. La política del presidente ROOSE-

VELT responde exactamente a la expresión con que se la designa: es un *new deal*, un nuevo modo de acción; y este nuevo modo de acción supone una impregnación de la trama del antiguo espíritu liberal por la sustancia del Socialismo, de significado mucho más expresivo que aquella que señalábamos antes con referencia a los partidos conservadores en posesión de tendencias propias del Socialismo intervencionista y reformista. Podríamos aún arriesgarnos a decir algo más. El experimento de ROOSEVELT va camino de superar, en eficacia transformadora, a algunos de los experimentos que hasta la fecha se han intentado en Europa por Gobiernos socialistas puros, mayoritarios o minoritarios, o por Gobiernos mixtos con colaboración de Partidos Socialistas.

Timideces y audacias gubernamentales

Esta extraña particularidad del experimento de ROOSEVELT suscita la consideración de un hecho más general y no menos extraño; a saber: que hombres de Estado y partidos que no se reconocen a sí mismos como genuinamente socialistas, y aún que proclaman como fundamento de su caracterización principios, si no opuestos, diferentes del Socialismo, hayan realizado una obra de Gobierno que contrasta, por su relativo atrevimiento, con algunas timideces de que con frecuencia se sienten acometidos ciertos gobernantes socialistas.

HENRI DE MAN, en su célebre obra *Más allá del marxismo*, hace notar que esta particularidad se ofrece tan reiteradamente, que su producción podría elevarse a la categoría de regla general. Este autor atribuye la repetición de tales casos al recelo que la actuación de los Partidos Socialistas produce en la masa general de la opinión de los distintos países, a diferencia de la confianza que despiertan los partidos que, aun lanzándose a la

adopción de resoluciones que las gentes pueden considerar arriesgadas, proceden, en cierto modo, como arrastrados por los acontecimientos y rindiendo siempre pleitesía a las ideas y a los hábitos colectivos tradicionales. Los filósofos ingleses han hecho notar, desde hace muchos lustros, que la sensación de seguridad es la que la masa de los ciudadanos reclama preferentemente de los Gobiernos, y han considerado que todo gobernante que aspire a la eficacia de su acción debe tener en cuenta esta regla, lo mismo si trata de actuar dentro de los límites de una nación que si trata de influir en la marcha de las relaciones internacionales. La observancia de este principio no solamente obliga a los hombres y a los partidos de un tipo político ya consagrado por la Historia, sino también a los partidos y estadistas revolucionarios, si no quieren estrellarse contra realidades insuperables y convertir el impulso de la revolución en una serie de declamaciones vanas y estériles, mera imitación de actitudes heroicas de otros tiempos, carentes de vitalidad real. Esto no puede querer decir nunca que a los hombres y a los partidos revolucionarios se les pueda pedir acatamiento a la tradición. Ni, aunque se les pidiera, ellos lo deben conceder. Pero la observación hecha por los filósofos ingleses del siglo XVIII no debe echarse en olvido, y tal vez la razón fundamental para considerar que la obra de la revolución social es una obra de Gobierno, o, cuando menos, una obra política, consiste en la necesidad de diferenciar la acción revolucionaria de la aventura caótica que todo lo confía al desencadenamiento de la violencia, en un acto de fe ingenua y ciega en el juego espontáneo de fuerzas misteriosas de la vida humana colectiva, sin posibilidad de control por parte de la inteligencia individual. Hacer compatible el espíritu renovador con la actuación inteligentemente previsor y evitar el escollo de la demagogia y del histrionismo político es el primer deber de toda política revolucionaria. Otra cosa, sea cualquiera

su apariencia, no pasa de ser impotencia constructiva y, en muchos casos, rutina y reaccionarismo disfrazados.

Los casos cuya particularidad subraya HENRI DE MAN son tan varios y se hallan rodeados de circunstancias tan distintas, que la explicación que de ellos da tan eminente autor es posible que resulte insuficiente por su misma sencillez. Tal vez, si se considerase el caso desde un punto de vista meramente histórico y se relacionase con lo acaecido en otros procesos revolucionarios anteriores, no parecería tan extraño. Mas si se trata de explicarlos por sus antecedentes específicos, sin duda habrá que tomar en consideración causas más hondas y de composición menos elemental, relacionadas con la evolución económica del capitalismo, con el desarrollo de los Partidos Socialistas, con la interpretación que se dé a las normas básicas de la actuación de estos partidos y, en suma, con una serie de consideraciones hoy sometidas a constante estudio y discusión, y algunas de las cuales espero que hayan de ser, ya que no enteramente dilucidadas, sugeridas al menos en el presente trabajo.

Sea cualquiera el valor que pueda concederse a las precedentes consideraciones, el hecho de la actuación del presidente ROOSEVELT permanece firme, como una demostración de que las mismas doctrinas y las mismas organizaciones políticas que se han definido como más característicamente diferentes y aun opuestas al Socialismo han llegado a ser influidas y penetradas por él.

El colaboracionismo con la burguesía y el caso Snowden

Hay hechos abundantes que confirman esta tesis y que por su volumen son perfectamente captables, aun por la más somera observación.

Algunos de estos hechos afectan a la vida interna de los Partidos Socialistas.

A pesar de las resoluciones del célebre Congreso de Amsterdam de 1905, en que polemizaron BEBEL y JAURÉS acerca de la participación ministerial, el Socialismo internacional no ha podido impedir algo a este respecto más significativo que la misma participación: el desprendimiento frecuente del seno de los Partidos Socialistas de personalidades dotadas de aptitudes de hombres de Gobierno firmemente acusadas, desenvueltas y disciplinadas durante años de servicio a organizaciones tan poderosas y tan firmemente constituidas como los Sindicatos obreros y los Partidos Socialistas, que, más o menos genuinamente, según los países, constituyen el exponente político de las organizaciones sindicales.

Los casos de los MILLERAND, de los BRIAND, de los BONCOUR no son tan poco frecuentes que puedan aparecer como meros casos excepcionales.

No son tampoco privativos de un solo país.

El caso de MACDONALD, prestándose a presidir un Gobierno de colaboración nacional, sucesor del segundo Gobierno laborista, es el más significativo de todos ellos. En este caso, como en todos los semejantes, la resolución de un militante socialista de servir funciones de Gobierno independientemente de la disciplina de los partidos puede ser juzgada más o menos favorable o desfavorablemente, con más o menos independencia de pasiones nobles o innobles que, en el mejor de los casos, pueden turbar la serenidad del juicio. Pero, aun para el que se halle más exento de toda propensión a estimar el lado favorable que tales formas de actuación política puedan tener, no ha de serle difícil reconocer que, si esos cambios políticos se realizan obedeciendo a un convencimiento sincero y observando una conducta leal y diáfana, son, desde el punto de vista del mismo interés de partido, preferibles a la permanencia en las filas de las organizaciones socialistas de militantes poseídos de una pasión gubernamental perfectamente legítima si se sa-

tisface arriesgando responsabilidades propias ; pero de legitimidad dudosa cuando su satisfacción acarrea responsabilidades generales que pueden ocasionar a la colectividad grandes trastornos.

Dejando a un lado este género de consideraciones, a pesar de su indudable interés, tanto desde un punto de vista teórico como desde un punto de vista práctico, fijémonos en una consecuencia indudable que se desprende de los hechos indicados. Por regla general, cuando un militante socialista de marcada significación se proclama independiente de la disciplina del Partido y acepta funciones de Gobierno en colaboración con personalidades políticas pertenecientes a partidos burgueses, sea cualquiera el juicio que su determinación pueda merecer, no es fácil negar que aporta a la política gubernamental burguesa una serie de hábitos, de tendencias y de propensiones a la acción que significan realmente una infiltración del Socialismo en el campo de sus adversarios.

Las consecuencias que de aquí se desprenden son, en algunos casos, dignas de mención especial, y ofrecen ejemplos de paradojas políticas que deben tenerse en cuenta para juzgar los hechos como son, sin reducirlos a esquemas, seductores por su simplicidad, pero irreales.

Una de estas paradojas políticas es la que ofrece el estudio de algunas particularidades de la actuación de Mr. SNOWDEN como Chancellor of the Exchequer en el Gobierno de cooperación nacional presidido por RAMSAY MACDONALD.

Cuando el año 1925, siendo Chancellor of the Exchequer del Gobierno conservador Mr. CHURCHIL, presentó a la Cámara de los Comunes un *bill*, que tenía por objeto devolver a la libra esterlina el valor que poseía antes de la guerra, SNOWDEN, miembro entonces del Partido Laborista, hizo gala de grandes conocimientos económicos y financieros, señalando los inconvenientes que tal medida podía tener ; pero su oposición al proyecto en

la Cámara no pudo dar completa satisfacción a las necesidades de su propio partido. Era que, como puede verse en algunos escritos de aquellos días, debidos a SNOWDEN, éste, en el fondo, creía que, a pesar de todos los inconvenientes que pudiese ofrecer el establecimiento del *gold standard*, y a pesar de que estos inconvenientes consistían principalmente en los perjuicios que su establecimiento había de acarrear a la clase trabajadora, había que implantar el patrón oro para satisfacer exigencias de carácter financiero que bien merecían, a su juicio, los sacrificios que hubieran de imponerse la inmensa mayoría de los ciudadanos.

En contraste con esta actitud, el mismo Mr. SNOWDEN, actuando el año 1931 como Chancellor of the Exchequer del Gobierno de cooperación nacional presidido por MacDONALD, es el que lleva a cabo esa gran transformación que es uno de los signos más evidentes de la época de cambios violentos y profundos en que vivimos, y que consiste en el abandono del patrón oro por Inglaterra.

En realidad, del año 1925 al año 1931 no es SNOWDEN el que ha cambiado. Han cambiado las circunstancias. El Labour Party ha visto más claramente el problema. En gran parte, las consecuencias dolorosas del establecimiento del *gold standard*, le han aleccionado mucho. Pero no es solamente que la opinión del Labour Party se ha consolidado. Ha cambiado la opinión general; han cambiado la actitud de los banqueros y las aspiraciones de la City, y los gobernantes perspicaces como SNOWDEN, aun desligados del Laborismo y formando parte de un Gobierno en que predominan elementos conservadores, recogen esas tendencias favorables de la opinión para satisfacer necesidades de la masa trabajadora que pocos años antes, si podía comprenderlas, apenas si se atrevía a convertirlas en reivindicaciones apremiantes.

En la conducta de Mr. SNOWDEN, por contradictoria

que aparezca, no hay propiamente una paradoja; lo que hay más bien es un ejemplo que demuestra el gran margen de ilusión que encierra la creencia de que los Gobiernos mandan por sí mismos y rigen con sus orientaciones e iniciativas los destinos de los pueblos. Tal vez el mando y el Gobierno han sido siempre, por lo menos en parte, una ilusión; mas cuando las sociedades humanas han alcanzado el grado de complicación en su estructura que caracteriza a las actuales, esa ilusión se acentúa y se precisa con caracteres inequívocos. No es que las funciones gubernamentales carezcan de eficacia y que las facultades del gobernante hayan perdido su valor; pero sí es que son mucho menos eficaces y que tienen mucho menos valor de lo que generalmente se supone. En el caso de SNOWDEN laborista y de SNOWDEN ministro de Colaboración nacional, son las instituciones tradicionales del pueblo inglés, son las nuevas instituciones que van naciendo a la vida, son las circunstancias dominantes en cada caso las que deciden y se imponen a los gobernantes mismos. Y en esas circunstancias y en esas instituciones va penetrando cada vez más, a despecho de las diferencias clásicas de los partidos de Gobierno, ese espíritu de transformación acelerada, esa aceptación de la necesidad de los cambios bruscos, esa preocupación por los problemas de las masas, esa lucha contra las modernas tiranías económicas y esa tendencia a la liberación de los nuevos esclavos del despotismo capitalista que constituye el alma del Socialismo.

La penetración del espíritu y del ideario propio del Socialismo es ya tan grande, que hasta los mismos movimientos contrarrevolucionarios, para triunfar, adoptan formas de apariencia socialista. El *duce* procede del Socialismo italiano, y el *führer* alemán, esa extraña personalidad, mezcla de cualidades secundarias de WOTAN, de HÉRCULES y del ARCÁNGEL SAN MIGUEL, dispuesto a acabar con la hidra socialista, se acoge a un partido que,

para adquirir una triste y hay que esperar que pasajera popularidad, ha tenido que bautizarse con el nombre de nacionalsocialista.

Cuando estos hechos se producen, puede afirmarse sin recelo que la Humanidad atraviesa hoy por un período revolucionario caracterizado como una revolución social en la cual se acentúa cada vez más una orientación socialista.



III

¿Es posible la realización del Socialismo? La democratización de la epopeya

Si aceptamos como conclusión de lo expuesto anteriormente que la revolución social contemporánea tiene un sentido teleológico e intencional que se identifica con la realización del Socialismo, aún queda por considerar el problema planteado por algunos escritores, y especialmente por SPENGLER, acerca de si la realización del Socialismo es posible, o si, por el contrario, es de tal manera un imposible histórico, que las sociedades que se vean impulsadas a su realización, ya sea por un determinismo interno, por una acción deliberada de las masas o por sugestión de sus elementos directivos, caminan derechamente a la ruina.

Es sabido que la doctrina spengleriana se desarrolla en conexión con una teoría morfológica de la Historia que es una negación del progreso como un continuo, y parece una aplicación, un poco extraña y desviada, del principio de HERÁCLITO según el cual el mundo es un fuego divino que se enciende y se apaga sin cesar.

Como teoría general explicativa de la totalidad del proceso de la historia humana, la doctrina sustentada por SPENGLER es de dudosa realidad y de más dudosa eficacia en sus aplicaciones, aunque no se puede desconocer que dota a las grandes síntesis históricas, siempre un tan-

to arbitrarias, de un importante elemento dramático, y que ofrece, además, una singular atracción para el escritor profesional, siempre un tanto inclinado al empleo de recursos efectistas y emocionantes. El desfile de las grandezas históricas decaídas siempre ha constituido, además, un buen procedimiento de apelación a la prudencia y un freno bastante seguro de las iniciativas audaces. Aquellos imperios, aquellas riquezas, aquellos esplendores, ¿qué se hicieron? Ese es el grito lírico eterno de los grandes poetas elegíacos y ésa es la advertencia precavida que dirigen no sólo a los *beati possidentes*, sino a los que, privados injustamente de la fortuna, se creen en potencia propinqua de realización de sus legítimas ambiciones.

Es dudoso, sin embargo, que, dada la psicología de los individuos y de las masas en nuestros días, surtan algún efecto apreciable ni los trenos ni las más terribles amenazas apocalípticas.

En el pesimismo genuinamente conservador (por ser, no un pesimismo del presente, sino del porvenir) de algunos escritores de la postguerra, hay que descontar el efecto pasajero de la depresión moral producida en las almas patrióticas por las consecuencias inmediatas y la perspectiva de las consecuencias remotas de la derrota militar. Nada más natural que la inclinación de un alma de solera militarista e imperialista, decepcionada en lo que constituía el objeto de sus más íntimas ilusiones, a extender los males propios en busca de un consuelo de raíces profundas en la subconciencia y en el instinto, pero absurdo e incompatible con los postulados de la vida social universal.

Este género de pesimismo es muy dudoso que pueda servir en ningún caso de freno a las tendencias renovadoras y a las mismas audacias de nuestros contemporáneos. Los hombres de nuestros días se hallan poseídos de una especie de frenesí heroico, que tal vez, a medida

que se vaya depurando y racionalizando, esté llamado a adquirir caracteres de permanencia y a constituir un rasgo distintivo de la Humanidad del porvenir. Por el pronto, hoy podemos decir que jamás se ha hallado el heroísmo tan generalizado, hasta el punto de que su misma generalización parece hacerle perder las brillantesces de su prestigio clásico. Hoy las virtudes admirables y admiradas del soldado de Maratón son superadas todos los días por los más modestos ciudadanos. Y sobre esas virtudes comunes se han edificado nuevos e insospechados ejemplos de experimentadores arriesgados, de exploradores de regiones inverosímiles, en tal abundancia y con tal variedad, que apenas se concibe la posibilidad de que haya un alma de poeta capaz de cantar la grandeza incoercible de sus diarias proezas.

La idea del progreso continuo de la Humanidad podrá ser un mito; pero al menos hay una cosa en la cual el hombre ha progresado y progresa continuamente. El alma humana tiende cada vez más a limpiarse, a purificarse, eliminando una tras otra todas las formas de terror que han ensombrecido durante milenios la vida de los individuos y las páginas del gran libro de la Historia. El hombre teme cada vez menos a la vida y teme cada vez menos a la muerte. Esta actitud nueva de la Humanidad, que arranca la temeridad, la audacia y el valor a la epopeya y los convierte en masa y en vulgo, propendemos, naturalmente, a considerarla como un progreso de la inteligencia, del perfeccionamiento de la ciencia, que ha hecho desvanecerse muchos misterios y ha llevado la luz al reino de las tinieblas; pero en todo caso hay que reconocer que produce una consecuencia inmediata: la de hacer a los hombres cada vez menos sensibles a las exhortaciones a la quietud, a la indiferencia resignada y al reposo, fundados en los peligros de la iniciativa y de la audacia, en una edad en que todo solicita al movimiento, a la resolución partidista y a la acción.

Las advertencias pesimistas acerca de los resultados fatales de las tendencias a la acción que se significan claramente en la sociedad contemporánea pierden también eficacia a medida que se intensifican y se generalizan. SPENGLER puede limitar su profecía apocalíptica a la decadencia de los pueblos de occidente; pero puesto que no solamente Europa, sino América y Asia y Africa y Oceanía, el antiguo, el nuevo y el novísimo continente, el mundo entero, en fin, está tocado de esta tendencia contemporánea a la realización del Socialismo, la amenaza apocalíptica contenida en las doctrinas de SPENGLER adquiere los terroríficos caracteres de un Armagedón bíblico elevado a dimensiones hasta ahora insospechadas; algo imposible de concebir y algo que, por sus mismas proporciones desmesuradas, el espíritu se resiste a tomarlo en consideración.

Si hubiese que prestar asentimiento a la afirmación de que el camino del Socialismo es el camino de la ruina y de la perdición, el resultado es muy posible que fuera contraproducente. No sería la primera vez que las actitudes conservadoras, lejos de evitar las consecuencias temidas, han contribuido poderosamente a precipitarlas y a intensificarlas. A una sociedad sacudida por vigorosas crisis, que han sembrado la inquietud y la inseguridad por doquiera, no se la puede amenazar con el caos y la ruina sin exponerse a despertar en ella los instintos más destructores y anárquicos.

Mas no conviene extremar los argumentos. Los mismos pensadores que aceptan la tesis spengleriana, no sé si SPENGLER mismo, retrocederían seguramente ante una extensión universal de sus afirmaciones.

Por otra parte, no es buena táctica, no es, a mi juicio, una táctica lícita, la de refutar las concepciones que reputamos erróneas dándoles una extensión universal que probable y aun seguramente no está en la intención de sus patrocinadores. Ese es un modo de razonar más

propio de la defensa de las causas perdidas que de la defensa de las causas que se están ganando o que se espera ganar. Es un modo de razonar sofisticado, que tiene una noble ascendencia filosófica, pero que ha ido poco a poco descendiendo de rango y de categoría hasta degradarse en las prácticas mentales menos recomendables.

Más inteligente, más útil y más noble es el intento de buscar el grano de oro de la verdad que con frecuencia viene arrastrado en el acarreo de las corrientes mansas o impetuosas del error.

En el fondo del pesimismo conservador hay un grano de verdad que los espíritus más decididamente renovadores no pueden ni deben desconocer.

Antes decíamos que un movimiento revolucionario de la extensión y de la profundidad del actual es imposible que se produzca sin desgaste, sin choques violentos y sin tragedias. Añadimos que la visión de estas tragedias no puede detener la marcha. Ahora podemos aún añadir que el impulso transformador de nuestra sociedad seguramente arrollará instituciones sociales, nacionalidades, tipos especiales de cultura, para abrir paso no tanto, según se acostumbra a decir, a una nueva civilización como a una inmensa variedad de tipos culturales coexistentes y armonizados sobre una estructura básica económica y social común.

Las instituciones, las nacionalidades, los tipos culturales que inexorablemente habrán de ahogarse en la corriente impetuosa de nuestra vida social serán, sin duda, aquellos que carezcan de la necesaria flexibilidad vital para adaptarse a las nuevas condiciones de la existencia, y, sobre todo, aquellos que carezcan de esa suprema cualidad que dota al individuo y a las sociedades humanas de un máximo poder de adaptación: la facultad de iluminar las tinieblas y de abrir caminos seguros a través de las regiones más ingratas. El triunfo en la lucha social contemporánea requiere, sin duda, cualidades múl-

tiples ; pero todas ellas han de darse sobre la base de una condición esencial : la inteligencia. Sin ella, la posesión de las dotes más prestigiadas en la estimación común puede no servir para otra cosa que para exornar el camino de la derrota. La comprensión, la penetración serena en la naturaleza de las cosas y en los secretos de las almas, ésa es, cada vez más, la gran virtud que condiciona y que sintetiza las virtudes todas de la Humanidad. En la lucha revolucionaria de nuestros tiempos no serán los cañones ni la fuerza ciega de las materias explosivas lo que dé el triunfo ; será la inteligencia, porque a la naturaleza social, como a la naturaleza física, no se la puede utilizar, ni dominar, ni vencer más que de un modo : conociendo sus leyes y sometiéndose a ellas.

IV

El Socialismo y la ciencia. El marxismo

El pensamiento que acabamos de insinuar puede también expresarse de otro modo, que tiene la ventaja de ser más concreto, aunque corra los riesgos propios de todo pensamiento a medida que avanza hacia su concreción. La fórmula a que aludo puede condensarse así: el triunfo del Socialismo es función de la ciencia, y ninguna otra circunstancia, antecedente o concomitante del movimiento progresivo de la Humanidad hacia el Socialismo puede igualarse o compararse a ella, y mucho menos abrigar la pretensión de sustituirla.

Es sabido que los progresos de la Física y de la Mecánica, aplicados a la producción industrial, son los que han dado lugar, con motivo de las transformaciones que ocasionaron en la industria, al nacimiento de los conflictos sociales modernos, origen del Socialismo. Sin el concurso de la ciencia el capitalismo no hubiera nacido; sin el concurso de la ciencia el Socialismo no puede desarrollarse, ni los problemas que anhela resolver pueden encominarsé hacia su solución.

Decir esto no puede ser equivalente a considerar que todas las concepciones socialistas, por el mero hecho de serlo, tienen un carácter científico.

Lejos de ser así, hay que reconocer que, por lo mismo que el Socialismo moderno ha nacido de los conflictos sociales originados por la gran industria, conserva siempre, en su fondo vital originario, un elemento irre-

ductible a términos de pura razón. Del Socialismo antiguo como del moderno, o, mejor, del Socialismo realizable como del irrealizable, puede decirse lo que PLATÓN decía del amor : que es hijo de la riqueza y de la pobreza. El Socialismo nace del contraste de la abundancia y de la privación, de una contradicción interna, de un desequilibrio social, de una necesidad vivamente sentida y, en último término, de esa especie de dolor de vivir que, como elemento primario de la conciencia humana, trata de captar y, si es posible, de definir la filosofía neovitalista.

Si el Socialismo se limitase a conservar y a intensificar el impulso inicial de que ha nacido ; si para racionalizar ese impulso se redujese a traducirlo en conceptos o a desarrollar estos conceptos en definiciones, aunque para abrirse camino indentificase su naturaleza y su contenido con los postulados considerados eternos del bien y de la justicia, no podría actuar de otro modo que como una fuerza ciega, tal vez como un torrente desbordado, más capaz de arrastrar las tierras cultivadas por los cuidados del hombre que de fecundar y hacer aptas para el cultivo las tierras incultas.

La fecundidad, la misma viabilidad del Socialismo requiere su identificación con el espíritu de la ciencia. Y esta identificación con el espíritu de la ciencia no exige menos que la eliminación, en las mismas concepciones socialistas, de todo elemento incapaz de ser penetrado por la razón, de todo resto de pretensiones dogmáticas y de verdades absolutas, de todo intento de hallar la solución de los problemas sociales en una concepción cerrada, perfecta y definitiva. Sólo en la medida en que el Socialismo, sin perder su impulso vital originario, racionalice este impulso ; sólo en la medida en que en el tratamiento teórico y en el tratamiento práctico de los problemas de la Historia, de la moral, del derecho, de la política penetre el espíritu crítico y a la vez constructivo de la ciencia, podrá el Socialismo ponerse en condiciones de dar satis-

facción a los anhelos más profundamente arraigados en el alma del hombre y convertir en realidad ideales en otro caso inasequibles. El espíritu de la ciencia es solamente el que puede revitalizar los anhelos de justicia y dotar a la Humanidad de capacidades para superar las más nobles utopías concebidas por los genios.

Esta obra de identificación del Socialismo y la ciencia no puede, ni ha podido, ser realizada por un solo hombre. Es una obra difícil y penosa, que sólo puede ser lograda por el trabajo perseverante de una serie de generaciones humanas.

Se trata no de traer a la vida el Socialismo en una especie de creación mágica. Si el Socialismo es una nueva civilización, o, como hemos indicado anteriormente, la coexistencia de varios tipos de cultura humana, haciendo compatibles y complementarias tendencias culturales que, nada más que esbozadas hoy en día, aparecen como contradictorias y abocadas a una lucha a vida o muerte; si el triunfo del Socialismo, en este genuino sentido, es el triunfo de la paz y de la libertad sobre la guerra y la tiranía, se comprende claramente que lo más a que pueden aspirar las generaciones humanas forjadoras del Socialismo es a estabilizar aquellas condiciones nacionales y universales que pueden permitir a los hombres la elaboración progresiva del nuevo espíritu.

Poco a poco la mente contemporánea se ha ido acostumbrando a la idea de que esas condiciones previas que es preciso producir y consolidar para que el desarrollo del Socialismo como espíritu y como cultura sea posible, son condiciones económicas.

La Humanidad, al través de las jornadas más brillantes de su historia, ha caminado como absorta en la contemplación de una estrella que debía orientar sus pasos hacia el logro de la fraternidad y de la paz universales. Las religiones han impetrado de sus dioses la consecución de tales bienes, al parecer inasequibles por medios

humanos, y cada una de las confesiones religiosas ha esperado el logro de la felicidad del triunfo definitivo de su fe. Por su parte, los grandes filósofos han buscado en la región serena de las ideas puras o en la intuición directa de realidades inmutables la liberación de los antagonismos propios del mundo de los sentidos.

Una experiencia trágica ha demostrado que, lejos de llegarse a la fraternidad y a la paz por esos sublimes caminos, la misma sublimación de los espíritus en torno a una poética concepción filosófica o al credo de una fe religiosa ha contribuido a encender pasiones humanas antagónicas que han desembocado en luchas, en guerras, cada vez más crueles.

Parece una verdad elemental que, para explicar las cosas difíciles y para conducirse en un medio complicado, no se debe complicar más e innecesariamente la realidad, ni se debe echar mano, como elementos explicativos, de entidades aún más complejas e incomprensibles que aquellas que tratamos de comprender.

Sin embargo, es lo cierto que el alma humana, sobre todo merced a su tendencia ancestral a hipostasiar las relaciones más sutiles que trama el entendimiento, ha poblado el mundo de fantasmas que la crítica ha tenido que ir ahuyentando para que la inteligencia y la voluntad pudiesen abrirse camino en la manigua de los espíritus no disciplinados por la propia cultura y por el influjo de la cultura ambiente.

El trabajo ha sido ímprobo, hasta tal punto que se ha podido decir con razón que los progresos de la ciencia constituyen un largo martirologio. Sin embargo, desde los tiempos de GALILEO hasta nuestros días se han ido conquistando, cada vez más fácil y rápidamente, para la ciencia dominios que pertenecían por completo a la Metafísica o a las concepciones teológicas.

La tendencia tan generalizada hoy en día a buscar la solución de los problemas sociales y políticos en el cono-

cimiento y dominio de los fenómenos económicos es una manifestación de los triunfos crecientes del espíritu científico en la vida.

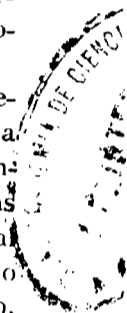
Del mismo modo que las ciencias matemáticas, que la Mecánica, que las ciencias físicoquímicas han logrado resolver muchos problemas insolubles para la Metafísica y la Teología, se puede esperar con seguridad que la Economía logrará resolver problemas sociales que los esfuerzos mejor intencionados anteriores han dejado sin solución.

La tarea no es fácil, pero no es imposible, y las decepciones inevitables no deben llevar el decaimiento a nuestro ánimo. En el estado actual de las cosas, un balance escrupuloso deberá comprobar, por lo menos, que las instancias favorables y las desfavorables con relación al triunfo del Socialismo se equilibran, y no es temerario decir que las instancias favorables exceden ya en mucho, a despecho de las apariencias, a las adversas. Algún escritor contemporáneo, de experiencia y de juicio certero, ha llegado a decir que, en el camino hacia el Socialismo, la Humanidad ha recorrido ya la mitad de sus etapas.

Muchos espíritus se hallan, sin embargo, al presente, en un estado de depresión, de sobreexcitación o de extravío. El peligro de perder el rumbo, por lo menos durante algún tiempo, es, pues, considerable.

En estas circunstancias, se impone de nuevo la consideración de las condiciones indispensables para que la realización del Socialismo sea posible; es decir, la consideración del problema de la fusión y de la síntesis de la pasión libertadora de las masas y de la ciencia. Ese es, precisamente, el tema desenvuelto en el curso de toda una vida intelectual laboriosa por el gran pensador revolucionario CARLOS MARX.

Ha dicho KAUTSKY que el Socialismo, tal como lo concibe MARX, es una síntesis de elementos teóricos y prácticos que la Historia había ofrecido como contrapues-



tos e irreductibles; es una síntesis del idealismo y del empirismo, de las ciencias de la Naturaleza y de las ciencias del espíritu; una síntesis del genio filosófico alemán y del inglés; una síntesis, sobre todo, de la teoría y de la práctica, que se traduce a su vez en una síntesis del trabajo manual y de la ciencia.

Una aportación intelectual que ofrece estos caracteres, que encierra en sí tesoros no agotados de sugerencias certeras para el progreso de las ciencias sociales y para determinar las normas de la acción, no puede quedar abandonada a merced de los apasionamientos de los adversarios o de los partidarios fanáticos que, precisamente por serlo, no pueden hacer otra cosa que desnaturalizarla y empequeñecerla.

Precisamente en estos momentos de violentos ataques al marxismo se impone la vuelta a MARX como una necesidad, ya experimentada por los mismos escritores que han empleado gran parte de los esfuerzos de su vida en una empresa, si no de refutación, sí de rectificación del marxismo. La posición últimamente adoptada por HENRI DE MAN es buen ejemplo de ello.

En esta vuelta o reafirmación de MARX, lo que importa no es repetir servilmente las sentencias del maestro, sino conservar viva la fuente de su inspiración. No es un marxismo dogmático y estático lo que hay que mantener en pie, sino un marxismo crítico y dinámico, como fué durante toda su vida el marxismo de CARLOS MARX. Pero esa posición marxista, que es una afirmación de las fuerzas de la inteligencia y de la razón frente a las rebeliones ciegas de los impulsos irracionales, hay que mantenerla como una necesidad intelectual y como una necesidad social más firmemente que nunca en estos momentos no sólo de ofensivas, sino de verdaderas ordalías antimarxistas.

V

La crítica del marxismo
El revisionismo y su superación

No basta, sin embargo, abominar de las tendencias antimarxistas. Es preciso, para evitarlas o para dominarlas, colocarse en una posición mental que facilite la comprensión de su génesis.

Para ello conviene tener en cuenta una particularidad de nuestros tiempos, que, en relación con las transformaciones que han experimentado los partidos políticos no socialistas, hemos mencionado anteriormente; pero que ofrece caracteres quizá más significativos cuando se la considera en el campo de las teorías sociales que se han desarrollado con el intento de oponerse a la aceptación del ideario preconizado por MARX.

En el número de mayo de 1930 se publicó en la revista austriaca *Der Kampf*, cuya desaparición supone una lamentable pérdida para la cultura, un artículo cuyo solo título es bien sugestivo en orden a los pensamientos que tratamos, si no de exponer claramente, al menos de insinuar. El título de ese trabajo es *Bürgerlicher Marxismus* y constituye una crítica que OTTO NEURATH dedica al libro de KARL MANNHEIM titulado *Ideologie und Utopie*.

KARL MANNHEIM sostiene en su libro la tesis de que los pensadores no marxistas deben imitar el procedimiento, empleado por CARLOS MARX, de penetrar en el campo

ideológico de sus adversarios para sorprender sus íntimas contradicciones y combatirlos así desde sus mismos puntos de vista y empleando sus propias armas.

Es un propósito plausible que supone un progreso en la crítica del marxismo.

La crítica del marxismo no se ha ejercitado siempre con la misma escrupulosidad o con la refinada intención a que aspira KARL MANNHEIM.

Primeramente se trató de ahogar las ideas marxistas en el silencio; se las ignoró o, cuando menos, se fingió ignorarlas. Cuando los escritores empezaron a ocuparse de las ideas de MARX, las trataron con un olímpico desprecio, como lugares comunes de demagogia de barricada, exentos de valor intelectual. Más tarde vienen las refutaciones contundentes, definitivas, absolutas, atribuyendo al adversario las actitudes más cómodas para la refutación. Poco a poco los críticos van adoptando, más o menos impremeditadamente, la terminología y los propios conceptos de MARX. Por último, la adopción de la terminología y de los propios conceptos marxistas se erige deliberadamente en un procedimiento de crítica. A esta última, que es la más honrosa y quizá la más peligrosa de las etapas enumeradas, pertenecen los estudios de MAX WEBER, de SOMBART, TROELTSCH y últimamente el libro citado de KARL MANNHEIM.

No es necesario arriesgarse a formular un juicio precipitado acerca del valor de este último género de críticas del marxismo para comprender que su existencia, sean los que quieran los efectos que pueda ejercer sobre el desarrollo del pensamiento contemporáneo, constituye un homenaje que los mismos críticos rinden al pensamiento de MARX. Que después de transcurrido cerca de un siglo desde que las ideas de MARX fueron dadas a la publicidad y después de ser menospreciadas o juzgadas superficialmente durante largos años, lleguen esas ideas a convertirse en el símbolo de las aspiraciones de las masas,

en el emblema de sus luchas y en un objeto de estudio detenido y profundo por parte de los sabios, es una señal evidente de que los pensamientos formulados por MARX poseen un gran valor, ya se les considere desde un punto de vista meramente teórico o se les considere desde un punto de vista práctico.

Si tratamos de explicarnos este efecto del tiempo, que en vez de desvanecer ha fortalecido y revalorizado la ideología marxista, no creo que andaríamos desacertados si atribuyésemos, en gran parte al menos, este resultado a la confirmación de las principales previsiones acerca del curso de los acontecimientos formuladas por MARX : previsiones que, a pesar de la gran importancia que las concedo, y precisamente porque las concedo mucha importancia, me abstengo deliberadamente de llamarlas profecías.

Es sabido que en el seno mismo de la escuela marxista, y patrocinada precisamente por uno de los discípulos de CARLOS MARX que recogieron directamente las enseñanzas de los labios mismos del maestro, nació una tendencia seriamente documentada y estructurada con gran rigor lógico que proclamaba la necesidad de revisar los principios fundamentales del marxismo. Se advina fácilmente que me refiero al socialismo revisionista o reformista de EDUARDO BERNSTEIN.

En la época de BERNSTEIN se había producido una especie de suspensión en el ritmo del movimiento cíclico industrial. La coyuntura favorable parecía estabilizada ; al mismo tiempo, las estadísticas ofrecían el testimonio indudable del progreso de la división de la propiedad, principalmente de la propiedad de la tierra, como un indicio de que la evolución económica caminaba serenamente hacia la paulatina satisfacción de las exigencias de la justicia distributiva ; en el mismo dominio de la industria, el crecimiento de las Sociedades anónimas iba dando lugar a la aparición de un número creciente de

pequeños propietarios de acciones industriales cuyos intereses, lejos de hallarse en oposición con los intereses de los empresarios, coincidían con ellos.

Las consecuencias que de la observación de estos hechos se podían deducir parecían evidentes. Había fracasado la teoría de las crisis industriales, había fracasado la teoría de la concentración progresiva del capital y del aumento progresivo de la masa proletaria; el abismo que debía ser cada día más hondo, entre la burguesía y el proletariado iba desapareciendo paulatinamente; el espíritu humano podía libertarse de la preocupación, y hasta despertar de la pesadilla, de la lucha de clases y de la revolución; las ideas del Socialismo se podrían y se habrían de realizar mediante una serie de reformas continuas, en un proceso evolutivo uniforme, sin transiciones bruscas, sin cataclismos. Bastaron unos cuantos años de prosperidad relativa, principalmente en Alemania, para que algunas almas, llenas de nobles propósitos, se dejaran arrastrar dulcemente por las corrientes plácidas del optimismo. Desde la revista *Sozialistische Monatsheft*, BERNSTEIN, y desde la revista *Neue Zeit*, KAUFMANN, sostuvieron una de las más interesantes polémicas de las producidas por la intelectualidad contemporánea. La masa obrera no pareció por el pronto afectada por las nuevas doctrinas, que más tarde habían de producir tristes e insospechadas consecuencias. Por el momento, sólo en algunos países, un tanto alejados de los centros de actividad sindical y de movimiento socialista débil, el revisionismo de BERNSTEIN conquistó adeptos fervorosos entre ese grupo de intelectuales, ganosos de modernidad, que se pasan la vida acechando los movimientos de las veletas en las torres del pensamiento, aunque esas torres no se distinguen por otra cualidad que por la que desdenosamente señalaba KANT cuando decía que en ellas zumbaba demasiado el viento.

Cuando el signo de la coyuntura económica cambió

en un sentido desfavorable, los ecos de las teorías reformistas del marxismo fueron apagándose. Las estadísticas empezaron a informar del progreso de los nuevos movimientos de concentración capitalista. Crecían los *trusts*, los *cártels*, las *combinas* y, en la vida internacional, se intensificaba la lucha por los mercados y florecía la planta del imperialismo económico.

La guerra del 14, al estallar, encontró ya completamente apagados los últimos restos del revisionismo teórico; pero, por otros motivos de carácter pragmático, la guerra engendró una forma nueva de reformismo que afectaba y afecta menos a los intelectuales, pero influye de un modo más decisivo que el reformismo de BERNSTEIN en la conducta de los militantes del Socialismo y en el rumbo y el porvenir de las organizaciones sindicales.

Pasada la guerra, lejos de desaparecer, se acentúa aún más el movimiento de concentración del capital, movimiento de concentración que penetra resueltamente en un dominio económico por tradición considerado como exento: la agricultura. Es verdad que las revoluciones de la postguerra, desde Rusia hasta España, invocando más o menos claramente el nombre del Socialismo, u obligadas por la necesidad, han consentido o propugnado erróneamente la creación de nuevos propietarios rurales. No es menos cierto que, aunque en algunos casos, como el de la transformación de la naturaleza de los cultivos por las obras hidráulicas, la aparición de nuevos pequeños propietarios pueda considerarse como un fenómeno natural, contemplando la evolución actual de la agricultura en su conjunto, no puede desconocerse que en ella han aparecido manifestaciones en un todo semejantes a las de la evolución industrial: maquinismo, racionalización de los métodos de producción, economía de mano de obra, sobreproducción relativa al poder de absorción de los mercados, envilecimiento de los precios. Signos todos de una transformación del capitalismo agrario que hace igual-

mente difícil, cuando no imposible, tanto la existencia del gran propietario absentista como del pequeño y mediano propietario y abre el camino para que llegue a imponerse como una necesidad la organización en formas varias, según las circunstancias, de los grandes cultivos colectivos.

Si se añade a esto las realidades innegables de la producción en masa y para la masa, de la concentración del capital financiero, y se fija la atención sobre las perturbaciones y los trastornos que estos movimientos acelerados de la vida económica de los pueblos han traído consigo, habrá que reconocer que MARX mismo no pudo soñar con una confirmación de sus teorías tan rotunda y tan completa.

Ocorre a diario que los hechos que más excitan nuestra imaginación y más conmueven nuestra sensibilidad, lejos de contribuir a desterrar la vida y las enseñanzas de MARX en un piadoso rincón de olvido, las hacen resurgir en el mundo de las reminiscencias, en unos casos, en el mundo de los recuerdos precisos, en otros, como si todos buscásemos, más que en su contemplación en su discusión, la luz que necesita nuestra conducta en medio de lo que el escritor inglés G. D. H. COLE ha llamado el caos del mundo actual (1).

Hoy el espíritu de CARLOS MARX palpita en el taller y en los claustros universitarios, se agita en la calle y labora silenciosamente en el retiro del hombre de estudio.

No es extraño que en tales circunstancias los mismos críticos de MARX adopten sus propios métodos y se sientan influídos por sus doctrinas.

(1) G. D. H. COLE : *The intelligent man's guide through World Chaos.*

Principales objeciones al ideario de Marx

Estos triunfos indudables de las ideas de MARX no pueden, sin embargo, señalar un punto de reposo ni para los marxistas más entusiastas ni para sus adversarios más claramente definidos como tales.

Se ha dicho con razón que las obras de los grandes pensadores valen, con frecuencia, mucho más que por la perfección de las ideas que exponen, por las dificultades que descubren para la simple aceptación de tales ideas; esto es, en términos más llanos: que la obra del genio, y precisamente lo que la hace perdurar, no consiste tanto en descubrir verdades como en suscitar problemas. Si fuese posible un triunfo tal del marxismo que apagase por completo la voz de sus críticos, el día que ese triunfo se hubiese consumado, el marxismo habría dejado de existir, teórica y prácticamente, como un elemento vital y habría pasado a ocupar un lugar, más o menos honroso, en el panteón de los recuerdos ilustres.

Por esta razón, las objeciones que se han hecho y que se hacen al marxismo no son desdeñables, y hasta pueden contribuir a perfeccionar el conocimiento de la doctrina y a poner de relieve en ella méritos y rasgos útiles que pasan desapercibidos a la contemplación de los admiradores demasiado ingenuos y superficiales.

Si pudiésemos disponer de un cuadro completo y perfectamente sistematizado de las objeciones que se han hecho al ideario de MARX, nuestra tarea encontraría facili-

dades con las cuales, no sé si por fortuna o por desgracia, no podemos contar. No sé si por fortuna o por desgracia, porque la excesiva facilidad en las obras de la inteligencia se suele pagar con el sacrificio parcial o total del interés que, aun plagados de imperfecciones, suelen ofrecer los empeños difíciles, más interesantes en razón de su misma dificultad.

Sin pretensión ninguna de rigor sistemático, sin ánimo siquiera de agotar una posible exposición analítica, vamos, pues, a hacernos cargo de algunas de las objeciones que se han hecho al marxismo.

Existe, en primer lugar, un conjunto de objeciones que se han formulado con frecuencia con un aire triunfal, pero que conviene descartar desde el primer momento por su falta de valor interno, a pesar de su aparente eficacia.

A esta categoría pertenecen los reproches que se han dirigido no solamente a MARX, sino a su eminente colaborador ENGELS, por haber hecho predicciones revolucionarias que no se han cumplido.

Es cierto que ENGELS, en su obra titulada *Situación de la clase trabajadora en Inglaterra*, prevé la producción de un movimiento revolucionario en el año 1847, y MARX y ENGELS, en el *Manifiesto comunista*, se muestran confiados en que a la revolución del 48 ha de suceder próximamente un movimiento revolucionario de carácter eminentemente social.

Desde luego, hay que tener en cuenta que los cálculos acerca del tiempo que se haya de invertir en el desarrollo de un proceso histórico previsto con acierto son cálculos que en general tienen que resultar fallidos. A un sociólogo o a un estadista no se les puede pedir una exactitud matemática en sus cálculos; el mero hecho de acertar al prever la dirección que los acontecimientos hayan de seguir determina el índice más elevado posible para la apreciación del mérito de una previsión de este género.

Por otra parte, esos errores de precisión, considerados en el conjunto de la obra, lejos de rebajarla, la realzan y elevan. No es un caso privativo de los escritos de MARX y de ENGELS. Es un caso general que se presenta en el curso de toda la historia literaria. Los errores de detalle contenidos en los libros que más han resistido a la acción del tiempo y que más han influido en el pensamiento humano, son los que evocan las circunstancias individuales y sociales en que esos libros se han pensado y se han escrito; son los que dan a la obra literaria y científica un ambiente histórico y humano, les que la dotan de un interés, en cierto modo dramático, que aumenta sus quilates estéticos a medida que los años trascurren. ¿Qué se diría de un crítico que repudiase las obras fundamentales de KANT porque en ellas se usan ejemplos para esclarecer las ideas básicas de la filosofía crítica, del idealismo trascendental y de la significación del imperativo categórico a todas luces incongruentes con las adquisiciones más vulgarizadas hoy día por la Matemática, por la Física o por la Ciencia de las costumbres?

¿Qué grado de madurez intelectual revelaría un juzgador del *Discurso del método* que no supiese apreciar el encanto que presta a ese gran monumento de la ciencia y de la literatura, brillante tanto por su profundidad como por su sencillez, el hecho de que DESCARTES describía en él la circulación de la sangre como el efecto de la elevada temperatura que adquiere en el torrente circulatorio al llegar al corazón?

En el caso de MARX y de ENGELS los errores a que nos referimos no sólo contribuyen a ambientar sus escritos, sino que dan una alta medida a la estimación de sus cualidades intelectuales y morales. ALBERTO LANGE ha dicho que las ideas que se ven claras parecen más próximas, y en hombres dominados por el pensamiento de la necesidad de una revolución libertadora de las miserias de las masas humanas, nada más natural, y a la vez más

noble, que dejarse sugestionar por el deseo de que ese acontecimiento o esa serie de acontecimientos de carácter revolucionario se produzcan lo más pronto posible.

Lo que decimos de esta clase de objeciones puede extenderse a muchas otras que se fundan principalmente en la falta de adecuación de las afirmaciones de MARX a las circunstancias actuales, no existentes en la época en que MARX escribió sus obras; circunstancias de detalle que, sobre ser difíciles y hasta imposibles de prever, MARX se consideraba obligado a no prejuzgarlas, para evitar de ese modo los defectos propios y la esterilidad del Socialismo utópico que tanto se esforzó en combatir.

Si revisamos hoy las teorías económicas de MARX, seguramente encontraremos muchos casos en los cuales, para aplicarlas al momento presente, tendríamos que hacer un trabajo de traducción a los conceptos y a los términos que en sus transformaciones y progresos más recientes ha creado, o puesto en valor, la Economía. Por innovador que sea un autor, si, como es natural, aspira a hacerse entender por sus contemporáneos, no puede menos de emplear los conceptos y los términos usuales entre ellos. Un juicio superficial y precipitado puede llevarnos en estos casos a percibir la existencia de errores, que se desvanecen desde el momento en que la crítica se ejerce con un conocimiento más perfecto de las circunstancias en medio de las cuales el escritor se ha producido.

Este género de objeciones son, a veces, las preferidas por los sabios especialistas; pero, a pesar del respeto que tales preferencias nos deben merecer, no podemos menos de considerar que, con frecuencia, más que una manifestación valiosa de *docta sapientia* constituyen una lamentable ostentación de *docta ignorantia*.

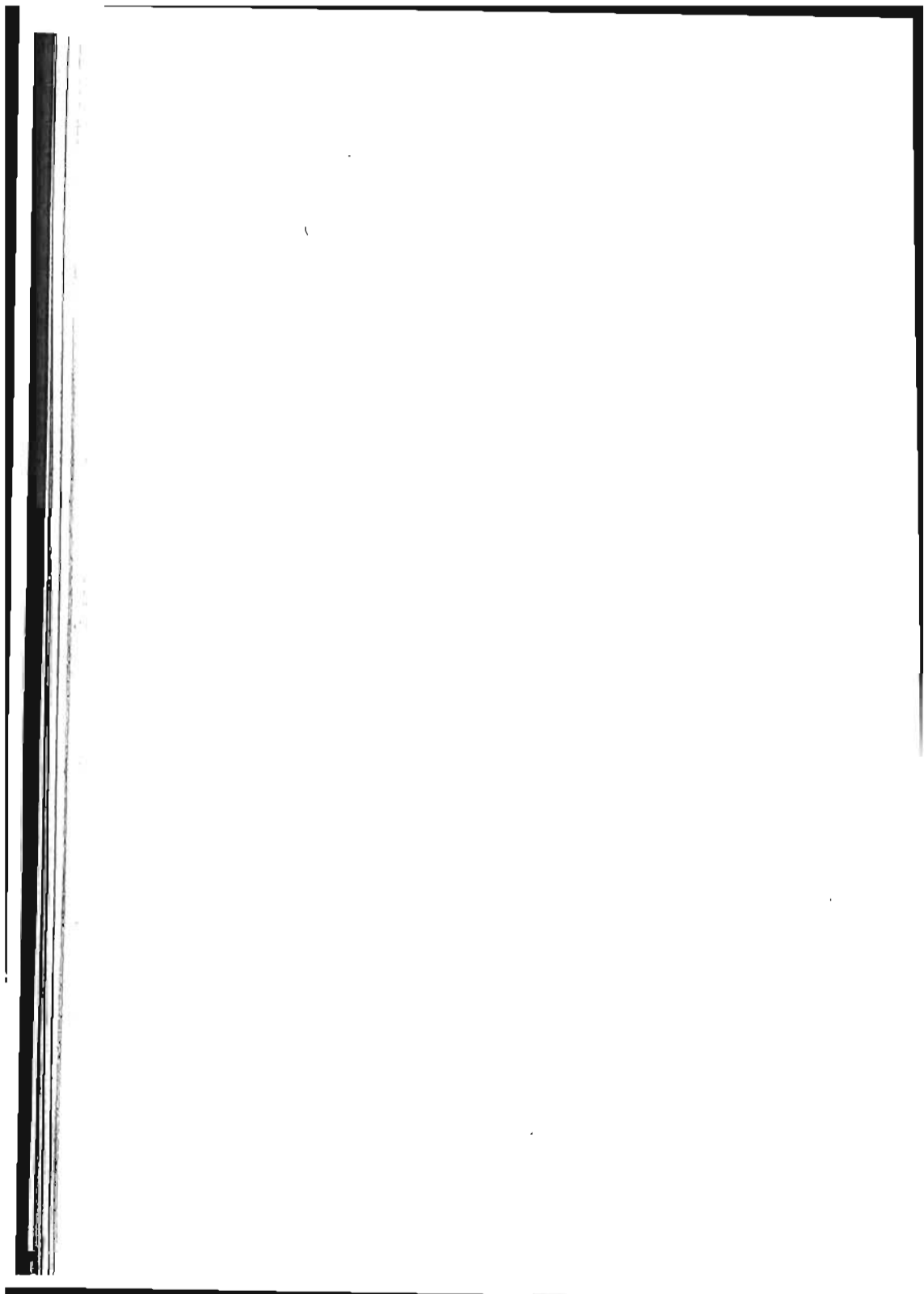
No son, precisamente, ese género de objeciones las que conviene principalmente considerar para utilizarlas en la misma interpretación del ideario marxista como elementos de perfeccionamiento y de progreso.

Por otra parte, las objeciones que se refieren a los elementos fundamentales del pensamiento de MARX son las que con más insistencia han sido objeto del estudio de los sabios y de la repetición del vulgo.

Estas objeciones se refieren concretamente a las dos tesis marxistas que se conocen con la denominación de «materialismo de la Historia» y «lucha de clases».

Por el propio valor de ambas tesis, por las constantes refutaciones de que han sido objeto, por juzgar su consideración indispensable para la finalidad de este trabajo, nos creemos obligados a dedicar algún espacio a su consideración.





VII

Materialismo de la Historia y lucha de clases

Consideración metodológica

Materialismo de la Historia y lucha de clases son dos concepciones inseparables en el pensamiento marxista, dos sistemas de ideas que mutuamente se condicionan y que constituyen cada uno de ellos un supuesto del otro.

Si quisiéramos obtener una exposición explicativa del materialismo de la Historia y de la lucha de clases, y que esta exposición se sujetase a un perfecto rigor lógico, tendríamos que detenernos seguramente ante dificultades insuperables.

En cierto modo, parece como si la lucha de clases constituyese una especie de corolario indispensable de la afirmación de materialismo de la Historia, y, por consiguiente, como si la primera fuese el resultado de una deducción por vía analítica a partir de la afirmación del segundo.

Si esto fuese así, sería también posible que adoptásemos un procedimiento de exposición genética de la naturaleza del materialismo de la Historia y de la lucha de clases, que ofrecería, indudablemente, la ventaja de una claridad y de una sencillez seductoras; pero este procedimiento expositivo tendría el gravísimo inconveniente de ser por completo opuesto a la génesis real de ambas concepciones y de producir como efecto inmediato una de-

formación sustancial de su propia naturaleza. Toda persona habituada a este género de meditaciones y de estudios sabe muy bien la dificultad que supone distinguir el método de exposición que se emplea, de la naturaleza de los conceptos que se trata de explicar. Con frecuencia se establece una confusión lamentable entre el instrumento que se utiliza y el objeto sobre el cual se opera, y esta confusión contribuye en gran parte a desvitalizar las ideas, a privarlas de sus elementos activos, a dejarlas reducidas a residuos inertes, verdaderas cenizas de lo que fué en otras almas fuego vivo de pensamiento.

Anteriormente hemos llamado la atención acerca de los riesgos que trae consigo el prurito de complicar sin necesidad las cosas sencillas; en el caso presente tenemos que llamar la atención, por el contrario, sobre los riesgos, aún más graves, de pretender simplificar las cosas complejas. Este intento injustificado de simplificación y de economía del esfuerzo se suele traducir en un gasto inútil de tiempo y de esfuerzos que cada vez aparta más a la mente del camino de la verdad, en vez de conducirla, desde el primer momento y resueltamente, por él, aunque sea con paso lento y penoso.

En este caso concreto del estudio y de la exposición del materialismo de la Historia y de la lucha de clases, si se quiere salir del círculo estrecho de las expresiones desustanciadas y de las ideas sin contenido, no hay más remedio que seguir, lo más perfectamente que se pueda, el orden de la génesis real de los conceptos en el espíritu de MARX y tratar de percibir lo más completamente que sea posible el complejo de influencias que determinaron la producción de tales conceptos. El trabajo, dirigido en este sentido, necesariamente habrá de ser parcial e imperfecto, puesto que la labor propuesta es inmensa; pero, aun con todas sus imperfecciones, será siempre de resultados mucho más valiosos que cualquier sinopsis magistralmente preparada *ad usum delphini*.

La génesis del pensamiento de Marx

La génesis de las concepciones del materialismo de la Historia y de la lucha de clases puede seguirse al través de los escritos de MARX, en la *Rheinische Zeitung*, en los *Deutsche* y *Deutsch-französische Jahrbücher*; puede buscarse mediante el estudio de la influencia ejercida sobre ENGELS por el pensamiento filosófico de MARX y la ejercida sobre MARX por el espíritu positivo y de observación de ENGELS; debe proseguir en las páginas de *La situación de la clase trabajadora en Inglaterra*, en los estudios consagrados por MARX y ENGELS a la crítica de la degeneración del idealismo hegeliano, en las páginas de *la Miseria de la Filosofía*, en el *Manifiesto comunista*, en la *Crítica de la economía política* y en *El capital*.

En todos estos escritos no se encontrará, sin embargo, una definición clásicamente perfecta de los conceptos *materialismo de la Historia* y *lucha de clases*.

Algunos escritores han esperado que ese género de precisiones podrían obtenerse el día que se lograra descubrir alguno de los escritos de MARX y ENGELS que habían desaparecido, y que hasta época muy reciente no han sido recuperados.

En el prefacio de la *Crítica de la economía política* dice MARX que en 1845 él y ENGELS trataron de escribir un libro sobre el tema del *materialismo de la Historia*, y añade lo siguiente: «El plan fué realizado en la forma de una crítica de la filosofía posthegeliana. El manuscrito, en dos sólidos volúmenes en octavo, hace tiempo que fué enviado al editor en Westfalia; pero se nos informó más tarde de que las circunstancias habían cambiado y no permitían su publicación. Nosotros abandonamos el manuscrito a la crítica destructora de los ratones, con tanto más gusto cuanto que habíamos cumplido nuestro principal propósito: esclarecer la cuestión para nosotros mismos.»

Durante ochenta años esta obra ha sido desconocida del público, hasta que al fin, aunque no completa, logró descubrirla el investigador marxista ruso CONRADO RIASANOFF, y fué publicada en el primer número del *Archivo de Karl Marx y Federico Engels*, editado por el Instituto Marx-Engels, de Moscú.

Con esta publicación, sin embargo, las esperanzas de los que deseaban obtener una definición acabada del *materialismo de la Historia* y de la *lucha de clases* han sido nuevamente defraudadas.

Este nuevo texto sirve, y no es poco, para confirmar lo que ya sabíamos; es decir, que para apreciar el significado que tenían las expresiones *materialismo de la Historia* y *lucha de clases* en boca de MARX hay que tener muy especialmente en cuenta el juicio que a MARX merecían el idealismo hegeliano, caricaturizado en las lucubraciones de BRUNO BAUER y los libres berlineses, así como la crítica que hace MARX del materialismo humanista, o, si se quiere, del humanismo materialista de FEUERBACH.

Marx y la izquierda hegeliana

La consideración de esta labor crítica de MARX conduce necesariamente a la conclusión de que el materialismo de la Historia y la lucha de clases no pueden ni definirse ni clasificarse según las categorías filosóficas tradicionalmente expresadas por los términos materialismo e idealismo. Es decir, que el pensamiento de MARX se mueve en un mundo que aspira a ser completamente distinto del mundo de los conceptos de la metafísica materialista o idealista.

El año 1844, el mismo año en que ENGELS fué a París a entrevistarse con MARX, está fechado en Francfort sobre el Mein el prólogo del trabajo que, con el título humorístico *La sacra familia, o crítica de la crítica críti-*

ca, contra Bruno Bauer y consortes, apareció en el año 1845.

Este escrito señala el principio de la colaboración de MARX y de ENGELS, colaboración que había de durar cuarenta años de estudio fecundo para el progreso del Socialismo, todo él una obra de colaboración.

Para comprender el significado de este escrito, conviene recordar como antecedentes que el año 1830 señala ya el principio del ocaso del idealismo filosófico alemán que había inspirado el patriotismo fanático de las guerras de 1813 y 1815. La grandiosa abstracción hegeliana, de donde había nacido la síntesis de lo racional y de lo real, se había prestado durante largo tiempo a menesteres políticos que la habían enajenado el respeto y la simpatía de las masas y habían provocado una desconfianza general respecto a toda especulación filosófica. El mismo gran maestro HEGEL, un día que se arriesgó a censurar en su cátedra la revolución de julio, se vió abandonado por sus oyentes, que prefirieron seguir las explicaciones de EDUARDO GAUS, profesor que, a la sazón, sometía a la escuela histórica a una crítica severa. En *La sacra familia* no es, sin embargo, el idealismo hegeliano lo que someten MARX y ENGELS a un análisis acerado, sino la caricatura del idealismo tal como se ofrece en la teoría de la autoconciencia y en el pretencioso desprecio de las masas, característicos de la filosofía de los colaboradores, con BRUNO BAUER, en la *Allgemeine Literatur Zeitung*.

Por lo demás, la repulsa por MARX y por ENGELS de las que consideraban aberraciones idealistas de BRUNO BAUER no implica un abandono de las aportaciones a la filosofía y a la ciencia del idealismo de HEGEL.

MARX y ENGELS sabían bien que, a despecho de las consecuencias reaccionarias deducidas de su doctrina por HEGEL mismo en la *Filosofía del Derecho*, el hegelianismo había forjado en Alemania las armas mejor templa-

das para su empleo por los pensadores y por los hombres de acción que luchaban contra las tendencias entonces dominantes. Estas armas, forjadas por el pensamiento de los grandes filósofos, hicieron posible que, contra la reacción romántica que se desarrolló después de la revolución de julio, se elevaran los nuevos discípulos de HEGEL que aspiraban a salvar el idealismo hegeliano de la ruina, y para ello empezaban por proclamar que lo que constituía la originalidad y el nervio de la escuela no era la estática, sino la dinámica; no era el reposo, sino el movimiento; no era el sistema, sino el método.

Esta afirmación del elemento dinámico y metodológico del hegelianismo equivale a proclamar que su aportación fundamental a la Filosofía y a la ciencia consiste en su interpretación de la dialéctica, que con HEGEL deja de ser una mera norma de la discusión verbal o una mera forma abstracta del proceso genético de las ideas en la mente, para convertirse en la concepción dinámica universal del ritmo de la contradicción que mueve el mundo.

La revolución copernicana de la Filosofía, operada por KANT mediante la aplicación del método crítico, había destruído el idealismo tradicional dogmático y estático en los dominios de la pura teoría y aun había entrevisto la posibilidad de la penetración de un elemento activo, dinámico, evolutivo en las ciencias de la Naturaleza.

La introducción de este elemento activo, evolutivo y dinámico en el campo de las ciencias de la Naturaleza no solamente tenía importancia en sí misma, sino, principalmente, porque abría el camino por el cual las ciencias todas podían llegar a libertarse de los eternos y agotadores esfuerzos por resolver las antinomias existentes entre lo ideal y lo real. Esta tendencia germinal de la Filosofía, que se puede identificar con una inclinación general del pensamiento y de la acción a valorar la impermanencia sobre lo permanente en todas las manifestacio-

nes existenciales, adquiere concreciones y ampliaciones considerables en el curso del desenvolvimiento del moderno idealismo alemán, que si bien nació como una reacción contra el materialismo francés, no representa, ni mucho menos, considerado en su conjunto, un retraso con respecto a él. Y esa idea, a la vez destructora y vivificadora del idealismo, a la vez adversaria y aliada del materialismo, es la que se expresa plenamente en la dialéctica hegeliana y es la que trata MARX de salvar del naufragio del idealismo de su época, comprometido en arriesgadas aventuras de navegante por los revueltos mares de la reacción política en las frágiles naves de la filosofía de BRUNO BAUER y consortes.

El hegelianismo de MARX consiste, pues, fundamentalmente en la defensa de la dialéctica, cuyo abandono reprocha duramente a FEUERBACH, que con su filosofía materialista, y a despecho de las apariencias, no podía, en todo caso, lograr otra cosa que la restauración de viejos conceptos, a los cuales HEGEL reprochaba haber dotado al hombre de una visión falsa del mundo como un compuesto de seres inmóviles y perfectamente definidos en su naturaleza.

El hecho de que MARX, al criticar la filosofía de FEUERBACH, proclame que, por buenos que sean los métodos del materialismo, con sus microscopios y escalpelos no investiga más que cadáveres, porque arranca las cosas de las conexiones en que viven, y el hecho de que MARX proteste de la afirmación materialista de FEUERBACH, según la cual el hombre es un producto de las circunstancias y de la educación, replicando que las circunstancias pueden ser variadas por el hombre y los educadores tienen que ser también educados, son suficientemente elocuentes para llevarnos a comprender la significación que tiene la expresión *materialismo de la Historia* y la interpretación que debe atribuirse a la *lucha de clases* en la *ideología marxista*.

El nombre de materialismo empleado por MARX no puede inducirnos a error. MARX lo adopta para diferenciar su concepción de los extravíos idealistas de su época, como adopta con ENGELS el nombre de comunismo para diferenciar el Socialismo científico del Socialismo utópico.

El materialismo de la Historia y la lucha de clases, si los consideramos desligados del concepto filosófico de la dialéctica, no alcanzan su propia significación y quedan reducidos a representaciones parciales y mezquinas de la realidad, o a afirmaciones dogmáticas propias únicamente para suscitar eternas y superficiales discusiones que nunca pueden conducir a una solución satisfactoria.

Si la adaptación del materialismo de la Historia y de la lucha de clases a las concepciones propias del materialismo metafísico es imposible, se comprende que las numerosas objeciones que a la ideología marxista se han formulado partiendo de este falso supuesto son por completo ilegítimas.

Conviene poner bien de relieve esta ilegitimidad, porque si la defensa del ideario marxista se hubiese de dejar envolver en la madeja inextricable de los argumentos polémicos del idealismo y del materialismo metafísico, o arrastrar a una discusión sobre la base de las ideas vulgares, más manoseadas que meditadas, acerca de lo que es ideal y de lo que es material, es seguro que el progreso teórico y práctico del Socialismo sufriría, por el solo hecho de cometer semejante falta estratégica, una lamentable paralización.

Desde la publicación del célebre libro de LANGE *Historia del materialismo*, ha quedado bien puesto en claro, no solamente la infecundidad de tales discusiones filosóficas, más persistentes en la rutina de las escuelas que en las corrientes mundiales del pensamiento, sino también la falsedad de la clasificación de los genios del pensamiento filosófico en dos grandes grupos, como materia-

listas o como idealistas. Con frecuencia se ha dado el caso de que el desenvolvimiento lógico de una posición mental materialista haya llevado a conclusiones idealistas o espiritualistas, como puede observarse en el mismo DEMÓCRITO. Igualmente puede notarse que el desenvolvimiento lógico de la metafísica idealista conduce a conclusiones materialistas, como se demuestra en la misma historia del moderno idealismo alemán a que nos venimos refiriendo.

El tratamiento de las ideas por esos métodos, más que clásicos arcaicos y vulgares, no puede conducir a otra cosa que a llenar el espíritu de sombras y confusiones. Una de esas confusiones, pareja a la que resulta de la identificación del Socialismo científico con el materialismo filosófico, es la que resulta de identificar el materialismo con el radicalismo revolucionario. La realidad es que el materialismo filosófico, lo mismo que el idealismo, se han aliado, según las circunstancias, a concepciones políticas y sociales opuestas y que, alternativamente, han proporcionado argumentos para la defensa de la democracia o de la aristocracia, de la libertad o de la tiranía, del Estado Leviatán o de la proclamación de los derechos del hombre y del ciudadano.

Si aspiramos, pues, a poner nuestras ideas en orden y a juzgar el Socialismo de MARX con un criterio objetivo, habremos de reconocer que el *materialismo de la Historia* y la *lucha de clases* no pueden concebirse como separados de la concepción de la dialéctica, y que ninguna de estas concepciones puede interpretarse como si estuviera constituida por un sistema de conceptos susceptibles de una definición que exprese su naturaleza invariable.

Si hubiéramos de ceder a la necesidad de clasificar el pensamiento de MARX en algunas de las categorías usuales en los filósofos modernos y en los modernos historiadores de la Filosofía, habríamos de considerarle como un

idealismo empirista o como un empirismo idealista, no porque el marxismo sea una doctrina de carácter ecléctico, sino por cuanto trata de utilizar los elementos válidos del idealismo y del empirismo fundiéndolos en una concepción que no aspira a reconstituir la Metafísica sobre nuevas bases, ni a reducir el residuo metafísico de las ideas científicas al minimum racionalmente posible, sino a prescindir por completo de la Metafísica.

Esta aspiración es la que dota al pensamiento de MARX de caracteres específicamente científicos y la que presenta al marxismo, en cuanto derivación de la filosofía hegeliana, como una consecuencia del ideario característico de esa escuela que justifica el juicio frecuente en los historiadores de la Filosofía moderna, según el cual, aunque subsistieran todos los argumentos teóricos que se han formulado contra la filosofía de HEGEL, hay una cosa que no se le puede negar, y es el progreso que ha suscitado en la vida de las ciencias, transformando por completo la manera de concebir la Historia, y principalmente la historia de la cultura.

Estos caracteres del Socialismo científico son los que se expresan principalmente en la colaboración MARX-ENGELS: los que explican, por la influencia mutua de estas dos personalidades complementarias, el contenido de la *Miseria de la Filosofía* y de *La situación de la clase trabajadora en Inglaterra*; los que dan su significado propio a la comparación que estableció MAX ADLER, en una polémica con PLECHANOW, entre el marxismo y el empiriocriticismo de MACH, y los que permiten comprender el sentido de la afirmación de FRANZ-MEHRING cuando dice, probablemente amplificando una idea de ALBERT LANGE, que así como KANT enriqueció el idealismo con las aportaciones del materialismo, así también MARX ha enriquecido el materialismo con las aportaciones del espiritualismo.

Aplicación de la dialéctica a la historia humana, ma-

terialismo de la Historia, lucha de clases, ideario marxista, no creo que puedan concebirse de otro modo que como elementos inseparables de un todo ideal que constituye lo que, en términos de significación estrictamente metodológica, se llama una teoría científica.

**Materialismo de la Historia
y lucha de clases como teo-
rías científicas**

Una teoría científica contiene hechos comprobados y hechos supuestos; contiene relaciones entre hechos que unas veces llegan a constituir lo que se llama una ley exacta y otras veces permanecen más o menos completamente en la categoría de hipótesis sugeridoras de la concepción de nuevas relaciones y de nuevas leyes. A una teoría científica no se le puede ni se le debe exigir un valor total y absoluto de verdad, una comprobación exacta por medio de la experiencia. Una teoría científica puede ser en parte verdadera y llegar a comprobarse en parte su falsedad; puede incluso llegarse a comprobar que la parte falsa de una teoría científica excede en mucho a su parte verdadera. A pesar de todo esto, la teoría científica no pierde su valor.

El valor de una teoría científica se funda principalmente en otros caracteres. No puede tener valor científico una teoría que carezca de base empírica o que pueda ser sustituida por otra de base empírica más firme; que proponga una explicación o una simple descripción de hechos conocidos por otros hechos menos conocidos o más difíciles de explicar o describir que ellos; no puede tener valor una teoría que escape a una comprobación posible por medio de la experiencia; pero, en cambio, las teorías científicas no pierden su valor si las experiencias que suscitan limitan su extensión y modifican su misma

estructura general, por lo menos en relación a la forma primitiva en que fueron concebidas. Precisamente esta transformación de las grandes teorías científicas y, con frecuencia, esa limitación de la extensión con que originariamente fueron pensadas constituye el signo principal de su valer, porque proporciona el índice de su fecundidad. Las grandes teorías son instrumentos metodológicos, medios de que nos valemos para progresar cada vez más seguramente en el camino del conocimiento del medio natural en que vivimos, en la adaptación de nuestras acciones a la naturaleza de ese medio y en su utilización para el cumplimiento de nuestros designios.

Al materialismo de la Historia y a la lucha de clases así concebidos, con su genealogía filosófica y con su base no solamente empírica, sino experimental, aunque se les llegasen a negar todos sus valores, siempre les quedaría uno, y ese valor sería un valor primordial: el valor metodológico que poseen como medios de investigación científica en el dominio de las ciencias históricas y sociales, y como normas de acción en el campo de la política. Por eso decía ENGELS, refiriéndose a la dialéctica y, con ella, al nervio del Socialismo científico, que es «la más alta forma de pensamiento, un modo de pensar profundamente revolucionario, nuestro mejor medio de trabajo y nuestra arma mejor templada».

Supongamos que se llegase a demostrar plenamente que el materialismo de la Historia y la lucha de clases, como hipótesis y como principios metodológicos, no se pueden aplicar con fortuna, al menos tal como los concibieron MARX y ENGELS, a la explicación o a la descripción de grandes períodos de la historia humana, por ejemplo, a la historia de la Edad Media, o a la historia del imperio de los Faraones, a pesar de las descripciones bíblicas de las plagas de Egipto, modelo de un tipo de estrategia proletaria aún en uso en algunas naciones y en algunos medios sindicales. Pues, aun suponiéndolo

así, eso no podía significar sino que las grandes hipótesis metodológicas que concibieron MARX y ENGELS necesitaban ser enriquecidas, o completadas, o reformadas, como han necesitado ser enriquecidas, completadas y reformadas las grandes hipótesis iniciales de la Física o de la Biología, sin que por ello hayan perdido, no ya su significación histórica, pero ni siquiera su influjo real en la situación y en el progreso actual de esas ciencias.

Marx y sus epígonos

El prurito ingenioso de multiplicar, de esquematizar y de vulgarizar las aplicaciones del materialismo de la Historia debe ser juzgado benévolutamente, como un tributo de admiración y de respeto que la vulgaridad rinde a la originalidad; pero hay que reconocer que, si no es debidamente vigilado y frenado, puede conducir a las mayores extravagancias y futilidades, con perjuicio evidente de la seriedad de la doctrina. Y cuenta que no es a los marxistas convictos y confesos a los que se les puede achacar exclusivamente, ni en primer término, ese defecto. Las publicaciones de todas las tendencias doctrinales y de todos los matices políticos están llenas de pretendidos estudios políticosociales que, para adoptar una apariencia de profundidad científica, tratan de conducir al lector por el desierto de aportaciones estadísticas con frecuencia carentes de oportunidad y de significación.

La causa engendradora de estos abusos, aparte de la consabida flaqueza del entendimiento humano, hay que buscarla en la importancia real que el factor económico ha adquirido en la historia contemporánea. La Economía no es un producto espontáneo de la Naturaleza, sino una resultante del esfuerzo continuo del espíritu humano, y a medida que el hombre ha ido aprendiendo el valor y

la posibilidad de la utilización de los recursos naturales, el factor económico ha ido adquiriendo mayor influencia y más preponderante significación en la vida. Así se comprende que haya llegado un período de la Historia, el que se abre con el nacimiento de la gran industria, en el cual la interpretación de los hechos políticos-sociales por la influencia del factor económico se haya impuesto a todos en mayor o menor grado y haya dejado prácticamente de ser objeto de discusiones.

En realidad, hay gran número de adversarios del marxismo que, no solamente emplean en la práctica el método materialista de la Historia y reconocen la existencia de la lucha de clases, sino que consideran que el elemento dinámico del marxismo ha sido el que ha dado al movimiento obrero una dirección segura y eficaz y el que le ha dotado de las capacidades constructivas merced a las cuales ha podido lograr sus mejores victorias.

Para muchos de estos pensadores la importancia del marxismo es innegable y se ha extendido durante un período de tiempo que abarca más de medio siglo; pero, a pesar de todas las concesiones que esto implica, no pueden resistir a la tentación de pronosticar el término definitivo de la influencia del marxismo y del progreso del Socialismo, de un modo semejante a como, bajo las reacciones que siguieron al movimiento revolucionario de 1848 y a la *Commune* de París, se pronosticaba que el Socialismo vencido no volvería a renacer, a pesar de lo cual tales pronósticos sirven hoy para caracterizar las vísperas de los avances más decisivos del movimiento socialista en Europa.

En una revista norteamericana, *The Marxist*, órgano del Workers Educational Institute, apareció hace años un artículo, firmado por Mr. HARRY WATON, que ofrece un ejemplo típico de esta nueva modalidad de la refutación del marxismo.

Mr. HARRY WATON es un entusiasta de MARX y, ade-

más, un entusiasta de la revolución rusa. Según él, bastaría con el hecho de la revolución rusa para demostrar la importancia del marxismo. Pero la revolución rusa es tan grande que, con su grandeza, ha agotado ya todas las inmensas posibilidades de acción que el marxismo contenía en su seno. De aquí en adelante las masas, para adquirir una nueva conciencia y un nuevo impulso que las guíe a la realización de sus aspiraciones finales, necesitan superar el marxismo, y esa superación solamente puede lograrse partiendo del mismo pensamiento de MARX, pero llevándole a asimilarse elementos de la filosofía hegeliana que MARX no había tomado en consideración. Esos elementos hegelianos se sintetizan, según HARRY WATON, en el reconocimiento de la existencia de un principio racional e inteligente que rige la Historia. Por tal procedimiento intenta este autor restaurar la Teología, no solamente en las teorías elaboradas por los pensadores, sino en las palpitaciones del alma de las multitudes.

Claro está que el entusiasmo de HARRY WATON por la revolución rusa es un entusiasmo de una índole bien distinta al de LENIN, según el cual para ponerse en camino de satisfacer, si no agotar, las aspiraciones del marxismo, el pueblo ruso tiene que pasar antes por un período de capitalismo de Estado, después por un período de Socialismo de Estado, etapas nada sencillas de recorrer, pero indispensables, según él, para la realización del verdadero Socialismo.

Según los más autorizados representantes de la revolución política rusa, la República de los Soviets no ha agotado el marxismo. Por otra parte, el Socialismo y especialmente la influencia marxista representan un papel de extraordinaria importancia, fuera de Rusia, en todas las naciones europeas y aun en todas las naciones del mundo.

La tesis de HARRY WATON carece, pues, por completo

de solidez. Pero, falta de solidez y todo, no deja de poseer un interesante carácter representativo de una modalidad del pensamiento contemporáneo a la cual he aludido más de una vez en el curso de este trabajo. Me refiero a cuanto anteriormente he indicado acerca de la impregnación de Socialismo que experimentan los partidos no socialistas y a la evolución que ha experimentado la crítica del Socialismo en el sentido de hacerse cada vez más permeable por él.

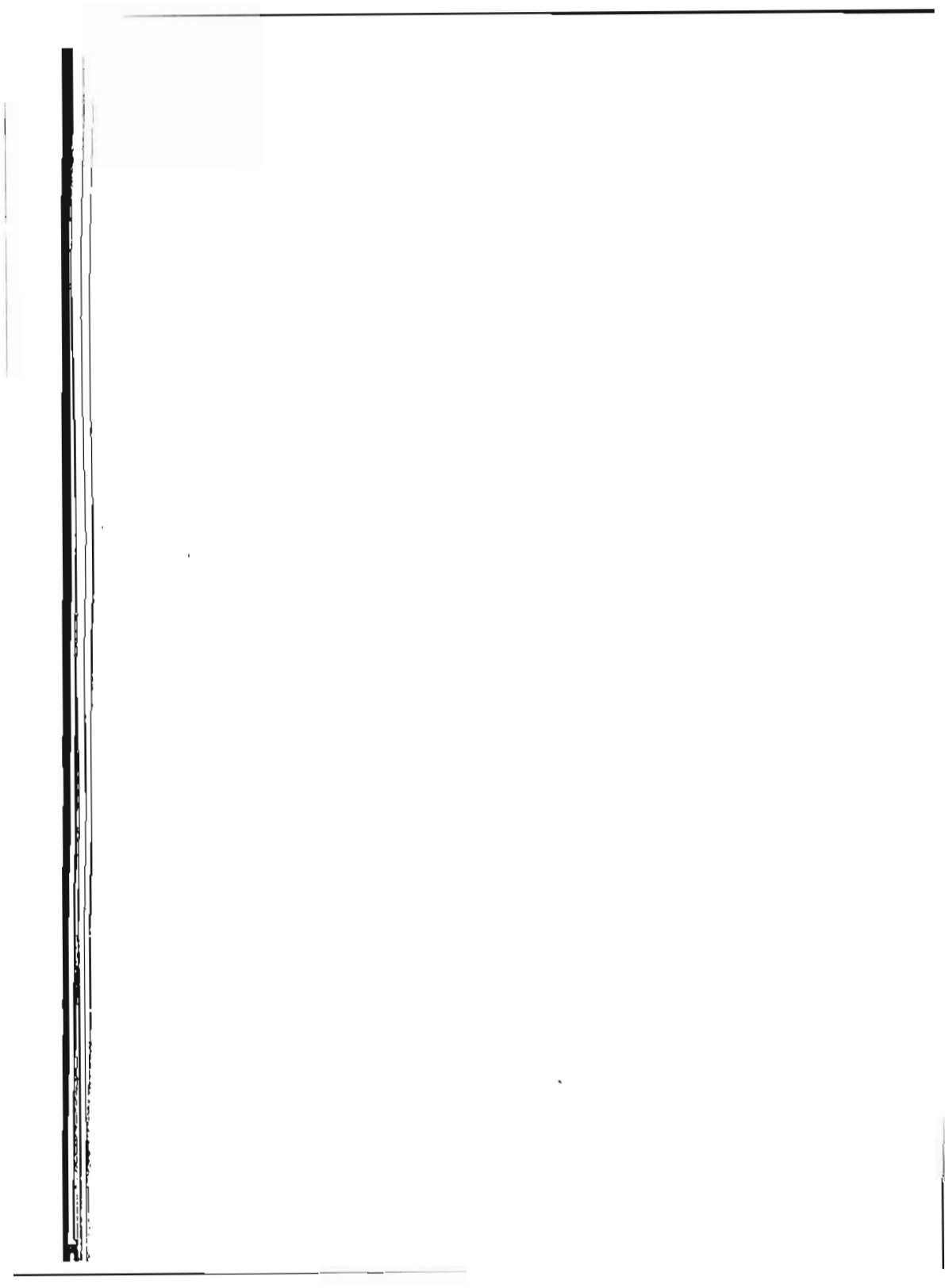
Estas indicaciones hechas por mí son, sin embargo, demasiado vagas para que puedan, ni siquiera por el momento, satisfacer nuestro deseo de explicación de estos interesantes fenómenos, tan característicos de nuestros tiempos, tan importantes para comprender las contradicciones que agitan el espíritu contemporáneo y las luchas de nuestros días y tan ligados a los problemas más hondos del pensamiento especulativo y de la acción de los individuos y de las masas humanas.

En mi deseo de contribuir, con mi verdad o con mi error, al esclarecimiento de estos problemas o, por lo menos, a hallar el camino en el cual podamos encontrar la solución de nuestras dudas más inquietantes, tengo que disculparme de nuevo por la insistencia con que me obstino en proseguir el difícil camino que he emprendido.

La mera posibilidad de una explicación racional de los triunfos y de los fracasos del Socialismo, así como de las trágicas y, a mi modo de ver, inestables victorias de los movimientos antimarxistas, bien merece la reiteración de un esfuerzo, aunque no sea más que con la finalidad de suscitar otros esfuerzos más logrados, y bien merece, además, los riesgos de un fracaso personal que por ser puramente tal en nada compromete ningún género de intereses colectivos.

Animado por este espíritu me voy a permitir, pues, algunas indicaciones que considero pertinentes al caso: en primer lugar, acerca de las asistencias que el pensa-

miento contemporáneo, sin dejar de realizar, por otra parte, considerables progresos y de impregnarse de Socialismo, ha proporcionado a la reacción y a los movimientos antimarxistas; en segundo término, acerca de las situaciones engendradas en el orden económico y social por la evolución del régimen capitalista, que han hecho posible la utilización de las armas proporcionadas por el pensamiento especulativo para desviar a las masas del camino de su liberación y causar descalabros episódicos a los Partidos Socialistas, y por último, por lo menos, acerca de algunas de las condiciones que estimo más necesarias para que los Partidos Socialistas puedan, de una manera cada vez más uniforme en el mundo y también más normal, proseguir el camino emprendido, que algún día habrá de identificarse plena e indubitablemente con el camino que ha de seguir la Humanidad toda



VIII

La incubación filosófica del fascismo

El pensamiento complicador del siglo XIX

Al abordar el primero de los tres temas indicados quiero declarar paladinamente el objeto que persigo. El ideal sería que todo expositor fuera elaborando su pensamiento *sin parti pris*, de tal manera que para el público, lo mismo que para él, el resultado más o menos estimable a que se pudiera llegar contuviera un elemento de espontaneidad, de novedad y de sorpresa que acrecería sin duda su fuerza de atracción. En la práctica, la conciliación de las exigencias lógicas de la exposición con sus exigencias pedagógicas y estéticas tropieza con tantos inconvenientes que, cuando no brota por sí misma de una de esas difíciles facilidades, patrimonio de algunas naturalezas privilegiadas, más vale desechar de antemano toda pretensión de lograrla. Vale más resignarse y a la vez correr los riesgos de la ingenuidad y de la sencillez. Todo, incluso la aridez y la sequedad de estilo, es preferible al recurso a cualquiera de los artificios que han vulgarizado la Pedagogía o el arte literario para dar una sensación de naturalidad en el proceso de la comprensión de la verdad que realmente no existe.

Tales artificios serían, además, imperdonables ante un auditorio escogido entre los ciudadanos más doctos.

Lo que me propongo en esta parte de mi exposición

es acumular algunos datos que sirvan para amplificar y confirmar mi tesis, ya anteriormente mantenida, de que el pensamiento contemporáneo, aun el que se considera más alejado del Socialismo y hasta más opuesto a él, ha sufrido el contagio no sólo del Socialismo en su significación más amplia y multiforme, sino concreta y específicamente del marxismo. Trato, además, de amplificar la tesis que ya anteriormente aparecía indisolublemente ligada a la anterior, a saber: que esta aproximación al Socialismo y al marxismo de las corrientes de pensamiento opuestas a él constituye, sin duda, un testimonio de su importancia y su vitalidad; pero al mismo tiempo ha servido para dotar de nuevos recursos mentales a los adversarios del marxismo y para crear nuevos obstáculos y nuevos peligros que se presentan al desenvolvimiento normal de su vida.

Más, en el fondo de mi esfuerzo por acopiar estos datos en corroboración de las tesis enunciadas existe un pensamiento que no sé si considerarle originado por mi experiencia personal en las luchas políticosociales. Tal vez esa experiencia personal, nada pobre, haya contribuido en gran parte a vigorizar y precisar tal pensamiento en el curso de mis reflexiones y a extraerle de los libros de Filosofía, ya que no se trata de ninguna idea acerca de cuya originalidad pueda abrigarse pretensión alguna, sino de algo que, por el contrario, puede encontrarse en las páginas de los más significados escritores contemporáneos que hayan tratado de ahondar en la comprensión de los problemas filosóficos.

Se trata en realidad de un juicio de carácter histórico-filosófico que no constituye propiamente el resultado de este estudio, sino más bien su supuesto previo y la idea de la cual me sirvo en él utilizándola a modo de hipótesis de trabajo.

Este supuesto previo implica un juicio de conjunto acerca de la significación y del valor de la filosofía del

siglo XIX y de las repercusiones que el movimiento filosófico del siglo pasado haya podido tener en el pensamiento actual y en la vida práctica de nuestros días.

El siglo XIX y su filosofía han sido juzgados hasta ahora desde puntos de vista demasiado parciales y apasionados. Nada más natural y comprensible, dado que aún vivimos envueltos en gran parte en la atmósfera intelectual y moral del siglo precedente. Pero, a medida que la distancia se va haciendo más grande, parece irse consolidando la estimación de las grandes aportaciones a la cultura debidas a la filosofía ochocentista y, al mismo tiempo, la percepción de los antecedentes explicativos que existen en ella de algunos inesperados, desconcertantes y hasta intranquilizadores avatares de la sociedad del siglo actual.

La filosofía del siglo XIX parece, en general, haber considerado que la visión filosófica clásica de la naturaleza del mundo, de la naturaleza humana y de la naturaleza de la sociedad es una visión excesivamente simplista. Conviene notar que la crítica filosófica ochocentista, para los efectos de ese juicio, ha comprendido muy especialmente dentro del concepto de filosofía clásica a la del siglo de las luces, al racionalismo del siglo XVIII y, en general, a cuanto los historiadores alemanes han denominado con un término que probablemente conviene más adoptar simplemente que intentar su traducción: la *Aufklärung*.

En este sentido, el pensamiento del siglo XIX ha sido eminentemente complicador: ha complicado las concepciones de la Biología, de la Psicología y de la Historia, como ha complicado las concepciones de la Física y de la Matemática, empezando por rebajar el rango de la Geometría euclidiana como fundada sobre principios demasiado elementales y excesivamente ligados a la percepción sensible.

En este camino de la complicación, la filosofía del si-

glo pasado ha llegado a perfeccionamientos técnicos que nada tienen que envidiar a los logrados en las épocas de mayores esplendores del pensamiento filosófico. Cuando la filosofía ochocentista se ha lanzado por el camino del análisis severo y metódico, ha descubierto conexiones nuevas entre las cosas, ha creado nuevas ideas que han servido para dotar de sorprendentes fecundidades a todas las ramas de la investigación científica. Cuando se ha lanzado por el camino del arificio sofístico, ha logrado sutilezas mentales en comparación con las cuales el ingenio de los sofistas griegos parece un inocente juego infantil.

Caricaturizando estas consideraciones al campo de las ciencias psicológicas, históricas y sociales, el resultado general que esos perfeccionamientos analíticos y críticos de la filosofía de la última centuria han producido se puede expresar sintéticamente como el desencantamiento, o por lo menos la nueva valoración, de una serie de factores componentes de la naturaleza humana que, por poseer un carácter dinámico, emocional o biológico, son de naturaleza distinta y aun opuesta a los factores intelectuales que, de un modo preferente o exclusivo y casi sin interrupción, había venido utilizando la Filosofía para la explicación de todas las cualidades y de todos los hechos ligados a la vida del hombre.

En gran parte, al menos, puede afirmarse que la filosofía del siglo pasado significa una reacción contra el carácter eminentemente intelectualista de la filosofía del siglo XVIII.

A la filosofía del siglo XVIII el planteamiento de los problemas prácticos le servía de estímulo y de ocasión para buscar solucionarlos con los recursos propios de la filosofía teórica. A la filosofía del siglo XIX el planteamiento de los problemas teóricos le ha servido de estímulo y de ocasión para buscar solucionarlos en los dominios de la filosofía práctica.

El marxismo, la filosofía teórica y la práctica

Esta primacía de la filosofía práctica sobre la filosofía teórica tiene un marcado interés para el mantenimiento de nuestra tesis de la impregnación de las diversas estructuraciones de la vida mental contemporánea por la sustancia propia de las concepciones socialistas y marxistas; pues, al menos a primera vista, parece que es en el campo de la filosofía práctica donde el Socialismo encuentra el suelo mejor preparado para su desarrollo.

Contra esta apariencia hemos encontrado, sin embargo, en el curso de las reflexiones que anteceden, motivos fundados para ponernos en guardia, ya que pudiera ser que el Socialismo, para no sufrir deformaciones lamentables, necesitase buscar una sólida cimentación en las más puras teorías elaboradas por la crítica filosófica, y mirar, en cambio, con desconfianza las generalizaciones prácticas del pensamiento especulativo.

Tratando de concretar más nuestro pensamiento, y refiriendo los orígenes de la filosofía moderna, como es corriente, a la filosofía de KANT, habríamos de decir que, según las apariencias, la fundamentación de las ideas filosóficas del Socialismo debería buscarse preferentemente en la *Crítica de la razón práctica* y no en la *Crítica de la razón pura*.

Sin embargo, se da el caso de que cuando estudiosos como MAX ADLER han intentado descubrir en la filosofía kantiana la genealogía del ideario marxista, no es a la *Crítica de la razón práctica* a la que se han dirigido, sino a la *Crítica de la razón pura*.

Esta particularidad de los estudios de MAX ADLER no debe considerarse como algo extraño, sino que, por el contrario, constituye una práctica que debe ser seguida

si se intentan semejantes estudios y que tiene una plena justificación.

La fundamentación del Socialismo en las ideas desarrolladas en la *Crítica de la razón práctica* ofrece inconvenientes que no se deben menospreciar.

Un cultivador moderno de la Filosofía, ALF ROSS, autor de un libro titulado *Kritik der Sogenannten Praktischen Erkenntnis*, advierte que, en general, toda la filosofía kantiana está penetrada de un sentimiento profundo de humanidad y de una emoción moral que fué lo primero que impresionó a los contemporáneos del gran filósofo.

Esta emoción moral existe en el fondo de toda la filosofía kantiana, lo mismo teórica que práctica. Pero mientras en la filosofía teórica, tal como se expone en la *Crítica de la razón pura* o en los *Prolegómenos*, queda como oscurecida en las frondosidades de una exuberante concepción puramente metodológica, en la *Crítica de la razón práctica* y en la *Metafísica de las costumbres*, por su carácter predominantemente constructivo, adquiere innegables pretensiones de verdad absoluta y, a pesar de los esfuerzos del autor para evitarlo, de verdad dogmática.

ALF ROSS añade, como comentario, que ese *pathos* moral de la filosofía kantiana no deja de ser tan perjudicial para la solidez de la obra filosófica como cualquiera otro que no se identifique por completo con la pasión por la verdad.

En efecto, por mucha importancia que concedamos a ese factor sentimental que anima el pensamiento del fundador del criticismo, no podemos negarnos a reconocer que la filosofía del deber y el imperativo categórico escapan a toda posibilidad de una fundamentación racional que satisfaga plenamente las exigencias teóricas del conocimiento formuladas por la misma filosofía crítica.

No en vano había dicho KANT en el prólogo de la segunda edición de la *Crítica de la razón pura* que había «necesitado anular el saber para dejar espacio a la creen-

cia». La creencia, que no había dejado de hacerse presente en la *Crítica de la razón pura*, encuentra en la *Crítica de la razón práctica* la base metafísica más firme para intentar su reconstrucción.

No quiere esto decir otra cosa sino que, en el seno de la filosofía kantiana, lejos de resolverse las contradicciones inherentes al pensamiento filosófico, han adquirido, con su nuevo y más profundo planteamiento, un intensificado vigor. Por eso se ha dicho con razón que la filosofía de KANT no ha suprimido, sino que ha multiplicado, y hasta, en vista de algunas de sus consecuencias últimas, podríamos decir que ha enconado, las discusiones entre los sabios.

Si aplicamos este género de consideraciones al objeto que perseguimos en nuestro estudio, podemos encontrar ejemplos bastante claros de esa intensificación de las contradicciones originadas por el criticismo.

La distribución equitativa y la cuantificación de la riqueza

No cabe duda que la emoción moral que antes hemos señalado como característica de la filosofía kantiana, juntamente con el carácter de universalidad que esta escuela filosófica atribuye a las ideas morales y a la ilimitada dignidad que exalta en las condiciones comunes a la conciencia de todo hombre, han ejercido una gran influencia sobre las ideas sociales posteriores y han contribuído muy especialmente a introducir en el mundo de las concepciones económicas un principio ideal de justicia que se traduce en la aspiración a realizar entre los hombres, moralmente iguales, una igualdad en la participación de los bienes, en la distribución de la riqueza.

No se puede desconocer que el principio de la repartición de la riqueza representa un importante papel en la

economía moderna y en la historia del Socialismo contemporáneo. Es verdad que el Socialismo científico y el Socialismo militante han tenido que combatir con frecuencia, en sus propagandas ante las masas, la idea del reparto como una idea demasiado simplista que, convertida en principio táctico, origina una deformación puramente sentimental del Socialismo y despierta, en espíritus entusiastas, pero no suficientemente esclarecidos, ilusiones falsas y engañosas, originarias de tristes decepciones.

A pesar de esto, la idea del reparto equitativo de la riqueza no solamente ha sido una idea propulsora y originaria del Socialismo, sino que, en realidad, aunque relegada en algunos momentos a un segundo término, ha ejercido una influencia constante sobre él, y está probablemente llamada a ejercer una influencia cada vez más positiva y más concreta a medida que el Socialismo vaya efectivamente pasando de la idea a la acción y se vayan desarrollando los planes constructivos de la nueva estructura económica de la sociedad.

Reconocida, pues, la importancia de la idea de la repartición equitativa e igualitaria de la riqueza, no debemos por eso negarnos a admitir que esa idea, por lo menos en sus efectos, ha aparecido con frecuencia como una idea contradictoria, a la vez aliada y enemiga del Socialismo, inspiradora de los más puros entusiasmos democráticos y encubridora de los más lamentables propósitos demagógicos.

Probablemente estos efectos contradictorios no pueden atribuirse a que en la idea de la igualdad económica de todos los hombres exista una contradicción interna, sino más bien a que esa idea, transportada a las regiones de la Economía desde el mundo de los conceptos y de los juicios propios de la Ética, es una idea demasiado abstracta, demasiado falta del lastre de la experiencia y demasiado aquejada de un defecto común a muchos juicios constitutivos del llamado conocimiento práctico, que, en

realidad, no son juicios propiamente dichos, es decir, expresiones de un momento del saber, sino expresiones de estados emocionales disfrazados en forma de juicios.

La contradicción más flagrante del principio de la igualdad económica es una contradicción con otro principio que, en la historia del pensamiento y su influencia en la práctica, ha aparecido originariamente como irreconciliable con él. Ese principio económico aparece también como derivado de un postulado filosófico distinto y aun opuesto a los postulados característicos de la filosofía kantiana. Me refiero al principio de la *cuantificación del placer*, que, como es sabido, constituye el fundamento del hedonismo moral de JEREMÍAS BENTHAM, y cuya traducción al orden económico podría formularse como el principio de la *cuantificación de la riqueza*. Esta aplicación a los conocimientos de orden económico del principio de *cuantificación del placer* no la dejó BENTHAM abandonada al cuidado de sus continuadores y discípulos, sino que se halla bastante explícitamente declarada en sus propios escritos. *Equality is not itself, as security, subsistence and abundance are an immediate instrument of felicity*, dice BENTHAM (1).

La contradicción del principio de la *cuantificación de la riqueza* con el principio de la igualdad en la participación de los bienes ha producido originariamente grandes desventajas para la posición derivada de la moral hedonista. La causa de esta inferioridad no hay que buscarla en ningún fundamento lógico, sino en la naturaleza emocional, puramente estética o moral, de los juicios prácticos formulados por la filosofía trascendentalista.

Sobre todo si se desliga la afirmación de la *cuantificación de la riqueza* del conjunto de las afirmaciones contenidas en las obras del fundador del moderno hedonismo, es fácil hacerla aparecer dotada de un carácter de

(1) Véase BENTHAM: *Works*, IX, 14.

frialdad egoísta que predispone el ánimo en contra de su aceptación y hasta le inclina a rechazarla sin someterla previamente a un examen crítico.

Y, sin embargo, tanto desde un punto de vista especulativo como desde un punto de vista práctico, el principio de la *cuantificación de la riqueza* tiene una solidez indestructible, si al mismo principio igualitario se le quiere atribuir alguna realidad que no sea puramente la perduración por tiempo indefinido de un piadoso deseo inasequible.

La idea de que el reparto equitativo de la riqueza debe ir acompañado de un aumento progresivo de la riqueza total, si esa idea del reparto no ha de tener una realidad puramente negativa y destructora, es ya una idea bastante vulgarizada, sin perjuicio de que con frecuencia se la desconozca y se la niegue.

Por lo demás, justo es reconocer que BENTHAM, sin dejar nunca de afirmar el principio de la *maximización del placer* con todas sus consecuencias, ha tenido siempre su espíritu abierto a la influencia del postulado moral de la justicia distributiva, como lo demuestra que, aparte de la consideración general del problema ético y aun del problema social y económico contemplado en su conjunto, haya considerado también la necesidad de resolver problemas singulares de distribución equitativa de la riqueza existente en una cantidad dada en un momento y en un lugar determinados. A este orden de consideraciones pertenece la admirable previsión de un largo período de la Historia durante el cual dominará la inseguridad, y en el curso del cual, usando sus propias palabras, parte de *lo mío* pasará a ser *de otro*, como condición indispensable del logro de la igualdad (1).

La consideración de este género de contrastes, e incluso la investigación de las posibles coincidencias entre

(1) Véase ALE. ROSS, obra citada, página 178.

corrientes de pensamiento tan distintas como la moral hedonista de BENTHAM y la moral del imperativo categórico de KANT, constituye el objeto de un estudio que, aunque dotado de un carácter eminentemente especulativo, está lleno de importantes consecuencias para la interpretación de la actualidad de la vida social y para la apreciación del curso que la Humanidad puede seguir en el porvenir.

La tradición filosófica inglesa y la alemana

Tanto exigencias intelectuales como la naturaleza de los acontecimientos que se están verificando ante nosotros parece que nos inclinan a fijar nuestra atención de nuevo en la tradición filosófica inglesa, tal vez demasiado olvidada por el pensamiento filosófico de la última centuria.

No hay que desconocer que esta tradición filosófica inglesa, representada, entre otros, por BENTHAM de un modo eminente, ha tenido desde sus orígenes un sentido políticosocial que la ha caracterizado como un elemento radical y crítico en la historia de la cultura, y que en Inglaterra misma, y en las naciones que más directamente han sentido su influjo, se ha mantenido constantemente vivo y ha estado, en gran parte al menos, representado por los brillantes escritores pertenecientes a la escuela utilitaria.

Mientras que así Inglaterra, desde el siglo XVIII, ocupó un puesto de avanzada en el movimiento de la *Aufklärung*, que se extendió por el continente europeo merced a VOLTAIRE y a MONTESQUIEU, el impulso para dominar la unilateralidad y simplicidad de la visión atribuida a la *Aufklärung* partió de Alemania, sede de la reacción romántico-histórica, que si en Inglaterra tuvo representantes tan destacados como COLERIDGE y CARLYLE,

no fué nunca una creación original suya, sino un producto de exportación.

Esta polarización de las corrientes filosóficas de signo distinto u opuesto en Inglaterra y en Alemania tiene un valor innegable para la historia de la Filosofía; pero quizá tenga aún un valor mayor por las sugerencias útiles que proporciona para interpretar el curso de algunos acontecimientos contemporáneos. Me refiero a la polarización, que se ha acentuado cada vez más, de dos corrientes interpretativas del Socialismo y del marxismo. Una localizada preferentemente en los países de la Europa central y oriental, y simbolizada por un sistema ideológico de tradición germánica, y otra localizada en los países anglosajones y escandinavos, y simbolizada en un tipo de mentalidad británica.

Bien sé yo que estas distinciones tienen un valor muy relativo y que no podemos poner en ellas, como en nada, una fe ciega. Pero hechas estas reservas, y con el mismo carácter de relatividad, no exenta de importancia, séame permitido deducir algunas consecuencias de las consideraciones precedentes.

La reacción contra la Aufklärung

Es la primera que las contradicciones señaladas entre los principios morales de la filosofía trascendentalista y de la utilitaria, que más tarde se han traducido en contradicciones de carácter económico, y se están reflejando en acontecimientos sociales y políticos, tienen su fundamento en la dificultad que encuentran todos los sistemas de Filosofía para conciliar las exigencias especulativas con las exigencias prácticas, las exigencias racionales con las empíricas.

Estas contradicciones, en cuanto expresadas por ideas, sólo pueden resolverse en una concepción sintética que, eliminando la Metafísica, conserve un carácter eminente-

mente racional, y que, basándose en la experiencia, no le conceda valor sino en cuanto está iluminada por las luces de la razón.

El marxismo, considerado como concepción filosófica, hemos visto que posee estos caracteres, merced a lo cual le ha sido posible conciliar contradicciones del tipo de las señaladas entre la doctrina de la repartición igualitaria de la riqueza, derivada de la moral trascendentalista, y la doctrina que hemos denominado de la *maximización de la riqueza*, derivada de la moral utilitaria.

La concepción como un proceso dialéctico del desarrollo histórico del capitalismo y del Socialismo es la que, en la teoría de MARX, permite concebir que pueda realizarse el postulado moral de la igualdad económica, como justa aspiración humana, sin causar la ruina de la civilización, ahogada en un mar de universal indigencia.

Ahora bien : el mismo entusiasmo por la grandeza de las concepciones de MARX debe llevarnos a reconocer que una mera repetición de sus fórmulas, por certeras y llenas de contenido que estas fórmulas aparezcan, no puede dar la solución práctica de ningún problema, y menos de los graves problemas del presente.

El marxismo no puede sacar de su propia sustancia la trama de la nueva sociedad como suponía BACON que la araña saca de su propia sustancia la tela que teje.

Para ser marxista y no poner en caricatura el marxismo hay que esforzarse, como se esforzaba el propio MARX, por hallar la síntesis resolutoria de las contradicciones que la vida nos vaya presentando y que nuestro pensamiento haya logrado reconocer.

Para ello, MARX no se encastilló en las fórmulas del idealismo hegeliano. Si lo hubiera hecho no hubiera sido otra cosa que un doctrinario más ; MARX completó su cultura germánica con las aportaciones del pensamiento de los utopistas franceses y de los economistas filósofos ingleses.

Si queremos hacer una obra socialista, aunque modesta, fecunda, nosotros tenemos que seguir, en esto quizá más que en nada, las huellas del maestro. El carácter eminentemente constructivo del Socialismo actual lo requiere más apremiantemente que nunca. He aquí, pues, la segunda consecuencia a que yo quería llegar: que en el estado actual de las cosas, si queremos evitar los peligros de una interpretación unilateral y dogmática del Socialismo, de una interpretación que convierta las organizaciones socialistas en clubs de doctrinarios y al Socialismo en una secta: si queremos contribuir a la construcción de un Socialismo no autoritario, ni cuartelero, ni despótico, ni dominado por pasiones ciegas, sino de un Socialismo inteligente, dueño de sus propias acciones y verdaderamente libertador de los esclavos del capitalismo, es decir, si queremos construir un Socialismo no como lo han concebido sus adversarios para combatirlo, sino como lo han concebido sus partidarios, como lo han concebido MARX y ENGELS, sería muy recomendable que prestásemos una creciente atención al desarrollo de las ideas socialistas y aun marxistas, aunque sus mantenedores no hayan jurado por el nombre del maestro, tal como se ha producido fuera de la Alemania en que nació MARX y en la cual fué perseguido y de la cual fué expatriado. Sería muy recomendable que prestásemos una atención más sostenida de la que prestamos al Socialismo tal como se desenvuelve en los pueblos anglosajones y escandinavos, y aun que, en el orden de la teoría, procurásemos refrescar nuestro espíritu en las fuentes más claras del intelectualismo del siglo XVIII, que, como antes hemos indicado, no brotaron en el continente europeo, sino en las islas Británicas.

Tras esta consecuencia de lo anteriormente expuesto, quisiera acentuar otra última, que debe servir de enlace entre las consideraciones precedentes y las que habrán de seguir.

Esta última consecuencia no es propiamente sino una confirmación del principio que, con carácter hipotético y de puro valor metodológico, he establecido al comienzo del presente capítulo: esto es, que la filosofía del siglo XIX ha evolucionado en el sentido de una valoración cada vez mayor de los problemas prácticos. Si nos fuera dado seguir las transformaciones del trascendentalismo, por ejemplo, al través de la filosofía de RENOUVIER, de COHEN, de NATORP o de CASSIRER, es seguro que esta parte de nuestra tesis podría encontrar en ese estudio notables confirmaciones. Igualmente, las indicaciones hechas pueden servir, al menos en parte, para confirmar el complemento de nuestra tesis inicial referente a que esa valoración de los problemas prácticos se traduce en una serie de aportaciones filosóficas, útiles al progreso del Socialismo y coincidentes con el marxismo, pero que, al mismo tiempo, sirven para reforzar los obstáculos que se presentan a su desarrollo y constituyen posiciones mentales en las cuales suelen hacerse firmes los adversarios del Socialismo y aun tomarlas como base para dirigirle los más duros ataques.

La prosecución del desarrollo de estas tesis requeriría un prolijo trabajo en el cual fuesen sometidas a examen tendencias filosóficas tales como el pragmatismo norteamericano de WILLIAM JAMES y de SCHILLER, la teoría de la evolución creadora de BERGSON, la fenomenología de HUSSERL, de MAX SELLER y de HEIDEGGER.

En todas estas escuelas el impulso de la reacción contra el carácter intelectualista y racionalista de la filosofía de la *Aufklärung* aparece evidente. Al mismo tiempo también aparece evidente la valoración, por estos sistemas filosóficos, de los problemas prácticos sobre los teóricos y su propensión a preocuparse por el estudio de los temas económicosociales y a buscar un criterio para sus soluciones. El libro de SCHELLER *Las formas del saber y la sociedad*, y especialmente su capítulo titulado «Co-

nocimiento y trabajo», proporciona una indicación bastante clara acerca de la exactitud que encierra nuestra anterior apreciación.

Por el momento nos interesa solamente subrayar que la tendencia a obtener un tratamiento científico de los problemas económicos, sociales y políticos se ve claramente contrariada por estos sistemas, que, en general, propenden a colocar fuera del orden de la causalidad los fenómenos concernientes a la naturaleza humana, o a introducir, para su explicación, conexiones entre los hechos característicamente intencionales o teleológicas.

Para los fines del presente estudio, conviene, más que insistir sobre este tema general, escoger dos manifestaciones bien características de la filosofía contemporánea, en las cuales las propensiones practicistas heredadas de la filosofía del siglo XIX y, sobre todo, la doble influencia favorable y desfavorable respecto al Socialismo y al marxismo se ofrecen, a mi juicio, de un modo claramente perceptible.

Me refiero al *behaviourisme* y a la *Wertphilosophie*.

Consideradas estas dos escuelas filosóficas en relación con el Socialismo científico, es seguro que en ambas pueden encontrarse tanto tendencias de aproximación y coincidencia con él como tendencias hostiles. Las tendencias de aproximación se encuentran, sin embargo, preferentemente en el *behaviourisme*, y las tendencias hostiles hallan por lo menos una atmósfera propicia a su producción y desarrollo en la *Wertphilosophie*.

El *behaviourisme*

Como es sabido, el *behaviourisme* ha nacido en los Estados Unidos de América del Norte, y sus principales representantes son JOHN DEWEY y WATSON.

Los norteamericanos dicen que el *behaviourisme* es un *new materialisme*, y lo dicen, a mi modo de ver, con

bastante justificación. En efecto, es cierto que el *behaviourisme* norteamericano, a pesar de su tendencia a eliminar de las explicaciones de la conducta humana todo elemento metafísico (carácter que le aproxima preferentemente al marxismo), recuerda al materialismo de la extrema izquierda hegeliana, tomado en su conjunto, al menos por algunos caracteres, que aunque se puedan considerar como secundarios y externos, no por eso carecen de significación; por ejemplo, su oposición al puritanismo y su crítica acerba de la hipocresía de los magnates del oro, que ponen en sus labios el nombre de Cristo mientras calculan las ganancias del petróleo o el caucho.

Las influencias que el *behaviourisme* ha ejercido sobre la vida norteamericana actual y sobre gran parte de sus actividades espirituales son bien dignas de notarse.

El *behaviourisme* ha influido notablemente sobre las teorías económicas de algunos profesores, tales como MITCHELL, TUGWELL, J. M. CLARK, los cuales, si bien no se atreven a pronunciar la palabra *Socialismo*, y mucho menos la palabra *marxismo*, en instituciones fundadas por ROCKEFELLER o CARNEGIE, critican en términos casi idénticos a los de MARX la economía política individualista; consideran, como MARX, que las distintas organizaciones sociales son un reflejo de las leyes económicas, y, como MARX, estiman que las pretendidas leyes eternas de la Economía no son otra cosa que las leyes que convienen a una clase social dominante en un período de la Historia. No es extraño que, considerando la significación de la existencia de estas doctrinas en el seno mismo de las Universidades norteamericanas, se haya podido, ya hace tiempo, decir que en Norteamérica existe un *criptosocialismo*, o más bien un *criptomarxismo*; porque si los economistas americanos es verdad que no suelen hablar de la socialización de los medios de producción, es verdad también que expresan esa misma idea, o por lo menos una idea muy parecida, cuando preconizan la necesidad de esta-

blecer un orden social funcional, es decir, de transformar muchas instituciones económicas, que hasta aquí se han regido por las normas del derecho privado, en instituciones de derecho público, o de la necesidad de que la economía sustituya la *business accounting* por la *social accounting*.

La influencia ejercida por el *behaviourisme* sobre los economistas se extiende también a los historiadores del tipo de BEARD NODDWARD, que derivan toda la historia de la civilización norteamericana del desarrollo económico, que analizan la parte de leyenda que se ha formado en torno a la figura histórica de WASHINGTON y tratan las guerras de la independencia de América como un momento de la lucha de clases.

Todavía, en una esfera más amplia, pueden señalarse las influencias que el *behaviourisme* ha ejercido sobre la literatura; influencias bien apreciables en las novelas de UPTON SINCLAIR y SINCLAIR LEWIS, que han popularizado el desprecio que a una gran parte de la intelectualidad americana inspira la personalidad social del capitalista.

Esta actitud de una buena parte de la intelectualidad norteamericana pudo carecer de expansión y de resonancia mientras en los Estados Unidos atravesaba el capitalismo por una época floreciente; pero en cuanto en el pretendido Eldorado del industrialismo capitalista empezaron las mismas estadísticas imperfectas a revelar la existencia de un número de obreros destituidos que aumentaba de un modo vertiginoso, se empezó a comprender que los Estados Unidos no eran ya un país de excepción, y que las semillas intelectuales cuidadas por los escritores de tendencias modernas, cayendo sobre los grandes surcos de dolor que se abrían en el seno de la sociedad norteamericana, podrían producir una abundante cosecha de Socialismo teórico y de Socialismo militante. Más tarde, cuando la crisis se acentuó y sobrevino la quiebra

gigantesca de los Bancos, la política del presidente ROOSEVELT encontró para su desarrollo un ambiente favorable y entusiasta en la opinión nacional.

No es mi intención juzgar el significado ni mucho menos hacer género alguno de pronósticos acerca del porvenir de la actual política en Norteamérica; pero si la idea apuntada por mí no carece por completo de elementos útiles, esto es, si las tendencias de la filosofía *behaviourista* americana se reflejan en la nueva política, es posible que, para interpretar el sentido y las capacidades del experimento de ROOSEVELT, no carezcan de valor algunas de las notas ya apuntadas y aun otras que a continuación deseo añadir acerca de los caracteres del *behaviourisme*.

La transcripción de algunas palabras del profesor DEWEY espero que, por ser palabras verdaderamente significativas, podrá facilitar y abreviar el logro de mi propósito.

En el libro *Naturaleza humana y conducta*, el profesor DEWEY dice:

«La excusa, la provocación, aunque no la justificación, de tal doctrina (se refiere al Socialismo) se encuentra en las acciones de los que dicen: "Paz, paz", cuando no hay paz; de los que se niegan a reconocer los hechos como son; de los que proclaman la existencia de una armonía natural entre la riqueza y el mérito, entre el capital y el trabajo; de los que afirman la justicia natural de las condiciones existentes. Hay algo horrible, algo que le hace a uno temer por la subsistencia del hombre civilizado, en la negación de las diferencias de clase y de las luchas de clase que proceden precisamente de una clase en posesión del Poder y que utiliza todos los medios, incluso el monopolio de las ideas morales, para acrecentar su fuerza con el fin de conservar su dominio.»

Esta cita muestra claramente hasta qué punto el profesor DEWEY se aproxima al Socialismo. Sus palabras, aparentemente, pueden significar una adhesión del autor á la teoría de la lucha de clases característica del ideario de MARX. En realidad no tienen ese significado. Son un mero reconocimiento de la existencia real de la diferencia de clases y de la lucha entre ellas, sin que este reconocimiento induzca al profesor DEWEY a aceptar la lucha de clases ni como un concepto metodológico para la interpretación de la Historia, ni como una norma científica de acción. Del reconocimiento del hecho de la diferencia de clases y de la lucha de clases parte DEWEY para dirigir una dura amonestación a las clases dirigentes, amonestación cuyo valor literario y moral es bien notorio; cosa que no impide al autor de esa misma amonestación aparecer con frecuencia en contradicción flagrante, no sólo con el marxismo, sino también con el Socialismo en cuanto éste deja de consistir en una simpatía más o menos ardiente hacia la clase trabajadora y en una repulsa de la burguesía, para concretarse de algún modo en conceptos y formularse en juicios; es decir, en cuanto el Socialismo deja de ser una mera actitud sentimental para convertirse en una posición intelectual.

Y es que en el seno del *behaviourisme* luchan también dos tendencias opuestas, sin que esta doctrina haya logrado superar las contradicciones filosóficas de que hemos hecho mención en momentos anteriores de nuestro trabajo, como no logró superarlas el materialismo de FEUERBACH en la extrema izquierda hegeliana.

Mientras la explicación de la conducta humana y del aprendizaje, que tan importante papel representa en el *behaviourisme*, aun siendo explicaciones de realidades que caen dentro del campo de la Psicología, se mantienen alejadas de la utilización de elementos puramente psicológicos como factores explicativos, es decir, mientras esta escuela permanece fiel y acentúa su carácter de

nuevo materialismo, puede proporcionar descripciones sumamente valiosas, capaces de una repercusión importante, no sólo en los dominios de la psicología individual, sino en los de las ciencias sociales. En este orden de consideraciones es de notar que la explicación *behaviourista* del aprendizaje ha prestado grandes servicios a la Pedagogía por lo que se refiere a la determinación de las condiciones del desarrollo de la personalidad individual, y a la Política por las sugerencias que puede proporcionar acerca de la naturaleza experimental de los tanteos revolucionarios como un momento característico del duro aprendizaje de las sociedades. Mas, desde el momento en que la teoría del aprendizaje abandona el empleo de materiales biológicos y penetra en el terreno de la Psicología propiamente dicha para solicitar de ella elementos explicativos con que construir sus teorías, empiezan a aparecer en el *behaviourisme* tendencias teleológicas y hormísticas, es decir, opuestas a la interpretación estrictamente científica de la realidad; tendencias que, pese a todas las apariencias y a todas las pretensiones de los filósofos *behaviouristas*, son de una naturaleza análoga a teorías tales como la del *élan vital*, de BERGSON, o de la voluntad de vivir (*will-to-live*), de SCHOPENHAUER, o el *libido*, de JUNGS, o las *implanted propensities*, de la escuela escocesa.

En suma, si en términos generales puede decirse que el *behaviourisme* representa un avance muy resuelto hacia el Socialismo, también puede decirse que contiene elementos que le son francamente hostiles. A esta doble condición, tan generalizada, como vamos viendo, en la filosofía contemporánea, el *behaviourisme* tampoco puede escapar, y esta condición ambigua del pensamiento filosófico de los Estados Unidos no tendría nada de particular que se reflejase también en la trayectoria que haya de seguir la política norteamericana.

La Wertphilosophie

Cuanto acabamos de decir acerca del desarrollo de las ideas hostiles al Socialismo y particularmente al marxismo en el seno de la filosofía *behaviourística*, cabría repetirlo, pero elevándolo extraordinariamente de potencia, con relación a la *Wertphilosophie*.

El término *Wertphilosophie* es un término difícil de traducir. Para huir de la ambigüedad de una traducción literal, como filosofía del valor o de los valores, sería tal vez conveniente adoptar la denominación de «Filosofía de la valoración».

Esta escuela filosófica ha llegado a adquirir tal preponderancia sobre lo que podríamos llamar el mundo filosófico profesional, que, sobre todo en el último decenio, traspasando la esfera de la filosofía práctica, ha invadido el campo de la filosofía teórica y ha logrado abarcar los dominios de la filosofía toda e identificar su concepto con el concepto de filosofía general.

Es un triunfo imponente, si se quiere *kolosal*, el de la *Wertphilosophie*, que ofrece un ejemplo extraordinario en la historia del pensamiento, acostumbrado a contemplar el progreso de las nuevas ideas como un proceso lento, difícil y, con frecuencia, penoso.

Es posible, sin embargo, que no se trate propiamente, en el caso de la *Wertphilosophie*, del nacimiento de nuevas concepciones filosóficas, sino de una nueva sistematización, lograda con gran dominio de los recursos técnicos, de elementos filosóficos previamente existentes. Es posible, en suma, que de la *Wertphilosophie* pueda decirse lo mismo que WILLIAM JAMES decía del Pragmatismo, «que es un nombre nuevo de algunos viejos modos de pensar» (1).

(1) Véase WILLIAM JAMES: *Pragmatism*. London, 1908.

Si efectivamente fuera así, sería también posible que la crítica filosófica y la historia de la Filosofía se basasen por sí solas para explicar el nacimiento y la forma que ha adoptado en su desarrollo la Filosofía de la valoración.

Lo que ni la crítica filosófica ni la historia de la Filosofía es fácil que logren por sus propios recursos es explicar el éxito rápido de esta escuela filosófica, su potencialidad de desarrollo y de expansión, aspectos de gran importancia acerca de los cuales nada dicen los antecedentes puramente ideológicos y, en cambio, puede enseñar mucho el estudio de las circunstancias sociales y con ellas, muy especialmente, de las circunstancias económicas que han acompañado al nacimiento y a la propaganda del nuevo ideario.

Para un materialista de la Historia, en el sentido propiamente marxista, la ocasión que ofrecen estas consideraciones filosóficas es tentadora.

Naturalmente que sería un modo pueril de escuchar esa tentación empeñarse en justificar la existencia de cada una de las ideas componentes de un sistema filosófico por sus antecedentes económicos causales.

La Filosofía, como la ciencia toda, tiene sus recursos, tiene sus métodos propios. La aplicación de esos recursos, el empleo de esos métodos puede engendrar cada vez un número mayor de ideas más o menos originales, más o menos lógicamente estructuradas. La tradición cultural va acumulando tesoros ideales, perfeccionando los medios de conservarlos, de multiplicarlos, de perfeccionarlos y de cultivar la producción de nuevas y más extrañas variedades. De esa gran variedad de ideas, muchas están destinadas a llevar una existencia lánguida o a extinguirse lentamente en el mismo medio en que nacieron; otras, por su propia perfección, perduran en la vida silenciosa de su hogar nativo y en él resisten a las situaciones más adversas; algunas, requeridas por una

apremiante exigencia colectiva, se lanzan a un mundo de aventuras, de posibles triunfos, de probables fracasos. En esa prueba arriesgada, las ideas pierden su diafanidad originaria y, con frecuencia, como obedeciendo a una fatalidad que hasta ahora no ha podido ser superada, no solamente se impurifican, sino que se manchan de lodo y de sangre. En estos casos, la prueba es dura, el éxito es con frecuencia efímero; pero el mismo fracaso de la empresa, piedra de toque del valor real de una teoría, suscita necesarias rectificaciones y reacciona en el dominio de la pura investigación científica y de la especulación filosófica como un factor de perfeccionamiento y de progreso.

Como empresa ideal, también como anhelo de traducirse en acción, la *Wertphilosophie* lleva en su nombre uno de sus principales rasgos característicos. El concepto que se expresa con las palabras *valor*, o *valores*, o *valoración*, es un concepto oriundo de la Economía. Cuando la *Wertphilosophie* lo acepta como su denominación común, no quiere ello decir otra cosa sino que el concepto de valor ha sido elevado por ella a principio fundamental no sólo de la Ética, o de la Estética, sino de la Lógica y hasta de la Teoría del conocimiento. La empresa especulativa consistente en derivar la Filosofía toda de un principio que pertenece por derecho propio al campo de la Economía, hay que reconocer que es una empresa mucho más arriesgada que la que han osado el Socialismo científico y el materialismo de la Historia. Tan arriesgada que, el mismo atrevimiento especulativo que esa empresa supone, sugiere la sospecha de que la *Wertphilosophie* pueda ser el ejemplo más conspicuo que existe de la nueva sofística, maestra en el arte de alterar el equilibrio de las posiciones mentales más sólidas, exagerándolas, deformándolas, hasta convertirlas en la más completa negación de su propia naturaleza.

Se podrá decir, no hay duda, que las indicaciones que

acabo de hacer, fundadas en una circunstancia tan aleatoria como la adopción de un nombre para designar, no tanto una escuela filosófica como una dirección general de la Filosofía, muy diversificada en interiores matices, constituye una argumentación falta de solidez y sobrada de superficialidad.

Al fijarme en el nombre *Wertphilosophie* no he tratado, sin embargo, de aducir una prueba. La prueba sólo cabe aducirla de los pensamientos perfilados, definidos, y además, anquilosados o muertos. El juicio que arriesgo acerca de la *Wertphilosophie* no tiene ese carácter. No pretende ser, ni puede ser, un pensamiento original; pero sí es un pensamiento en formación.

Para perfilarle, para completarle, no hay que limitarse a las consideraciones acerca del nombre *Wertphilosophie*, por muy significativas que estas consideraciones puedan ser. Hay que juzgar el contenido mismo de la corriente filosófica designada con ese nombre.

Ahora bien: sin perjuicio de dejar esta apreciación abierta a nuevos perfeccionamientos, una consideración, aun superficial, de algunas de las más características manifestaciones de la *Wertphilosophie* permite llegar a resultados ciertos y eminentemente sugestivos.

Metodológicamente considerada, la *Wertphilosophie* busca su fundamento, no en los testimonios de la experiencia externa, sino en los resultados de la experiencia interna. Su instrumento metodológico es la introspección; pero una introspección que no puede confundirse con la empleada por la Psicología analítica y descriptiva. La introspección que sirve de instrumento a la *Wertphilosophie* es una introspección *sui generis*, incapaz de concretarse en un modo especial de percepción; su elemento constitutivo no es el *percepto*, sino el puro *introspecto*, nombre con que se designan actitudes de la conciencia que se sienten, pero no se explican, que no poseen las limitaciones del tiempo y del espacio propias del

mundo sensible y que escapan a todo intento de explicación causal.

Una corriente filosófica que presenta semejantes caracteres metodológicos no es extraño que abunde en conceptos que todos ellos se refieren más o menos claramente a estados emocionales o dinámicos. Esta es la significación que tienen las expresiones *gefühl* (sentimiento), *streben* (tendencia), *begehrung* (anhelo), *existenz-gefühl* (sentimiento de la existencia), *wertungsgefühl* (sentimiento de la valoración), etc.

Entre todas estas palabras hay una que quizá supera a las demás por su significación indefinible, por su sentido místico, por su resistencia a ser adoptada como objeto de una descripción directa y positiva. Me refiero a la palabra *erlebnis*, quizá la más expresiva y característica de todas las usuales en la terminología propia de la *Wertphilosophie*.

El significado filosófico de la palabra *erlebnis* apenas puede captarse de otro modo que dándole un sentido negativo de lo que se expresa con otro término de significación positiva y clara: el término *vorstellung* (representación). La palabra *erlebnis*, como término filosófico, significa lo contrario de *representación*; cuando más, podemos solamente concebirla como identificada con el sentimiento de la vida, o, más técnicamente, pero no más concretamente, como la intuición directa del curso vital.

Una corriente de pensamiento filosófico que presenta tales caracteres no tiene nada de extraño que haya llegado al menosprecio de los factores intelectuales, no sólo en el curso de la vida y de la Historia, sino en la misma formación de los conocimientos, en la misma vida mental. En esa pendiente es natural que se haya podido llegar, con ROBERT REINIGER, a la identificación del concepto de sujeto del conocimiento con el concepto de sujeto biológico. Pero una vez que se ha llegado a tales re-

sultados, no tiene nada de particular tampoco que algunos críticos, como ALF ROSS, hayan declarado que lo que se entiende por el contenido de la palabra *erlebnis* en la *Wertphilosophie* y la conciencia de su contenido, que se expresa con la palabra *erlebnisbewusstsein*, no pueden tener sino una significación completamente irreductible a términos de razón, y en ese sentido, un carácter irracional.

La *Wertphilosophie* aparece así como la última consecuencia, en el orden del pensamiento especulativo, de la tendencia filosófica que hemos supuesto característica del siglo XIX, consistente en descubrir en la psicología del individuo, en la existencia de la sociedad y en la Historia la influencia de una serie de factores subconscientes o inconscientes, sentimentales, dinámicos o biológicos.

En el descubrimiento de estos factores, en la determinación de la influencia que han ejercido y aún ejercen en la producción de los acontecimientos humanos, no existe ninguna causa de error. Por el contrario, el conocimiento de esos factores irracionales puede contribuir poderosamente al progreso de las ciencias psicológicas y sociales y, con ellas, a la racionalización creciente de la vida humana. La aspiración que latía en el fondo del espíritu de la *Aufklärung* puede verse, al fin, cumplidamente servida por el supertecnicismo filosófico y crítico de la *Wertphilosophie*.

Así es de esperar que suceda ; pero eso no quiere decir que suceda así hoy. Por el momento, la *Wertphilosophie* ha contribuido a introducir en las mentes humanas un equívoco del cual no parece fácil librarse. Ese equívoco es el contenido en la primacía de la filosofía práctica sobre la teórica y consiste en elevar la sensibilidad y los impulsos activos a la categoría de criterios de verdad.

Mientras una crítica filosófica implacable se emplee en descubrir los estímulos pasionales, ciegos, irraciona-

tes, en fin, que han influido e influyen hoy en el curso de la Historia, por desagradable que pueda parecer la verdad descubierta, como del conocimiento de toda verdad, nada hay, en último término, que temer; mas si se llegan a erigir la ceguera y la pasión en principios filosóficos y en normas del saber y de la conducta, de la aplicación de tales concepciones no se puede esperar sino los frutos más amargos.

No es que la *Wertphilosophie* sea la única corriente filosófica que ha llegado a tales extremas conclusiones en reacción contra el intelectualismo en otros tiempos dominante en el mundo del pensamiento filosófico; pero la *Wertphilosophie* constituye la más típica sistematización de los fundamentos sobre los cuales descansan estas tendencias, y su influjo ha contribuido incluso a la deformación más completa de modalidades filosóficas que, al principio de su existencia, en el espíritu de sus iniciadores, estaban bien lejos de los resultados a que han llegado los epigonos.

Un ejemplo típico de estas desviaciones es la que ofrece el trascendentalismo de la escuela que los alemanes llaman neokantismo del sudoeste, cuyos principales representantes son WINDELBAND y BINDER.

Estos autores conservan el esquema de las concepciones formalistas propias de la filosofía crítica; pero, bajo una cierta influencia hegeliana, conciben la razón, la conciencia y la existencia del hombre individual como una mera manifestación del espíritu de la colectividad a que el individuo pertenece, y tratan de llenar las puras formas de la inteligencia y de la voluntad con un contenido tomado de la sucesión de los hechos históricos.

Así han nacido, en el pensamiento de estos autores, dos concepciones típicas de los momentos presentes: el transpersonalismo, que desemboca en la anulación de la libertad individual y en la resurrección del Estado Leviatán, de HOBBS, y el historicismo, al cual, en sus últi-

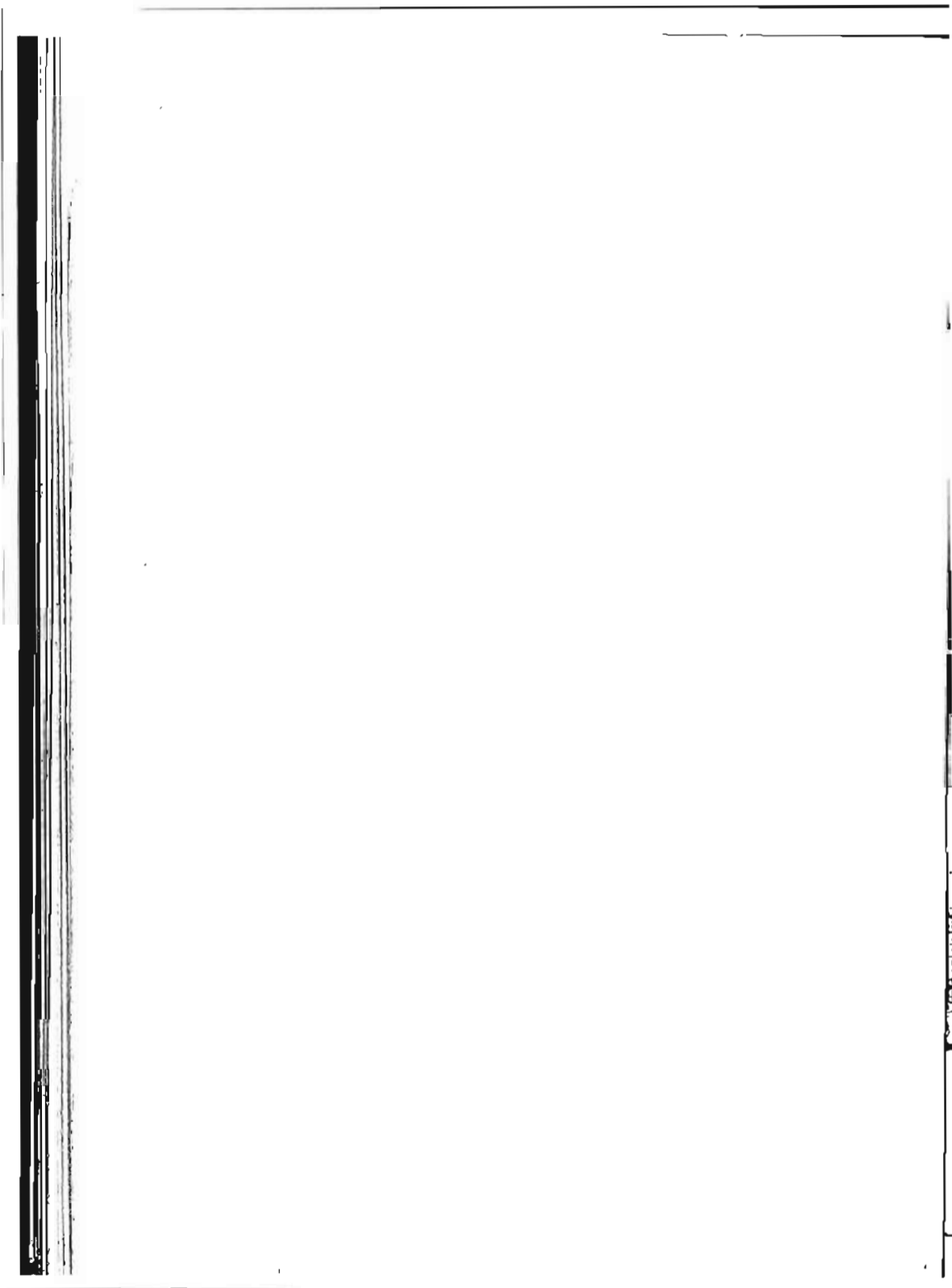
mas manifestaciones, puede hoy aplicarse, por desgracia, la misma expresión que en su tiempo le aplicaba MARX, cuando decía que es capaz de venerar al verdugo sólo por considerarle como el representante de una institución que ha perdurado durante siglos. Este historicismo es el que impide que la tendencia transpersonalista hegeliana se transforme en la concepción de un espíritu universal o en la inclinación a lograr una armonía entre los espíritus divergentes de las nacionalidades. El transpersonalismo de WINDELBAND y BINDER postula la existencia de un substrátum de la conciencia individual formado por una especie de fatalidad hereditaria de los antepasados. El individuo, servidor fiel de la nación y del Estado, está obligado a propugnar su mantenimiento, su difusión y su triunfo en el mundo.

El conservadurismo, el tradicionalismo corporativista, el despotismo político, el nacionalismo agresivo, el espíritu de la guerra es el que late en las páginas de la *Philosophie des Rechts*, de BINDER.

El materialismo de la Historia, el Socialismo científico, cayendo en los surcos de dolor abiertos por los progresos y las miserias del capitalismo, producía una cosecha de esperanzas de paz, de esperanzas de libertad, de esperanzas de fraternidad humana.

Ideas como las expuestas en la *Philosophie des Rechts*, de BINDER, cayendo sobre los surcos más profundos del dolor universal y actual, también producen su cosecha: el fascismo.

Verdaderamente tenía razón el profesor DEWEY cuando decía que hay algo horrendo, algo que hace temer por el porvenir de la Humanidad, en la persistente obstinación en negar la existencia de la lucha de clases.



La sistematización del fascismo

Fascismo y romanticismo

La descripción de los rasgos característicos de los diversos movimientos fascistas que existen en Europa no es empresa que pueda cumplirse con facilidad.

La causa principal de las dificultades que se oponen a la realización de ese intento estriba en que precisamente el carácter común a todas las manifestaciones del fascismo consiste en ser, como antes hemos indicado, movimientos basados en impulsos biológicos o en estados emocionales y en utilizar, de un modo deliberado, estos impulsos y estos estados de emoción, y aun promoverlos y excitarlos, para destruir la ideología democrática y la ideología marxista, como expresión del movimiento filosófico intelectualista, y para impedir la actuación de las organizaciones sociales y de los partidos políticos que se inspiren más o menos directamente en esos principios ideológicos.

Este carácter biológico, emocional, pasional, es el que hace aparecer al fascismo como una nueva forma de romanticismo que, como el romanticismo del siglo XIX, al exaltar el desarrollo del sentimentalismo y de la pasión, llega a dotar de una valoración estética a las formas más violentas de la emotividad y abre un camino seguro a los éxitos inmediatos y fáciles de una propaganda literaria y de acción que no reconoce trabas ni límites al des-

enfreno ni en la Lógica, ni en la Estética, ni en la Moral. El grito pasional de rebeldía del romanticismo del siglo XIX, lo mismo que el del anarquismo, o del fascismo, podrán, con un sentido historicista, restaurar el pasado, o podrán exigir la demolición absoluta de lo existente con todo su lastre tradicional; en ambos casos, como gritos de rebeldía exacerbada contra lo existente, no podrán menos de encontrar un eco simpático en la multitud de almas torturadas por las imperfecciones del régimen social; de las almas que, a pesar de los progresos científicos de nuestra época, no se hallan aún suficientemente inmunizadas contra esa especie de contagios psicológicos, impropios de las posibilidades, ya que no de las realidades, de la humanidad actual, pero que engendran verdaderos estados de alucinación y de delirio colectivos, semejantes a los que se produjeron en algunos momentos de los siglos medios y cuya naturaleza, en las circunstancias normales de la vida moderna, nos cuesta mucho trabajo concebir.

La literatura mosaico

Si para simplificar tratamos de darnos cuenta del mundo de representaciones en el cual se mueve el fascismo, indicando alguno de los autores que han ejercido más influencia sobre su mentalidad, las dificultades no desaparecen por la apelación a este recurso simplificador.

Tomemos como ejemplo algunos autores cuyos libros se admite generalmente que han sugerido modalidades diversas de movimientos fascistas. Las obras de estos autores pueden ser de tan diverso valor, desde el punto de vista filosófico y literario, como las de NIETZSCHE, las de SPENGLER o las de GEORGES SOREL. Pero en la literatura de estos tres autores, a pesar de las diferencias enormes que los separan, se puede encontrar un carácter que, a mi juicio, es común a toda la literatura fascista y pre-

fascista, desde la más alta a la más baja. Este carácter, salvando todos los respetos debidos a los grandes literatos consagrados por la fama y, mucho más, a los genios auténticos, me voy a permitir la libertad de describirle en los siguientes términos: la literatura fascista y la literatura de las obras inspiradoras del fascismo suele dar la sensación de estar construída a la manera de los mosaicos. Este carácter se nota ya en las obras de NIETZSCHE, a pesar de la trabazón lógica de todo razonamiento anarquista; se acentúa en las obras de SPENGLER, y al llegar, por ejemplo, a las *Réflexions sur la violence*, de SOREL, se convierte en carácter predominante y casi exclusivo, de tal modo que el mosaico literario resulta tan abigarrado y caótico, que en todo él apenas si es posible atisbar alguna confusa reminiscencia de formas inteligibles. Es natural que, en una literatura en la cual las aportaciones intelectuales son meros instrumentos puestos al servicio de impulsos biológicos o de estados emocionales, las exigencias metodológicas de la verdad, su comprobación objetiva y el rigor de su enlace con otras verdades tengan una importancia tanto más secundaria cuanto mayor preponderancia adquiera el elemento dinámico o sentimental.

En el caso del fascismo, por oposición al marxismo, no es fácil encontrar una obra sistematizada que pueda servir de base para la comprensión de su estructura psicológica y mental.

El fascismo en acción

Para lograr esta comprensión, después de las indicaciones que quedan hechas acerca de los antecedentes ideológicos del fascismo, seguramente no hay mejor medio que el estudio del fascismo en acción, quiero decir el estudio de las propias manifestaciones de los más caracterizados representantes del fascismo militante.

Seguramente se puede objetar que, si las fuentes literarias de donde procede el fascismo son tan diversas, tan incoherentes e inconexas, esa misma inconexión e incoherencia se habrá de manifestar en los hombres de acción, meros propagandistas de un tipo de mentalidad que aspira a la obtención de resultados prácticos inmediatos. Esta objeción tiene una fuerza indiscutible. Sin embargo, la verdad contenida en ella no es una verdad absoluta; es una regla que no carece de alguna excepción, y puede bastar la existencia de una excepción sola para que nuestra labor aparezca enormemente simplificada.

Habrán seguramente muchas personas que piensen, como yo, que el triunfo del fascismo en Alemania, en la nación de los grandes filósofos y de los grandes poetas, constituye una enorme desgracia para Europa y para el mundo. Ahora bien: desde el punto de vista del que quiere darse cuenta de lo que el fascismo significa, la existencia de la Alemania fascista facilita de una manera extraordinaria la solución del problema.

La causa de esto se halla en que, en el caso del fascismo, como en cualquiera otro, Alemania ha procedido según las propias características de su genio sistematizador, y así, aunque la naturaleza misma del ideario fascista sea refractaria a la sistematización, los jefes del fascismo no han creído, sin duda, que podían dispensarse de fundamentar su actuación política en una concepción general históricofilosófica que casi presupone una visión total del mundo y de su génesis, una verdadera *weltanschauung*.

Un discurso del Führer

Esa magna empresa la abordó ya el *Führer*, ADOLFO HITLER, el día 3 de septiembre de 1933, en el discurso que pronunció ante las solemnes formaciones de las milicias del fascio, en el Congreso del Partido Nacionalso-

cialista de Trabajadores de Alemania, celebrado en la ciudad de Nürenberg.

Hay críticos que creen que ese discurso contiene gran parte de elementos que no corresponden a las posibilidades de la formación intelectual de HÍTLER. Dichos críticos suponen, por tal razón, que en la confección de esta pieza oratoria han tenido una participación importante otras dos personalidades representativas del fascismo alemán : GOEBBELS y ROSENBERG. Esta circunstancia, de ser cierta, lejos de disminuir el valor documental del discurso de HÍTLER, le realza extraordinariamente y constituye una instancia favorable para aceptarle como base de estudio del modo como, en el nacionalsocialismo, se han condensado las ideas que el pensamiento especulativo y teórico había venido elaborando, y que, a merced de circunstancias favorables, han llegado un día a constituir la estructura psicológica del fascismo militante. Procedamos, pues, al análisis del contenido del discurso de HÍTLER, no sin recordar cuanto hemos dicho anteriormente acerca de la impregnación de marxismo que han experimentado las teorías antimarxistas ; impregnación creciente hasta el punto de que algunos escritores han llegado a hablar, con una apariencia de paradoja, que no es una paradoja real, de la existencia de un marxismo antimarxista, como otros han admitido la existencia de un antimarxismo marxista.

Si aceptamos, aunque no sea más que provisionalmente, esta denominación, bien podemos decir que la prueba más clara de la existencia de ese marxismo antimarxista la aporta el fascismo militante. Por algo el fascismo alemán se llama socialista y obrero. Por algo en sus actos de propaganda ha adoptado una serie de expresiones y de fórmulas habituales al Socialismo de inspiración marxista.

Pero es que, además, en el intento de sistematización del mosaico ideológico del fascismo hecho por HÍTLER en

el discurso del año 33 en Nürenberg, la apropiación de concepciones características de MARX aparece desde el primer momento.

El comunismo primitivo

Es sabido que CARLOS MARX, para explicar la génesis y la naturaleza del Estado, empieza por suponer que las sociedades humanas primitivas vivían en una forma elemental de comunismo. Solamente cuando, en el seno de esas sociedades primitivas, empieza a dibujarse la diferenciación de clases sociales, es cuando, al aparecer una clase superior que domina a las demás, se organiza un sistema de coacción que da origen a la existencia del Estado.

También es conocido que la existencia de un comunismo primitivo en la sociedad humana, supuesta por MARX (hipótesis cuya destrucción, por otra parte, no creo que fuese a causar el derrumbamiento de las concepciones marxistas), ha sido objeto de numerosas, prolijas y sabias refutaciones. Pues bien; en el discurso de Nürenberg no se concede valor alguno a esas críticas sabias y la existencia de un comunismo primitivo se admite sin vacilación como base constructiva de todo un sistema histórico-filosófico.

La base del razonamiento hitleriano es, pues, si no común, coincidente al menos con el marxismo. Sin embargo, bien pronto empiezan la mezcla de elementos heterogéneos y las desviaciones fundamentales de la línea del razonamiento de MARX. La sociedad comunista primitiva, que HITLER concibe como una agrupación humana en que dominan la indiferenciación y la completa igualdad entre los individuos, no inicia su estructuración en virtud de un proceso interno de base económica que origine las sucesivas diferenciaciones de clases sociales, sino en virtud de un proceso externo de conquista del te-

territorio, ocupado por razas agricultoras y sedentarias, por otras razas nómadas y guerreras que someten a las primeras.

Esta teoría acerca de los orígenes del Estado no es ciertamente marxista, sino que procede del célebre sociólogo LUDWIG GUMFLOWIEZ, y coincide enteramente con el orden de ideas expresado, con un humorismo que llega a los límites de la crueldad, por ANATOLE FRANCE en la *Isla de los pingüinos*, cuando escribe :

«Entonces el piadoso Mäel lanzó un suspiro y dijo :

—Hijo mío, ¿no ves ese hombre furioso que destroza con sus dientes las narices del enemigo que ha derribado en tierra, y aquel otro que, con una gran piedra, machaca la cabeza de una mujer?

—Los veo—contestó Bulloch.

—Pues éstos están creando el derecho, estableciendo la propiedad, erigiendo los principios de la civilización, construyendo los cimientos de la sociedad y del Estado.»

Esta mezcla de concepciones marxistas con teorías sociológicas de GUMFLOWIEZ no tiene tanta importancia en sí misma como por las consecuencias que de ella se deducen en la serie de los razonamientos desarrollados en el discurso de Nürenberg.

La primera consecuencia es que, puesto que el origen del Estado no hay que buscarlo en la evolución de la subestructura económica de las sociedades primitivas, ni en la oposición de intereses económicos de las distintas clases sociales, la forma de las instituciones políticas no se puede considerar como una superestructura de la vida social, sino como su base, su substrátum y su fundamento. Igualmente, si se admite que el origen del Estado y de las instituciones políticas está en la conquista de las razas sedentarias, laboriosas y pacíficas por las nómadas,

dotadas de hábitos y de virtudes guerreros, se elimina desde un principio la influencia de la lucha de clases en el curso de la historia de las instituciones políticas; pero esa eliminación no se logra sino reemplazándola por algo mucho más grave y catastrófico que la lucha de clases, esto es, por la lucha de razas. Y esta sustitución surte sus efectos hasta los momentos actuales de la historia humana. Porque, según las ideas expuestas por HITLER en el discurso de Núrenberg, sólo las razas que han constituido el Estado son las que tienen derecho a gobernarle en las sociedades mezcladas de distintas razas, como son las que constituyen las naciones en la actualidad. Las razas pacíficas y laboriosas, dotadas de virtudes de trabajo y aptas para la producción de la riqueza, deben tener ellas mismas interés en que las gobierne, es decir, en que las proteja, la raza heredera de las grandes virtudes que han tejido la historia de la nación, heredera del valor, de la fidelidad, de esa personalidad inequívoca que, como diría MAURICE BARRÈS, han ido formando, al través de los siglos, la tierra y los muertos.

En este camino de facilidades brillantes el *Führer* encontraba en su discurso una pequeña dificultad. ¿Cómo distinguir en una nación, mezcla de distintas razas, aquella que es la verdadera depositaria de las virtudes heroicas? Aun suponiendo que las distintas razas que conviven en una nación hubiesen conservado en gran parte su pureza, ¿no se corre el peligro de que la verdadera depositaria de las virtudes políticas y guerreras sea una raza numéricamente exigua en relación a las otras razas y a la masa de individuos producto de la mezcla de razas distintas?

Esta dificultad se salva fácilmente con sólo perder, en esta ocasión, un poco de lastre y de empaque científico y no reclamar a ciencias demasiado exigentes, como por ejemplo, la Antropología o la Etnografía, la determinación de los caracteres peculiares a la raza heroica, de-

positaria de las tradiciones políticas. Basta consultar la vocación de los individuos para comprender cuáles son los que se hallan propiamente en posesión de virtudes guerreras. Estos individuos habrán de ser los que formen en las filas de las milicias del Estado fascista, los soldados de la S. A. y de la S. S., nervio del nacionalsocialismo.

En esta serie de consecuencias de la teoría sustentada por HÍTLER en el discurso de Núrenberg acerca de los orígenes del Estado hemos visto que el pensamiento del orador se ha ido moviendo en un mundo de ideas cada vez más alejado del mundo de ideas del Socialismo marxista.

El menosprecio de la burguesía

Sin embargo, llegan momentos en los cuales el contacto con el Socialismo se produce de nuevo; un contacto momentáneo, es verdad, y también más aparente que real; pero de una apariencia tan llamativa que no es extraño que produzca en muchas gentes una cierta perplejidad y confusión.

Tal contacto se produce de este modo:

Puesto que el nacionalsocialismo admite que hay una raza heroica que debe monopolizar las funciones políticas, y que los individuos no pertenecientes a esta raza no tienen ninguna función política activa que realizar y sólo les compete obedecer a los gobernantes; puesto que, además, el nacionalsocialismo caracteriza a los individuos no pertenecientes a la raza heroica por sus aptitudes de orden económico, consideradas como aptitudes eminentemente pacíficas, es natural que el nacionalsocialismo vea en la burguesía liberal el emblema y la representación de las razas que deben ser tuteladas y sometidas. La caracterización económica del liberalismo, que, como se sabe, es un punto esencial de la interpretación mate-

rialista de la Historia, no es solamente admitida en este caso por el nacionalsocialismo, sino acentuada en su significación en términos tan exagerados que nunca un marxista podría admitir. La burguesía no solamente tiene para el fascismo una significación económica, sino que no debe ni puede tener otra significación. Las instituciones democráticas que ha engendrado el liberalismo burgués no son otra cosa que una monstruosa desviación del curso de la Historia, que ha venido a verter las impurezas de la economía en las sublimes purezas de la política guerrera y heroica, destinada, no sólo a afirmar y mantener las glorias históricas nacionales, sino a hacerlas triunfar en el mundo. La papeleta electoral es una despreciable traducción a la política del anonimato de las acciones industriales, y la mayoría parlamentaria no tiene una significación más alta que la mayoría de los votos de los accionistas en una sociedad anónima.

Para el nacionalsocialismo el burgués es el hombre vulgar, el filisteo a cuyo espíritu, utilizable bajo la ordenación de otros espíritus superiores, no puede nunca confiársele función alguna de carácter directivo.

Se ha dicho con frecuencia por los adversarios del Socialismo que la lucha de clases no es sino el odio de clases. Tal como algunos debeladores del Socialismo le han concebido, para refutarle mejor, es posible que sea el odio de clases, o, como diría HENRI DE MAN, con una expresión que no me es muy grata, el complejo de inferioridad de la masa proletaria, lo que constituye el resorte principal de la actuación del proletariado.

Yo no puedo negar que, en los comienzos del movimiento proletario, y en algunos momentos especialmente críticos de su historia, la psicología del resentimiento ha podido ser un factor que haya ejercido una influencia más o menos importante en los acontecimientos. Lo que sí afirmo es que la influencia del marxismo ha sido precisamente la que, al tratar de despertar en la masa pro-

letaria la conciencia de su gran misión histórica, ha contribuído más preponderantemente que otra alguna a liberarla de pasiones inferiores, a desviarla de la práctica de acciones de violencia estéril, y, en suma, no a eliminar la pasión, cosa ni posible ni deseable, pero sí a elevarla, a racionalizarla y a dotarla, de ese modo, de una eficacia que, como mera pasión ciega y primitiva, es incapaz de alcanzar.

El odio al burgués ha entrado, no puede ni debe negarse, como un factor importante en las arengas de los proselitistas del Socialismo. Pero nótese que es precisamente el Socialismo marxista el que ha concebido la propaganda como una obra de razonamiento y de reflexión, destinada a destruir en las almas los prejuicios que impiden ver claramente la realidad, y con ella las posibilidades de realización de los más grandes ideales de libertad y de justicia. Nótese que es precisamente el marxismo el que ha hecho los mayores esfuerzos por desterrar de entre los propagandistas el tipo del agitador, que tanta seducción ejerce sobre las democracias rudimentarias, ya sean proletarias o burguesas, y tan poco efecto produce sobre las democracias evolucionadas y progresivas. Estas democracias evolucionadas más bien sienten como una ofensa que como un halago que, mediante una moción de afectos más o menos sutil, más o menos toscamente lograda, se quiera utilizar la fuerza mecánica que poseen como mera masa puesta en movimiento no por iniciativa propia, sino por impulso ajeno.

El desprecio, la aversión que siente el nacionalsocialismo por el burgués no está fundada, como, si acaso, podría estarlo en el marxismo, en la consideración de que la burguesía constituye una clase privilegiada y explotadora, sino, como ya hemos visto, en la idea de que todo burgués, por el mero hecho de serlo, muestra claramente los estigmas que le delatan como perteneciente a una raza humana inferior, si la superioridad o inferioridad

de las razas ha de medirse con arreglo al concepto nacionalsocialista del heroísmo.

La zona de coincidencia entre el nacionalsocialismo y el marxismo, en cuanto se refiere a la actitud sentimental de ambos con respecto a la burguesía, es, como acabamos de ver, una zona muy limitada. El menosprecio, la aversión, el odio a la burguesía son más extensos y más agudos en el nacionalsocialismo que en el marxismo. Esto explica el hecho de que la agitación demagógica nacionalsocialista, tan rica en efectismos, tan ostentosa de modernidad, tan pagada de poseer los pretendidos secretos de Psicotecnia, no haya dudado en utilizar ampliamente el odio al burgués para abrirse camino entre las masas y conseguir sus finalidades políticas. Porque es de advertir que la enemiga del nacionalsocialismo contra el burgués tiene un carácter puramente político que, por lo demás, no trasciende a lo económico ni a lo social. Por eso puede decirse que la actitud sentimental contra la burguesía, si es más extensa y más aguda en el nacionalsocialismo que en el marxismo, es, en cambio, más profunda en el marxismo que en el nacionalsocialismo.

El escudo de la burguesía

Lo importante no es que MARX admita o no admita la existencia de un comunismo primitivo. Lo importante es que MARX admite no ya la posibilidad, sino la necesidad histórica de que la evolución económica del capitalismo, mediante la acción de la masa proletaria que el capitalismo mismo engendra, desemboque en una sociedad en que la producción no esté regulada como el privilegio de una aristocracia capitalista, sino que sea la función propia de una democracia organizada en el dominio de la economía.

En esa sociedad no existiría la lucha de clases, porque, con la desaparición de los privilegios del capitalismo, las

clases sociales habrían desaparecido y no serían posibles sus antagonismos.

Esta afirmación fundamental de MARX el nacionalismo la niega resueltamente.

Las razones de esta negación, tal como las expone HITLER en el discurso de Nürenberg, son bastante elementales y de muy escasa consistencia.

La democracia igualitaria solamente es posible, según el nacionalsocialismo, en las sociedades primitivas, formadas por individuos pertenecientes a una sola raza. En las sociedades modernas, en las cuales varias razas coexisten, esa igualdad no es posible, ni política ni económicamente.

En estas sociedades es un sueño pensar en la supresión de las desigualdades fundamentales que hoy existen en ellas; por esta razón es también un sueño pensar en la supresión de la propiedad privada.

Así el nacionalsocialismo, adversario de la democracia burguesa en el orden político, se constituye como el aliado o, mejor, como el escudo de la burguesía, que es, por su propia naturaleza, defensora de sus privilegios y también antidemocrática en el orden económico.

Una vez construída por el nacionalsocialismo una teoría general arbitraria acerca del origen y de la naturaleza de las sociedades; una vez basada sobre esa teoría una concepción antidemocrática, despótica y dictatorial de la sociedad, el nacionalsocialismo y el fascismo todo proceden lógicamente.

Quien no procede de modo consecuente es la burguesía, que tanto en la teoría como en la práctica lleva la contradicción en su seno.

El fascismo somete políticamente a la democracia burguesa y la priva de sus derechos; pero económicamente la sirve.

La democracia burguesa teme los rigores de la dictadura; pero, en último caso, se acoge a la protección del

fascismo. Y el fascismo, para organizar más eficazmente su aparato político de dominio, traspasa los límites de la misma dictadura y erige un poder personal con caracteres propiamente cesaristas.

El camino del fascismo es un camino realmente peligroso para la burguesía misma; pero, mientras un régimen fascista triunfante no se derrumbe o no se sienta inclinado a tomar demasiado en serio las promesas contenidas en sus propagandas demagógicas, una parte de la burguesía, al menos, lo acepta, en algunos países, como garantía de que los avances inevitables de un cierto sentido socialista habrán de contenerse en los límites de un reformismo revestido de formas violentas, y sólo por esas formas, no por su contenido, considerado como revolucionario.

Después de todo, no es la primera vez que la burguesía ha tolerado, cuando no patrocinado, un reformismo socialista para evitar males mayores, ni es el fascismo declarado el único caso que ofrece la Historia actual de Socialismo reformista aliado a la violencia y a las aspiraciones dictatoriales (1).

(1) Véase *Der Kampf*, octubre 1933. RUDOLF RICHTER: «S. A. philosophiert.»

X

Las dictaduras modernas

Finalidades de las dictaduras fascistas

El fascismo emplea profusamente en sus propagandas la palabra *revolución*. Si se mide la profundidad de las revoluciones por el grado de su *violencia*, no hay duda que el fascismo es un movimiento eminentemente revolucionario. Si, por el contrario, se mide la importancia de las revoluciones por la transformación que suscitan o aspiran a suscitar en la *estructura* de las sociedades, el fascismo, como movimiento revolucionario, no puede compararse con el marxismo.

Como acabamos de ver, el fascismo aspira a realizar en unas naciones, ha realizado en otras, una revolución política consistente en destruir las instituciones democráticas y establecer la dictadura. La dictadura fascista tiene como finalidad no *solamente* eliminar a la burguesía del ejercicio *de las funciones* políticas, sino eliminar también del ejercicio *de* esas funciones, y más especialmente que a la burguesía, al Socialismo. Los estigmas raciales que el fascismo descubre en la burguesía, en el Socialismo los encuentra acentuados. De aquí que aspire, no solamente a eliminarle del ejercicio de las funciones políticas, sino también del ejercicio de las funciones económicas. La organización económica del capitalismo, realizadas algunas reformas imprescindibles que es preciso imponer, el fascismo, no solamente la encuentra tolerable, sino

defendible. No tolera la lucha de clases; encuentra, en cambio, imprescindible la diferencia de categorías sociales fundamentada en la diferencia de razas. A lo que el fascismo se opone más resueltamente es a la socialización de la propiedad privada. Por eso el fascismo constituye la representación genuina y la síntesis de las tendencias antimarxistas.

Aun siéndolo así, todavía no hemos agotado la enumeración de los puntos de contacto que existen entre el fascismo y el marxismo. Por el contrario, quizá es lo real que aún nos falta por enumerar los más importantes.

Uno de esos puntos de contacto consiste en el reconocimiento de la necesidad de la actuación política como medio de obtener resultados en el orden económico y social.

Esta coincidencia puede decirse que se extiende al marxismo en general, es decir, que abarca todas las interpretaciones del marxismo que tienen un valor de caracterizaciones y de exponentes de movimientos proletarios de evidente significación. Podrá existir algún movimiento proletario que, a la vez, proclame su ascendencia marxista y se defina como esencialmente apolítico o antipolítico. Tales movimientos, sin embargo, aunque puedan adquirir gran importancia en ciertas circunstancias de la vida de una nación o en un determinado momento histórico, no pueden considerarse sino como excepciones y como tendencias que, por la indefinición de sus doctrinas y por la inestabilidad de sus rasgos característicos, no pueden ser tomadas en consideración como comprendidas dentro del ideario genuinamente marxista, aunque desde otros puntos de vista deban despertar indudable interés.

MARX no se puede decir que haya dudado un momento acerca de la importancia de la acción política del proletariado para el logro de su emancipación económica. Por lo que MARX se esforzó fué por caracterizar la lucha

política del proletariado con independencia de la lucha política de los partidos burgueses, aun los más avanzados y progresivos. En este sentido se puede afirmar que la existencia de una organización del proletariado en lucha de clases que a la vez se considerase marxista y apolítica sería algo muy difícil, si no imposible, de concebir.

Si la afirmación de la necesidad de la acción política del proletariado para el triunfo del Socialismo puede afirmarse que ha sido indubitablemente reconocida por MARX; si, además, no hay duda que la finalidad económica y social de esa lucha política se halla por MARX claramente determinada, en cambio, lo que no puede afirmarse de un modo tan rotundo es que MARX haya definido claramente cuál es la naturaleza de esa acción política.

En este punto la aplicación de las ideas sustentadas por MARX puede dar lugar, y de hecho ha dado lugar, a dudas muy fundadas acerca de la significación y el sentido que se deba atribuir a las palabras del maestro.

Discusión en torno a la dictadura del proletariado

Una de esas divergencias interpretativas ha adquirido singular importancia a partir del triunfo en Rusia de la revolución de octubre de 1917 y de la proclamación de la República de los Soviets.

El significado de esta divergencia, los efectos que ha producido en la vida de los Partidos Socialistas y, en general, en la vida política, social y económica de las naciones, son bien conocidos para que haya de detenerme mucho tiempo en exponerlos.

De un lado, los comunistas rusos, y con ellos los partidos comunistas que, con mayor o menor importancia, existen en todas las naciones, afirman que la única in-

interpretación ortodoxa de los textos de MARX consiste en concebir la acción política como una lucha revolucionaria que tiene por objeto inmediato apoderarse del Gobierno de cada país, proclamar la dictadura del proletariado y valerse de esta dictadura para destruir el mecanismo del Estado capitalista y sustituirle por una organización comunista de la sociedad.

Apenas si es preciso decir que la denominación de comunistas la han adoptado los partidarios de la dictadura del proletariado con objeto análogo al objeto con que MARX y ENGELS adoptaron la misma denominación en el *Manifiesto comunista* de 1848. MARX y ENGELS querían, con la palabra *comunismo*, diferenciar al Socialismo científico de las otras varias formas de Socialismo que en el mismo *Manifiesto comunista* son estudiadas, y especialmente del Socialismo utópico. Los comunistas actuales quieren, con esa denominación, diferenciarse de los socialdemócratas, que estiman errónea la interpretación dada por los comunistas rusos a la doctrina de la dictadura del proletariado, y consideran la democracia burguesa como el medio propio en el cual puede y debe desenvolverse, con verdadera eficacia, la acción política de la organización obrera y de los Partidos Socialistas.

Entre los comunistas actuales, lo mismo que entre los socialistas democráticos, es frecuente considerar que el momento en que actualmente se encuentra la sociedad, al menos en los pueblos que han alcanzado un grado considerable de desarrollo, es un momento de transición entre el capitalismo y el Socialismo. La diferencia se produce cuando se trata de determinar cuál es el modo de actuar propio de los Partidos Socialistas en este momento de transición: la acción política dictatorial proletaria, según los comunistas; la acción política proletaria dentro del marco de las instituciones democráticas, creadas por la burguesía con el concurso del proletariado, según los socialistas democráticos.

Caracterizadas de este modo las respectivas posiciones, resalta la existencia de un punto de contacto, semejante a los que anteriormente hemos señalado, entre una de las grandes tendencias de los partidos marxistas actuales, la comunista, y el fascismo. Ambas preconizan la necesidad, en el momento en que actualmente se encuentran las naciones, del ejercicio de una acción política dictatorial. Claro está que, como en los casos anteriormente señalados, la coincidencia entre el comunismo y el fascismo en la afirmación de la necesidad de la dictadura es una coincidencia que inmediatamente se traduce en una acentuación de los antagonismos y de los contrastes. Los comunistas quieren la dictadura del proletariado para destruir la democracia burguesa y construir la democracia socialista. Los fascistas quieren la dictadura de los elementos heroicos, es decir, dotados de un espíritu combativo y guerrero en cada nación, para ahogar por la fuerza la lucha de clases y para mantener en su esencia el régimen capitalista.

No es extraño que, tanto este punto de coincidencia entre el comunismo y el fascismo, como los antagonismos entre ambos que este mismo punto de coincidencia sirve para vigorizar y exaltar, contribuyan a encender y mantener viva la lucha de violencias continuas que caracterizan las relaciones de hostilidad entre el comunismo y el fascismo. En medio de esta lucha, el Socialismo democrático, por igual adversario de uno y otro género de dictaduras, es combatido con la misma saña por el fascismo que por el comunismo. La hostilidad de los comunistas no amengua, sino que acrecienta la de los fascistas contra los socialistas democráticos, verdaderos antípodas del fascismo, tanto por ser adversarios de la dictadura cuanto por ser adversarios del régimen capitalista.

En este punto, y a pesar de las aproximaciones al marxismo que hemos señalado como propias de la mentalidad fascista, al Socialismo democrático no se le

puede señalar punto alguno de coincidencia con el fascismo.

Lejos de ello, lo que se puede señalar en los socialistas democráticos es una evidente coincidencia con aquella parte de la burguesía que se mantiene fiel a las tradiciones democráticas. En este caso, como en el anterior de la coincidencia del comunismo con el fascismo en el punto concreto de la dictadura, hay que decir también que este punto de contacto no sirve para otra cosa que para fortalecer la posición contraria e irreconciliable del Socialismo democrático con la democracia burguesa. Tal vez decir que estos puntos de contacto no sirven para otra cosa que para señalar los contrastes entre comunismo y fascismo, entre democracia social y democracia burguesa, es decir demasiado. Más justo me parece decir que, *en general*, no deben servir sino para producir ese efecto, y que, sobre todo, en ningún caso *deben producir un efecto distinto*. Yo no puedo negarme a reconocer, sin embargo, que, en la práctica de la vida de los partidos, no pueden menos de existir militantes del comunismo que, obsesionados principalmente por la consideración de la eficacia de los procedimientos de violencia dictatorial, llegan a adquirir unos rasgos psicológicos muy difíciles de diferenciar de la psicología del militante del fascio y, de la misma manera, que no dejan de existir partidarios del Socialismo democrático que, en su entusiasmo por las excelencias de la democracia, llegan a caracterizarse psicológicamente y a caracterizarse en su actuación política de un modo muy difícil de distinguir del demócrata burgués.

Estas interferencias, difíciles de evitar, entre las posiciones políticas más claramente antagónicas, han servido continuamente de alimento a las pasiones más vivas en la lucha de los partidos, y, por desgracia, han constituido algunas veces la base única y la sustancia exclusiva de la polémica entre las fracciones mismas del movimiento obrero.

Contribuir a fomentar esas discrepancias, no solamente constituye una torpeza, sino que constituye también una mala acción, no sólo en una persona colocada en el punto de vista del Socialismo, sino en cualquiera que se coloque en un punto de vista distinto y aun opuesto a él.

Lo que conviene y es obligado hacer, por el contrario, es tratar de llevar el esclarecimiento a aquellas regiones más oscuras de la controversia y que más se prestan a interpretaciones dictadas por la pasión.

En el tema que ahora estamos tratando existe, sin duda, en medio del campo de las disputas más apasionadas, una región en la cual ha penetrado también el espíritu de la violencia, pero que, por su naturaleza, es susceptible de un tratamiento teórico y objetivo exento por sí mismo de todo contagio pasional.

La interpretación del pensamiento de Carlos Marx

Me refiero a la discusión tan prolijamente sostenida por multitud de teorizantes acerca de cuál es la legítima interpretación del pensamiento de CARLOS MARX respecto a la naturaleza del Gobierno propio para realizar la transformación del capitalismo al Socialismo. A pesar de la copiosa literatura que se ha acumulado en torno a este tema teórico, cuya acertada o desacertada solución tanta influencia puede ejercer sobre la vida política práctica, las dos soluciones en lucha y las razones en que se fundan una y otra se pueden considerar condensadas en dos escritos importantes: *El Estado y la revolución*, de LENIN, y *La dictadura del proletariado*, de CARLOS KAUTSKY (1).

LENIN y los que admiten su interpretación de los tex-

(1) Véase G. D. H. COLE: *What Marx Really Meant*. Londres, 1934.

tos marxistas aducen en su favor que la palabra *dictadura* fué taxativamente empleada por MARX en el escrito que dirigió en 1875 a los representantes en Alemania de la tendencia contenida en el programa de EISENACH con ocasión de su tentativa de unificación con los socialistas partidarios de las doctrinas de LASSALLE. En este escrito, conocido con el nombre de *Crítica del programa de Gotha*, dice, en efecto, CARLOS MARX :

«Entre la sociedad capitalista y la comunista existe el período de transformación revolucionaria de la una en la otra. A este período corresponde también un período de transición política, cuyo Estado no puede ser otro que el de la *dictadura revolucionaria del proletariado*.»

En torno a este texto han girado, en realidad, todas las discusiones acerca de la interpretación que debe darse a la afirmación de la necesidad de la dictadura proletaria.

Los comunistas han tratado de llenar de contenido explicativo la sobria manifestación de la *Crítica del programa de Gotha*, que hemos transcrito, refiriéndose principalmente a la doctrina expuesta en el *Manifiesto comunista* de MARX y ENGELS y al escrito de 12 de abril de 1871 acerca de la *Commune* de París, más conocido por el título *La guerra civil en Francia*.

Los socialistas democráticos han refutado estas afirmaciones refiriéndose, no al significado aislado de esta o la otra frase del *Manifiesto comunista*, sino a su doctrina considerándola en su conjunto y completándola con textos tomados de la copiosa literatura marxista y que se oponen a la concepción cerrada de la necesidad de la existencia de la dictadura del proletariado en el período de transición.

Entre estas alegaciones puede citarse como la más concluyente la que se refiere al contenido mismo de la

Critica del programa de Gotha, escrito en el cual, como hemos visto, la palabra *dictadura* es empleada por MARX.

En ese mismo escrito se designa la República democrática como la forma del Estado en la cual «se ha de llevar a cabo la lucha de clases de un modo definitivo». Y se añade :

«La libertad consiste en que el Estado se transforme, de órgano superior a la sociedad, en órgano subordinado a ella. Aun hoy son las formas del Estado más libres o menos libres en la medida en que limitan la libertad del Estado.»

Párrafos como éste, aparte del sentido general de la obra de MARX, son los que han influido, sin duda, en ENGELS para sostener, como lo hizo en 1891, en el escrito de contestación a una consulta que le fué dirigida por el Comité ejecutivo de la Democracia social alemana, que «el Partido y la clase trabajadora sólo pueden llegar al Poder bajo la forma de la República democrática», y que : «Esta (la República democrática) es la forma específica de la dictadura del proletariado.»

Un género análogo de consideraciones debieron ser las que forjaron el pensamiento de ROSA LUXEMBURG, tan llena de simpatías hacia el bolchevismo, cuando decía que la dictadura debe construirse sobre la base de la democracia, y se expresaba en favor del régimen democrático en los siguientes términos :

«Ciertamente la institución democrática tiene sus limitaciones y sus faltas, cosa que comparte con todas las instituciones humanas. Pero el remedio que han encontrado TROTSKI y LENIN es aún peor que los males que la democracia pueda producir, porque este remedio seca la fuente viva misma que únicamente puede corregir las insuficiencias propias de las instituciones sociales : la

vida política enérgica, activa y sin trabas de las más extensas masas populares» (1).

Proseguir indefinidamente la polémica, oponiendo unas a otras diferentes frases aisladas del contenido de las obras de MARX o de sus comentaristas, me parece que constituye un esfuerzo incapaz de conducir a un resultado útil.

Lo que de ningún modo creo es que este problema sea de solución fácil, al menos si esta solución se pretende decidiéndose, de un modo absoluto, en pro de una de las tesis y completamente en contra de su contraria. Para algunos autores importantes, como, por ejemplo, el escritor inglés COLE, la solución es muy llana; lo cual no impedirá, ciertamente, que los propagandistas y las masas se sigan combatiendo estérilmente desde dos posiciones igualmente irreductibles y respecto a cuya contradicción no se ha logrado hacer gran luz.

Por una parte, no se puede desconocer la importancia del hecho de que MARX no empleara la palabra *dictadura* más que en un escrito que, sea cualquiera el valor que se le pueda conceder, no deja de ser un escrito secundario; ni se puede negar tampoco la importancia del hecho de que MARX, incluso en el *Manifiesto comunista*, siempre que habla de la finalidad política que persigue el proletariado en su lucha, no mencione la palabra *dictadura* y emplee su expresión habitual: *Eroberung der politischen Macht* (conquista del Poder político).

Estos dos hechos parecen por sí bastante significativos para inclinar a pensar que a MARX no le seducía la perspectiva de la clase trabajadora ejerciendo una verdadera dictadura. Más bien parece que, aun en el momento en que MARX emplea la palabra *dictadura*, no quiere significar otra cosa que la necesidad de que, en el período de

(1) Véase *Die russische Revolution*, página 103.

transición, haya un Gobierno fuerte, expresión fiel de la voluntad del proletariado, pero que no sea la negación de la democracia.

A esta interpretación la abonan cuantas consideraciones hace MARX en todo el curso de sus obras, y muy singularmente en el *Manifiesto comunista*, acerca de la imposibilidad de la realización del Socialismo sino en el seno de una sociedad capitalista llegada a su madurez, con la madurez consiguiente de las instituciones político-democráticas que son su obra.

Este género de razonamientos son los que se han empleado generalmente en pro de la tesis democrática, y hay que reconocer que poseen una gran fuerza.

Hay otro género de razones en favor de esta tesis que son de fuerza tal vez no menor, pero que, o no han sido empleadas, o lo han sido muy parcamente. La causa de este menosprecio o de esta parquedad en su empleo no es otra, a mi juicio, que el olvido en que ha caído una parte importante del ideario de MARX con motivo del mismo ardor que los Partidos Socialistas, tanto democráticos como dictatoriales, han puesto en la lucha política.

Notoriamente, MARX empleó gran parte de sus poderosos recursos dialécticos en contrarrestar la influencia de la tradición revolucionaria del jacobinismo francés, representada, primeramente, por las doctrinas de GRACO BABEUF; después, por BLANQUI en Francia y por WEITLING en Alemania. Notoriamente, además, CARLOS MARX conserva rasgos comunes con los pensadores que han sacado las últimas consecuencias lógicas de los principios liberales. Me refiero a los teorizantes anarquistas que propugnaban la desaparición del Estado.

MARX también propugna la desaparición del Estado. Ello va implícito en la naturaleza de la teoría del origen y la génesis del Estado a que hemos hecho referencia en páginas anteriores.

Si el Estado nace con la diferenciación de las clases

sociales y el dominio de una de ellas sobre las demás, es natural que cuando, mediante el ejercicio de la acción política, es decir, mediante el empleo de los medios coactivos propios del Estado, logre la clase trabajadora suprimir los privilegios del capital y, de este modo, suprimir la diferencia de clases existente bajo el régimen capitalista, habrá logrado con ello también la supresión del Estado. Entonces la acción política se habrá hecho completamente innecesaria. Se ve que MARX tiene la naturaleza más opuesta posible a la del político profesional, que gusta de la política por la política misma. MARX admite la necesidad de la acción política como un medio imprescindible para llegar a un régimen de administración de las cosas que reduzca al minimum el empleo de la coacción del Estado, hasta hacerle desaparecer por completo.

El mismo *Manifiesto comunista* contiene párrafos bien significativos en este orden de ideas.

En él puede leerse :

«Una vez que, en el curso de la evolución, ha desaparecido la diferencia de clases y toda la producción se ha concentrado en las manos de los individuos asociados, el Poder público pierde su carácter político. El Poder político, en su propio sentido, es el Poder organizado de una clase para la sumisión de otra. Si el proletariado, en lucha con la burguesía, se une necesariamente como clase ; si por medio de una revolución se convierte en la clase dominante y, como clase dominante, pone término coactivamente a las viejas relaciones de la producción, con ello pone también término a las condiciones de existencia de la oposición entre las clases sociales ; dejan de existir las clases y, con ello, su propio dominio como clase.

En el lugar de la vieja sociedad burguesa, con sus clases y su oposición de clases, aparece una asociación, en

la cual el libre desenvolvimiento de cada uno es la condición para el libre desenvolvimiento de los demás» (1).

Esta repugnancia de CARLOS MARX por los procedimientos políticos coactivos del Estado llega hasta el punto de considerar, como lo hace en sus escritos coleccionados bajo el título de *La revolución española*, a don Baldomero Espartero como un dictador (2).

Si esto es lo que constituye el ideal superior a que MARX aspira: si, por consiguiente, su repugnancia por el empleo de los medios coactivos del Estado es notoria, no parece natural atribuirle el deseo de que el proletariado emplee, en el período de transición, medios coactivos superiores a los que el mismo Estado burgués emplea en el ejercicio de su dictadura seudodemocrática.

Sin embargo, el reconocimiento de esta tendencia, a mi modo de ver indubitable, al través de la obra de MARX no puede anular en absoluto el hecho y el significado del empleo de la expresión *dictadura* del proletariado, aunque sea en una obra secundaria entre las numerosas que CARLOS MARX produjo. Del mismo modo, la tendencia dominante, que anteriormente hemos expuesto, no puede anular tampoco por completo el significado del siguiente pasaje del *Manifiesto comunista*, aunque en él mismo, leído atentamente, pueden apreciarse claras huellas de vacilación en el pensamiento.

El párrafo a que aludo es el siguiente:

«Hemos visto anteriormente que el primer paso en la revolución de la clase trabajadora consiste en la ele-

(1) Véase *Das Kommunistische Manifest*. Berlín, 1908. Verlag Buchhanlung Vorwärts, 1908.

(2) Véase CARLOS MARX: *Oeuvres politiques*, página 103. «La révolution espagnole», artículo aparecido en la *New York Tribune* en 19 de agosto de 1854.

vación del proletariado a la categoría de clase dominante y en el dominio (*Erkäpfung*) de la democracia.

El proletariado habrá de utilizar su Poder político para arrebatar a la burguesía poco a poco (*nach und nach*) todo el capital, para centralizar todos los instrumentos de producción en manos del Estado, es decir, del proletariado organizado como clase dominante, y para aumentar lo más rápidamente posible la masa de las fuerzas productivas.

En un principio esto, naturalmente, no puede realizarse sino por medio de intervenciones despóticas en el derecho de propiedad y en las relaciones burguesas de producción; por medidas, pues, que parecen económicamente insuficientes e insostenibles; pero que en el curso del movimiento habrán de superarse a sí mismas y que son inevitables como medio de transformar totalmente las relaciones de la producción.»

En presencia de estas instancias contradictorias en el mismo pensamiento de MARX, y aunque se señale el predominio de la tendencia a la utilización de las formas de la democracia burguesa para operar por el proletariado la transformación del régimen capitalista al Socialismo, lo que parece más justo es concluir que MARX, en este caso, de solución vital en nuestra época, se abstuvo de obedecer a la tentación de formular profecías y se limitó, como en otros problemas de los muchos que abordó, a señalar la tendencia del desarrollo político y económico de los pueblos y a indicar en líneas generales la dirección en la cual debía actuar el proletariado. Estas líneas generales parece que pueden condensarse en los siguientes términos: actuación política del proletariado con su política propia, sin confundirse con las formas de actuación que sólo convienen a los intereses de la burguesía; lucha del proletariado por conseguir condiciones democráticas en el régimen capitalista, por ser

estas condiciones las más favorables a la defensa de los intereses de la clase trabajadora; utilización del predominio creciente de la clase trabajadora en el seno mismo del régimen democrático capitalista para la transformación del régimen de la propiedad y, en el caso de conseguir un dominio completo del Estado democrático burgués por el proletariado, su utilización para realizar lo más fundamental y rápidamente posible el cambio del régimen económico; por último, utilización de un régimen de dictadura propiamente dicho y de despotismo en aquellos países en los cuales las circunstancias lo exijan de modo ineludible o las condiciones económicas no permitan otra solución más deseable.

Todas estas tendencias, todas estas soluciones me parecen contenidas en el pensamiento de CARLOS MARX. Todas estas tendencias, todas estas soluciones se están hoy ensayando en el mundo. En los grandes momentos de la Historia, la política adquiere aspectos grandiosos y, a veces, trágicamente experimentales.

Política experimental

Desde el año 1917, Rusia ensaya la construcción del Socialismo por procedimientos políticos dictatoriales, despóticos. Para ello, el bolchevismo ha tenido que empezar por construir dictatorialmente un capitalismo de Estado, base indispensable, según LENIN, de un Socialismo de Estado que prepare el terreno para la construcción del verdadero Socialismo. La tarea es ardua e ingrata. Un espíritu como el de CARLOS MARX, que consideraba la democracia burguesa como una dictadura y aspiraba a una sociedad sin política y sin Estado, no creo que la hubiese preferido ni, mucho menos, anhelado. También creo que si las circunstancias la hubiesen impuesto, la hubiese aceptado sin vacilación. Por otra parte, Inglaterra, los Países Escandinavos y tal vez pue-

da decirse que también los Estados Unidos de América ensayan producir la transformación económica de los pueblos dentro del marco de las instituciones democráticas creadas bajo la dirección y en interés de la burguesía. Estos países cuentan con un capitalismo evolucionado, maduro, que ha llegado ya al límite máximo de su elasticidad. Un Gobierno de dictadura obrera, aproximadamente consistente en el empleo de los mismos procedimientos de la democracia burguesa, puede emprender en esos países, en algunos de ellos ha emprendido ya, una obra fundamental de socialización.

Si, con una inspiración marxista, pudiéramos optar, sin duda alguna habríamos de decidirnos por la solución que representan Inglaterra y los Países Escandinavos.

Pero la opción no es permitida a los pueblos sino en un grado muy restringido. La psicología de las masas y de sus elementos directivos, su clarividencia, su elevación, su firmeza de voluntad pueden influir, sin duda, en los destinos de las naciones. Pero allí donde las condiciones económicas no sean favorables, es de temer siempre un desarrollo anormal de los acontecimientos; y allí donde las clases directivas del capitalismo carezcan de la suficiente profundidad de visión de la realidad, o de la suficiente elevación de espíritu para poder ponerse por encima del instinto de conservación de privilegios insostenibles; allí donde los magnates del capital tengan la debilidad de poner su salvación en manos de regímenes demagógicos y clara o encubiertamente despóticos, en esos países el restablecimiento de una relativa normalidad en el largo período de transición habrá de tropezar con dificultades tal vez insuperables.

Atento a evitar los inconvenientes del Socialismo utópico, ajeno a todo anhelo de profecía, CARLOS MARX, en este como en otros casos, ha sido verdaderamente profético; el acierto de sus previsiones debe ser para nos-

otros un estímulo que nos mueva a buscar en sus obras sugerencias y consejos útiles. Si él pudiera recordar sus propias palabras, contemplar sus propias ideas y mirar con sus propios ojos la realidad actual, es seguro que mantendría cada vez más viva su fe en los destinos de la Humanidad, su confianza plena en el triunfo de los ideales socialistas; pero, en algunas ocasiones, es también seguro que el peso de su propio acierto gravitaría tristemente sobre su pensamiento y heriría profundamente su corazón. Acertar es siempre útil para alguien; pero no siempre es grato. En algunas ocasiones el propio acierto es una fuente abundante de dolor.



XI

Condiciones económicosociales del desarrollo del fascismo

Optimismo económico y liberalismo

Todo espíritu inclinado al cultivo de las ideas filosóficas es natural que propenda a buscar a la génesis de las doctrinas una explicación esotérica, no en el sentido de misteriosa, oculta y puramente reservada a los iniciados, sino en el sentido de estar encerrada y de limitarse al mundo interior y a las meras y recíprocas relaciones entre las ideas.

En parte al menos, yo creo haber obedecido a esta propensión en mi intento de contribuir a dilucidar la génesis del ideario marxista y del antimarxista y de determinar sus recíprocas relaciones.

No me cabe duda alguna acerca de que este procedimiento, a más de su propio atractivo, puede poseer, y posee en efecto, grandes condiciones de eficacia y de utilidad. Tampoco puedo dudar de que la propensión exclusivista a su empleo, y, si fuese asequible, la misma maestría en su aplicación, corren el peligro de encerrar la investigación en límites que, en otros casos distintos del mío, podrían ser muy brillantes, pero que siempre resultarían demasiado estrechos. Dicha propensión corre también otro riesgo aún mayor: el de esterilizar los movimientos más ágiles de la mente, haciéndola girar constantemente dentro de un mismo círculo vicioso.

Por abstractas que puedan considerarse las ideas fundamentales contenidas en los movimientos políticos marxistas y antimarxistas, no es posible prescindir de la consideración de estas ideas en relación con las actuaciones de las masas, de los grupos sociales, de los partidos políticos existentes en las diversas naciones y, sobre todo, con un mundo de ideas y de hechos cada vez más ligados a la vida política y no enteramente ajenos a las preocupaciones filosóficas. Me refiero a los hechos y a las ideas que caen propiamente dentro del dominio de la Economía.

No es mi propósito en este momento insistir sobre las reflexiones desarrolladas ya en partes anteriores de este trabajo acerca de la significación y alcance que deba concederse a la teoría del materialismo de la Historia.

Me basta solamente con hacer una leve indicación acerca de la sugestiva coincidencia que existe entre la época del desarrollo floreciente del ideario liberal y democrático, y aun del conjunto de la filosofía intelectualista, y la época del nacimiento y del juvenil desarrollo de la economía capitalista.

Por muy alejada del mundo real que coloquemos la región en la cual se mueven las ideas, no puede parecer extraño que, en un período histórico en el cual las aplicaciones de las ciencias físicas alumbraban ricas fuentes de producción y en que los navegantes disponían cada vez de medios más eficaces para lanzarse al descubrimiento de nuevos mercados, que abrían perspectivas ilimitadas de enriquecimiento al trabajo industrial; en un período histórico en el cual el industrialismo, aunque experimentase crisis pasajeras, sabía que esas mismas crisis encontraban su remedio seguro en el progreso de la técnica; en un período, en suma, en el cual la economía de los pueblos ofrecía las más risueñas perspectivas, no puede parecer extraño, repito, que se produzca un estado de espíritu caracterizado por la visión optimista de la

naturaleza, por la confianza ilimitada en el valor, tanto teórico como práctico, de la ciencia y por el deseo vehemente de romper todas las limitaciones que pudieran oponerse a las saludables y fecundas iniciativas individuales.

Mientras el capitalismo ha dado al mundo una sensación de prosperidad y ha engendrado una esperanza en la existencia de un aumento creciente del bienestar y de la felicidad humana, a pesar de las violencias y trastornos inherentes a la revolución económica y política ligada al desarrollo del industrialismo, es natural que haya producido un estado psicológico colectivo caracterizado por el menosprecio de todas las actitudes espirituales aptas para el mantenimiento de la tradición y de confianza entusiasmo en el cultivo de la inteligencia y en el perfeccionamiento científico como motores principales del progreso en los individuos y en las sociedades.

Mas, a medida que el progreso mismo del régimen capitalista ha ido descubriendo sus íntimas contradicciones; a medida que el régimen de la competencia de las empresas han ido degenerando en lo que los norteamericanos llaman gráficamente la *competencia a degüello*; a medida que el descubrimiento de nuevos mercados exteriores se ha ido haciendo cada vez más difícil y el aumento de la capacidad de consumo interior de las naciones, por el bajo nivel de riqueza o la verdadera pobreza de las masas, se ha mostrado incapaz de absorber la abundancia creciente de los productos; a medida que los progresos de la técnica, la racionalización de los métodos de producción, han contribuido a aumentar vertiginosamente el número de los destituidos y ha crecido la inquietud en las masas y el proletariado organizado ha conseguido victorias resonantes; a medida que todos estos síntomas de desequilibrio y de inestabilidad social se han ido acentuando, es comprensible también que aquel optimismo, aquella confianza en el progreso y en el valor de la in-

teligencia y de la ciencia se hayan ido debilitando y hayan ido cediendo terreno a la invasión de otros estados espirituales más propios para retardar que para acelerar el ritmo de la marcha, más orientados hacia la recuperación de la relativa y tal vez ilusoria paz de los tiempos pasados que al arriesgado ensayo de temerosas innovaciones.

Yo ya sé que muchas de las ideas que he procurado indicar, si no como progenitoras, al menos como precursoras, en el orden teórico, de los movimientos fascistas contemporáneos se han elaborado en el austero y desinteresado retiro de la vida de los pensadores, han ido naciendo como impulsadas por una pura necesidad dialéctica y se han ido estructurando y enlazando unas con otras merced al vínculo inmaterial de las leyes lógicas, formales, del pensamiento.

Después de todo, el problema general acerca de si en la trama sutil del pensamiento puro se entrelazan o no invisibles retículos formados por las leyes biológicas de la actividad mental y a si esta trama biológica lleva al mismo pensamiento puro el influjo de la vida material y de las realidades sensibles, es cosa que no puede afectar grandemente al objeto de nuestro estudio.

Pero hay un hecho que difícilmente puede negarse y en el cual la influencia de las condiciones económicas y sociales de la vida de los pueblos sobre su ideología predominante aparece dibujada con claridad.

La crisis de la postguerra

Sin la existencia de la trágica crisis económica que ha caracterizado y caracteriza a los años de la postguerra, las ideas precursoras del fascismo, por mucha que fuera la perfección con que hubiesen sido concebidas y expuestas, no hubiesen nunca logrado trasponer los límites de los cenáculos de los sabios, no hubiesen tomado

tierra ni echado raíces, no hubiesen podido encarnar en la realidad social y política, y, aun pretendiendo, como pretenden, valorizar los impulsos activos y vitales, hubiesen sido mucho más estimadas por la luz intelectual que pudieran difundir a causa de su maestría en el manejo de los métodos filosóficos y aun de los recursos sofisticos, que por el calor que hubiesen logrado transmitir al ambiente.

Ha sido la crisis de la postguerra la que ha hecho condensarse la atmósfera ideal, precursora de la reacción política y social, en un ideario aproximadamente coincidente en todos los partidos fascistas.

Y la crisis de la postguerra ha sido y es una crisis política, una crisis social, una honda crisis psicológica; pero ante todo y sobre todo es una crisis económica.

La guerra del año 1914 al año 1918 ha contribuído a acelerar vertiginosamente el proceso vital del capitalismo. Durante la guerra, y por estímulos y exigencias de la guerra misma, grandes territorios lejanos de Europa, continentes enteros, que hasta entonces habían constituído inagotables mercados al servicio de los grandes centros productores, se han convertido a su vez en centros de producción. Las consecuencias de este hecho no parecieron percibirse claramente en los primeros momentos. La necesidad de reparar las grandes devastaciones que los combates habían producido mantuvo por algún tiempo disimulado el mal. Pero bien pronto empezó a dar señales inequívocas de existencia. Fué la industria extractiva del carbón la que delató los primeros síntomas alarmantes; siguieron a ella la industria textil y las industrias pesadas; el mal se fué propagando rápidamente por todo el dominio industrial y se manifestó violentamente en las industrias agrícolas.

El síntoma más doloroso de todos los que delatan la gravedad de la crisis mundial es el paro forzoso. En un principio, los Gobiernos nacionales y las administracio-

nes locales trataron de remediar la situación de los obreros parados concediéndoles subsidios. Pero la carga creciente que la consignación de las sumas necesarias para el otorgamiento de estos subsidios hacía gravitar sobre los presupuestos se tradujo en perturbaciones políticas y contribuyó a forjar el convencimiento de que tal sistema, si bien era imprescindible, no era suficiente, y que el tratamiento de la grave enfermedad requería la aplicación de remedios más eficaces, propios para producir efectos más hondos y duraderos.

Entre tanto, las estadísticas del paro forzoso mundial, aun incompletas, continuaban registrando cifras crecientemente aterradoras, y en algunos países, como los Estados Unidos de América, mecidos en el dulce optimismo de los recientes años de prosperidad capitalista, el dolor de las masas empezó a difundirse como una onda de inquietud por todo el ámbito nacional.

Europa fué el primer hogar de la crisis, y, entre todas las naciones europeas, fué en Alemania donde se manifestó en el primer momento, no con la mayor extensión, pero sí con caracteres de mayor virulencia.

El caso de Alemania es especialmente aleccionador.

El caso de Alemania

El fenómeno del paro forzoso, en esta gran crisis económica de la postguerra, presenta un carácter especial que, sin ser completamente nuevo en la historia de las crisis inherentes al régimen capitalista, por la intensidad insospechada que en ella ha adquirido, contribuye a dotarla de una significación inconfundible.

El paro forzoso actual no sólo afecta a los obreros de la industria y de la agricultura, sino que afecta también, y en gran extensión, a los obreros intelectuales, a los ciudadanos dedicados al servicio de profesiones llamadas

liberales y, con ellos, a grandes masas de individuos pertenecientes a la clase o a las clases medias.

Lo que en otros tiempos se denominaba el proletariado de levita o el proletariado de cuello planchado, no lleva ya levita y frecuentemente desdeña también el cuello planchado; pero no sólo existe, sino que se ha acrecentado en todos los pueblos, conservando, en gran parte, sus hábitos morales, sus rasgos psicológicos originarios; mas constituyendo verdaderas legiones de mesócratas afectados por las mismas turbaciones y, en parte, henchidos de los mismos anhelos del proletariado, o momentáneamente enloquecidos por la visión de un abismo de indigencia que se abre súbitamente a sus pies y en el cual corren grave peligro de caer.

Como acabo de indicar, este fenómeno social no es nuevo. CARLOS MARX lo previó como una consecuencia inevitable del proceso de desarrollo del régimen capitalista (1).

(1) Hay un párrafo en el *Manifiesto comunista* que debe considerarse, aún hoy, como una certera descripción de las crisis económicas. He aquí ese párrafo:

«Basta nombrar las crisis económicas, que, en su recurrencia periódica, ponen en duda, cada vez de un modo más amenazador, la existencia de toda la sociedad burguesa. En las crisis comerciales es sistemáticamente destruida no solamente una gran parte de los productos elaborados, sino de las fuerzas productivas que se han ido ya creando. En las crisis estalla una epidemia social, que hubiera parecido absurda en todas las épocas anteriores: la epidemia de la sobreproducción. La sociedad se encuentra repentinamente sumida en un estado de momentánea barbarie; el hambre, la guerra general de exterminio parecen haberte cortado todos los medios de vida; la industria, el comercio parecen aniquilados. ¿Por qué? Porque posee demasiada civilización, demasiados medios de vida, demasiada industria y demasiado comercio. Las fuerzas productivas que están a su disposición no sirven ya para favorecer la estructura de la propiedad burguesa; por el contrario, se han hecho demasiado poderosas para esas situaciones, están

Pero lo que nadie pudo prever es la inmensidad de las proporciones que en nuestra época ha adquirido. Estas proporciones son tales, que un autor contemporáneo ha podido decir que constituyen un caso de emigración de unas clases sociales a otras, enteramente semejante a las grandes emigraciones de pueblos enteros de unas a otras regiones del planeta que registra la Historia.

Este trasplante brusco de grandes masas de la clase media al terreno social propio del proletariado, en ninguna nación europea se ha verificado de un modo más brusco y más completo que en Alemania.

A ello contribuyó poderosamente la depreciación inverosímil del marco y, posteriormente, la creación del marco oro, que vino a consolidar los efectos producidos por la inflación monetaria.

Esos recursos heroicos a que apelaron los financieros alemanes para salvar la economía de su país constituyen tal vez el caso más rápido y más agudo de expropiación que ha conocido la Historia. Merced a él la clase media alemana, tan próspera antes de la guerra, quedó, cuando no totalmente arruinada, por lo menos al borde de la ruina.

Posteriormente se han producido casos de expropiación colectiva más extensos aún que el alemán, alguno de ellos también más agudo y más rápido que él. Me

cohibidas por ellas ; y, en tanto en cuanto dominan esos obstáculos, ocasionan el desorden en la sociedad burguesa, comprometen la existencia de la propiedad burguesa. La estructura burguesa se ha hecho demasiado estrecha para contener la riqueza por ella creada. ¿Cómo conjura la burguesía las crisis? De una parte, por la destrucción forzosa de una cierta masa de fuerzas productivas ; de otra, por la conquista de nuevos mercados y la explotación a fondo de los mercados viejos. Por consiguiente, ¿de qué modo? Preparando crisis más violentas y más generales y disminuyendo los medios de evitar las crisis.» — *Das Kommunistische Manifest*. Buchhandlung Vorwärts. Berlín, S. W. 68, 1908, páginas 27-28.

refiero a las grandes expropiaciones colectivas originadas por el abandono del patrón oro en Inglaterra y por la quiebra epidémica de los Bancos norteamericanos, a la cual tuvo que hacer frente FRANKLIN ROOSEVELT desde los primeros momentos de su período presidencial.

Pero para reaccionar frente a este gran excitante de la pasión colectiva, Inglaterra y los Estados Unidos se encontraban en condiciones muy distintas de Alemania.

Alemania había sufrido el bloqueo, el hambre, la humillación de la derrota; seguía sufriendo la pesada carga del Tratado de Versalles y, sobre todo eso, carecía propiamente de tradiciones democráticas comparables con las existentes en las principales democracias de Europa y América.

En Alemania se hallaban dadas de un modo eminente, y sobre una base económica, las condiciones más adecuadas para que la semilla ideológica del fascismo, recogida y conservada con maestría, principalmente por pensadores germanos, se desarrollara con frondosidad. Y en las masas ingentes de destituidos de la gran industria, pero principalmente en las masas de destituidos procedentes de la clase media, la propaganda, mejor dicho, la agitación del fascismo, encendió llamaradas de frenéticos entusiasmos y de insaciables codicias de Poder. La democracia fué vencida, y triunfó la dictadura hitleriana.

Mas como la democracia política estaba principal y casi exclusivamente representada en Alemania por el Partido Socialista, el triunfo del fascismo en esta nación aparece, ante todo, como una derrota del Socialismo, que no puede menos de tener graves repercusiones en el mundo internacional.

Si para la democracia alemana el vencimiento del Partido Socialista representa una verdadera catástrofe, para la Internacional Obrera Socialista representa una pérdida dolorosísima. Una pérdida dolorosísima, no una pérdida irreparable.

La ocasión se presta admirablemente para que los adversarios del Socialismo conciban la esperanza de su vencimiento completo. Pero basta estudiar la historia de la Internacional para comprender que esos augurios tienen todas las probabilidades de resultar fallidos. De estas grandes pruebas, incluso de la gran prueba del vencimiento de la *Commune*, el Socialismo internacional ha salido siempre fortalecido.

Para el Socialismo de todos los países el caso de la Socialdemocracia alemana es especialmente digno de consideración.

La autocrítica de la Socialdemocracia

No he de cometer yo lo que estimo una falta, consistente en someter a la Socialdemocracia alemana, después de su derrota, a una crítica severa. La Socialdemocracia alemana y su historia tienen para mí sobrados títulos merecedores de respeto.

Pero es la Socialdemocracia misma la que, antes de su fracaso, ha visto condensarse la tormenta sobre su cabeza y se ha sometido a una crítica escrupulosa (1).

De esta obra de autocrítica resulta que la Democracia social alemana se vió situada, como hemos indicado anteriormente, frente a una masa enorme de proletarios de la industria, y, sobre todo, de nuevos proletarios procedentes de la clase media, en condiciones especialmente desfavorables para actuar sobre ellos y para prestarles auxilios verdaderamente eficaces, principalmente a causa del desgaste producido en el Partido por el hecho de su ocupación del Poder.

Algunos socialdemócratas eminentes, abriendo su

(1) Véanse numerosos trabajos en la colección de *Die Gesellschaft*.

alma al optimismo, habían llegado a pensar que, desde los días en que se publicó el *Manifiesto comunista* hasta nuestros tiempos, las condiciones del proletariado habían variado fundamentalmente en un sentido favorable. En 1848, MARX y ENGELS pudieron decir con razón que el proletariado era la clase eminentemente revolucionaria porque no tenía nada que perder más que sus cadenas, y en cambio tenía un mundo que ganar. Esta sentencia del *Manifiesto comunista* debía ser conservada en cuanto se refiere a la afirmación de que el proletariado tiene un mundo que ganar; pero necesitaba ser reformada en cuanto afirmaba que el proletariado no tiene nada que perder.

En efecto, merced a un trabajo perseverante y, sobre todo, gracias al volumen y a la perfección de las organizaciones obreras, gracias también a la labor meritoria reformista de los gobernantes pertenecientes al Socialismo, la clase obrera organizada había ido alcanzando un nivel de vida superior y garantías también muy estimables de existencia social.

Para esta parte considerable de la clase obrera organizada, el progreso continuo en el mejoramiento de las condiciones de su vida, en las garantías de los derechos adquiridos y, en tiempos de crisis y de peligros, la conservación de las mejoras conquistadas, tiene indudablemente una importancia primordial.

Esta clase obrera organizada, en vías de emancipación, constituye lo que se puede llamar en la distribución de las capas sociales de nuestro tiempo el Cuarto Estado.

Mas, como hemos visto, la evolución progresiva del régimen capitalista ha producido un Quinto Estado de proletarios, de los cuales nuevamente se puede decir, como dijeron MARX y ENGELS, que no tienen que perder más que sus cadenas.

La situación de los proletarios pertenecientes a este Quinto Estado es, no sé si más dolorosa, pero desde luego más irritante que la de todas las masas proletarias fal-

tas de trabajo en las sucesivas crisis económicas desde el nacimiento del capitalismo.

No integran la masa de destituídos de hoy hombres adscritos a una industria, sino a todas las principales industrias; obreros de una determinada nación, sino de todas las naciones; trabajadores de determinada edad, sino de todas las edades.

Para la juventud, especialmente, el horizonte del porvenir aparece completamente cerrado, a menos que de alguna manera, que su impaciencia apenas acierta a concebir, puedan romperse los diques que apresan la corriente de trabajo fecundo cuya potencialidad sienten palpar en su espíritu los hombres de las nuevas generaciones.

Para guiar a estas masas del Quinto Estado social, para evitar que puedan ser presa fácil de una demagogia reaccionaria, para ayudarlas a caminar rectamente hacia la realización de las grandes empresas socializadoras capaces de producir un aumento de riqueza, sin el cual todo ensayo de redistribución está condenado al fracaso, la Democracia social alemana, tan fuerte, tan disciplinada, tan cultivada en las prácticas y en las teorías del Socialismo, hubiera estado en admirables condiciones si no hubiera llegado a los momentos decisivos gastada y quebrantada por la práctica del Poder.

El ejercicio del Poder

No es que yo pretenda que las funciones de Gobierno hayan de acarrear necesariamente el desgaste de los partidos. Una razón hay, sin duda, para que este desgaste se produzca. Mientras los Gobiernos existan, sean éstos de la naturaleza que quiera, y como ha sido reconocido con acierto desde BENTHAM hasta MARX, la función primera cuyo cumplimiento habrá de exigirles la opinión común es la de garantizar la seguridad de los ciudadanos, la de mantener el orden o, como se acostun-

bra decir, poner a salvo el principio de autoridad y conservar en estado de eficaz funcionamiento el aparato coactivo del Estado.

Para un Partido Socialista, sobre todo si su paso por el Poder, aunque sea rico en reformas parciales, no le ha permitido abordar los grandes problemas de socialización, el ejercicio de la función coactiva habrá de ser siempre una fuente de descrédito ante la masa general de los ciudadanos, y muy especialmente ante sectores muy importantes de la clase obrera.

En estos casos la confianza en las perfecciones de la propia organización y la creciente importancia de los cuadros numéricos constituídos por sus militantes no pueden en modo alguno compensar las pérdidas de los valores cualitativos que traen indefectiblemente consigo las faltas y los fracasos ligados al ejercicio del Poder, más especialmente que en otras circunstancias en estos momentos en que la sensibilidad de las multitudes se halla singularmente agudizada.

Ya sé que los cuadros de la Democracia social alemana se han mantenido firmes en medio de la tormenta, como se puede comprobar, por ejemplo, estudiando los resultados de las contiendas electorales en noviembre de 1932 y en marzo de 1933. Está, además, muy lejos de mi ánimo censurar a la Democracia social alemana por haber ocupado el Poder. La ocupación del Poder por los representantes del Partido Socialista alemán después de la guerra pudo ser tan inevitable como lo fué en Rusia la ocupación del Poder por los comunistas, o como lo ha sido, y según todas las probabilidades habrá de serlo nuevamente en breve, la ocupación del Poder por los laboristas ingleses.

Lo que quiero decir es que un Partido Socialista no debe nunca ceder a la superstición de la eficacia absoluta de las funciones gubernamentales. Se ha repetido muchas veces que, en las grandes naciones capitalistas, no

son propiamente los ministros los que gobiernan, sino las grandes organizaciones industriales y financieras. Ello es verdad; pero también es verdad que en las grandes democracias, en estos momentos de transición, ejercen una influencia creciente en el Gobierno las grandes organizaciones proletarias, que mantienen firme su fuerza constructiva y conservan intacto su prestigio.

En el curso de este trabajo he intentado frecuentemente explicar el fenómeno de contagio de marxismo que experimentan las ideologías y los partidos antimarxistas.

No quiero ponerle fin sin indicar que también cabe que se dé el caso contrario: el del contagio de antimarxismo sufrido por ideologías y partidos marxistas.

Un Partido Socialista en el Poder que, por las circunstancias que sean, no puede acometer la solución de los grandes problemas económicos con su orientación propia corre gran riesgo de desdibujarse y confundirse con la psicología y los hábitos de acción propios de los partidos representantes de la burguesía intervencionista y reformadora. Y un Partido Socialista fuera del Poder que acentúe el culto de la violencia, pero no se cuide de construir, al modo de los laboristas ingleses, un programa bien maduro de política gubernamental que comprenda puntos tan esenciales como la socialización de las industrias principales y de las grandes explotaciones agrícolas, la socialización de los transportes, de los establecimientos de crédito y de las funciones principales del comercio, puede fácilmente degenerar en un reformismo revolucionario y violento de psicología y de actuación muy semejante a la del fascio.

Conclusión

Las indicaciones que acabo de hacer constituyen algunas de las varias consecuencias que pudieran deducirse de los antecedentes expuestos en el curso de este modesto e incompleto trabajo mío. No tienen más valor que el de ser la exposición de mi punto de vista personal. Muy poco valor tienen, por consiguiente. Mas confieso que, tanto como me disgustaría verlas entregadas a la voracidad de las pasiones ciegas, me complacería verlas sometidas a la prueba de una crítica y de una discusión serena. Al tratamiento de estas cuestiones es difícil que nadie se sustraiga en los tiempos que corren. La Humanidad actual es una especie de nuevo EDIPO, al cual le ha salido al paso la esfinge que ronda los campos de Tebas. El dilema es fatal: o el caminante sabe descifrar el enigma, o habrá de ser devorado por el monstruo.

Mas entre todos los caminantes de la vida actual, los que más obligación tienen de afanarse por hallar una solución satisfactoria a esos enigmas son los que gozan de la fortuna de llevar en su bagaje un buen caudal de conocimientos y, sobre todo, de hábitos mentales adquiridos en la práctica de la investigación y de la meditación científicas.

Hay quien se pregunta si los intelectuales de nuestra época se hallan propiamente a la altura de su misión. En su discurso de ingreso en esta Academia, un muy querido compañero mío, el profesor D. MANUEL GARCÍA MORENTE, emitía la duda de si, en nuestro tiempo, no existe una cierta cobardía intelectual; un autor alemán, PAUL SZENDE, ha escrito un artículo bajo el sugestivo epígrafe «La edad de la pereza mental» (*Das Zeitalter der Denkfaulheit*) (1), y es bien conocido el libro de JULIEN BEN-

(1) Véase *Der Kampf*, noviembre 1933.

DA cuyo título, *La trahison des cleres*, tiene todo el acento de una imprecación dirigida a los intelectuales de nuestro tiempo.

Análogas imprecaciones fueron también frecuentes en los años de la Revolución francesa, en los cuales la palabra *litterateur* llegó a adquirir una marcada significación despectiva, a despecho de lo cual la literatura de aquella época revolucionaria perdura y perdurará a través de los siglos.

¿Será tal vez que, por la misma razón que las épocas de crisis económica son propicias para la resurrección de todas las veleidades dictatoriales, en ellas suelen prosperar injustas tendencias al sacrificio de la intelectualidad como víctima propiciatoria?

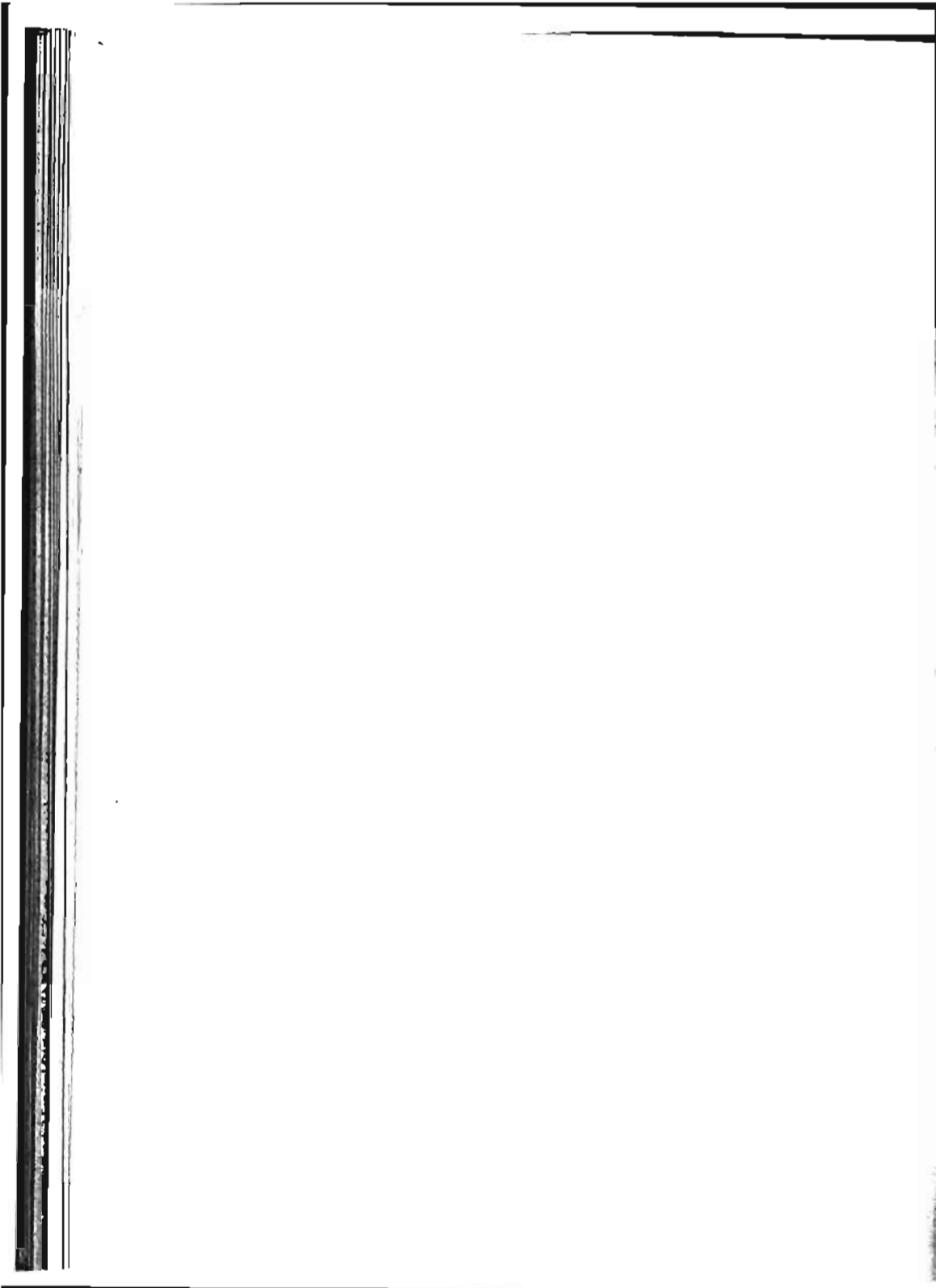
Aunque ello fuera así, no podría disculpar la deserción del puesto que a cada cual asigna su deber.

Seguramente la intelectualidad española no habrá de desertar del suyo.

Por mi parte, empezando por reconocer lo modesto de mi concurso, me atrevo también a reclamar un puesto en la gran empresa. Animado por este espíritu, me acerco hoy al umbral de vuestra casa, me acojo a la generosa hospitalidad que me habéis ofrecido y con que me habéis honrado y, con el alma convaleciente de pasados quebrantos, pero con la integridad de mis convencimientos, me dispongo a colaborar en vuestros nobles trabajos.

CONTESTACIÓN
DE SU EXCELENCIA EL PRE-
SIDENTE DE LA REPÚBLICA,
D. NICETO ALCALÁ-ZAMORA,
ACADÉMICO DE NÚMERO







Al constituirse, en su sesión del 30 de junio, las Cortes de 1910, su ilustre presidente, y querido compañero nuestro, D. ALVARO DE FIGUEROA Y TORRES, creyó, en una más de sus clarividentes intuiciones, que debía dirigir «un saludo de bienvenida, un saludo cordialísimo, a la representación del Partido Socialista Obrero militante, el único que faltaba por estar representado». Aquél, respecto de quien pedí yo a las Constituyentes, en mi último discurso parlamentario, que me permitieran continuar llamándole socialmente, con el afectuoso respeto de siempre, «conde de Romanones», siguió en su alocución presidencial celebrando la aportación genuina y directa que llevaba, al entrar Pablo Iglesias, de sufrimientos y necesidades padecidos, y mostró la esperanza de que el concurso del Socialismo obrero sería muy útil para la obra o labor del Parlamento.

Me he permitido en esta ocasión, y con la venia del colega cariñosamente aludido, acogerme a la autoridad de su ejemplo y de su experiencia, para señalar la fecha histórica, y celebrar el significado venturoso que dentro de esta docta Casa supone el primer ingreso de un socialista neto, inequívoco, total, a la vez doctrinal, organizador y combatiente. Como se dijo en la madre y maestra de estas corporaciones con motivo muy distinto, al volver del destierro un ex príncipe, patriota y respetuoso para con el régimen republicano: por primera vez la Academia se encuentra completa. Que tal proclamación la haga yo, cumpliendo el dictado de una imparcialidad, que nació efusiva en mi carácter, antes de surgir correcta en mis deberes, no tiene mérito alguno. Lo tuvo, y por

eso he evocado el recuerdo con que empiezo, en labios del hombre que acababa de sumar la hoy abolida grandeza a sus antiguas distinciones nobiliarias y a sus apellidos de estirpe y abolengo aristocráticos; el que había tenido la rara fortuna, magna preocupación y responsabilidad suprema, de acercarse a esas concentraciones fabulosas y apocalípticas que soñara MARX, ambicionan tantos y realizan pocos; el que en la cumbre de todos los privilegios supo, y sabe, ser uno de nuestros espíritus más honda y sinceramente liberales, a prueba, difícil y victoriosa, de todas las sugerencias hostiles del ambiente, en que debía desenvolverse su existencia.

Sería injusto el reproche, aparentemente fundado, de tardanza en la llamada académica a la representación socialista. Nunca fué esta corporación, para honor suyo, intolerante en la exclusión de las tendencias. Investida de su antigua preeminencia institucional, abrió las puertas con júbilo y solemnidad, por no citar más que a algunos de los muertos ilustres, a la heterodoxia política de entonces, representada en AZCÁRATE, UREÑA y BUYLLA, cuyo ánimo abierto y generoso tanto avanzaba por los campos sociales de la economía. Ni siquiera conoció esta Casa la doble y diferencial escala de edades, que la suspicacia maliciosa ha creído descubrir en las tradiciones académicas, acerca del ingreso; el turno de precocidad, abierto para las derechas, por ser la filiación contrapeso de juventud y garantía de prudencia; el de antigüedad apurada, dejado a las izquierdas, cuando ya los años, si no indicio de arrepentimiento, son presunción de cansancio.

Hubiese entrado aquí mucho antes el primer socialista significado, sin el obstáculo de circunstancias, extrañas a la voluntad de la Academia. En primer lugar, nuestro Socialismo aparece retardado y encarna en la figura tan inteligente, pero no erudita, de IGLESIAS, a quien acompaña, y principalmente en el apostolado inicial,

VERA, un intelectual auténtico, pero distanciado de nuestras especialidades. Más tarde, cuando en torno a la figura y la propaganda del fundador congregáse una pléyade, atraída y extraída del profesorado y de la ciencia, fué, durante años, legión juvenil, que al llegar a la edad madura sintió mezcla de timidez y de apartamiento, por lo que ella quería significar y por lo que creyó significábamos nosotros. Hubo, más bien que incomprensión en el electorado académico, lejanía en la actitud de los candidatos deseables. Fué necesario que tratándonos todos se acortasen las distancias por el esfuerzo mutuo de la comprensión. Entonces, al dejar atrás la Academia, sin descenso de jerarquía, adjetivación de rango; al llegar los socialistas a la experiencia, inseparable de la responsabilidad, en las funciones públicas, la primera elección era posible..., y estaba hecha. Bastaba recordar el nombre de la corporación y mirar su lema escrito en medalla sin poseedor; debía serlo, en nombre de la Ciencia, quien tan afanosamente, caminando por los senderos en que acecha y extravía el error, marchó en busca de lo que es *verum*; en tributo a la Moral, el luchador de limpia y ejemplar conducta, que en la armonía, alternada y tan difícil, de lo arriesgado y lo prudente, observó, refinado y enérgico, los dictados de lo *pulchrum*; en honor de la Política, quien procuró servir, rodeado por la llama de las pasiones, los imperativos de lo *justum*.

* * *

Este madrileño, con ascendencia gallega, que hoy recibimos, entró muy niño, con nueve años, a ser uno de los primeros alumnos, primeros en el ingreso y en el mérito, que tuvo la Institución libre de Enseñanza, para experimentar, resuelta y afectuosamente, sobre ellos, los métodos pedagógicos y la orientación que encarnara don FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS. No es de extrañar que

tan honda y noble esa primera huella modeladora, subsistiera siempre, y aun renazca y venza en definitiva, sobre influjos posteriores, en el espíritu del nuevo académico. Si éste luego admira en la Universidad a SALMERÓN y siente complacido su influjo, y el de D. JOSÉ CASO, al cabo la resultante de orientación filosófica y de tendencia, a que se somete, encontraba una preparación inicial. Si luego, especializado en la Psicología, reconoce y practica los métodos experimentales, en que brillara SIMARRO, en definitiva, y siempre, el alumno adulto y el profesor maduro volverán la vista al maestro admirable del niño, y el hondo recuerdo de aquél pesará decisivamente, y por eso fué educador, no sólo instructivo, en la vocación filosófica decidida y en la conducta inflexiblemente moral.

Muy joven, ha ya cerca de cuarenta años, en 1897, ganó BESTEIRO por oposición la cátedra de Psicología, Lógica y Ética en el Instituto de Orense, del cual pasó al de Toledo. Poco después de aquella fecha se estableció casualmente la base de nuestra relación, a través de un hombre de tanta bondad en su vida como modestia en sus méritos, de EMILIO DE LA LOMA, que tuvo en BESTEIRO y en mí tal vez sus dos más queridos amigos, y que pasó, obscurecido, por esta Casa y por el Parlamento, recogiendo con su habilidad taquigráfica el pensamiento ajeno, sin dejar huella del propio más que en el Consejo de Estado, del que fué secretario general.

No se limitó a España, ni terminó en la oposición ganada, la formación intelectual del profesor. Pensionado para continuar sus estudios en el extranjero, permaneció durante un curso en París, y asistió a tres semestres en las Universidades de Munich, Berlín y Léipzig. La influencia francesa no deja de ser perceptible; pero la estancia en Alemania había de producir mayor y duradero efecto, incluso por reacción espiritual, sobre el catedrático, el socialista y el político. De lo primero, la misma construcción y el tecnicismo del propio discurso de in-

greso son indicios expresivos. El militante marxista volvió de allí convencido y formado; su simpatía, o mejor dicho su antipatía política, quedó definida por la hostilidad a la primacía de profesiones, predominio de clases y omnipotencia de instituciones, en que vio basada, intensa y ostensiblemente, la estructura orgánica, la jerarquía de valores en el imperio germánico.

Desde 1912 BESTEIRO es, y lo fué también por oposición directa, catedrático de Lógica en la Universidad Central.

La producción científica de D. JULIÁN BESTEIRO, inspirada en lo cualitativo, con la dirección del pensamiento, por la acción ordenadora de la originalidad personal, sobre los distintos e indicados elementos de formación, es, cuantitativamente, menor en lo impreso de lo que representa en conjunto, sumando a ello la acción pedagógica, intensa y eficazmente formativa, de varias generaciones. A ese influjo, que se esparce, pero no se pierde, hay que añadir en citas concretas las obras publicadas.

En 1897 imprimió un trabajo titulado *La psicofísica*, obra que señala en España una novedad rectificadora, y que fué premiada por el Ateneo de Madrid. Ha publicado después varios opúsculos sobre cuestiones filosóficas, como *El voluntarismo y el intelectualismo en la Filosofía contemporánea* y *Los juicios sintéticos a priori, desde el punto de vista lógico*. Igualmente otros sobre cuestiones de administración municipal, como *El problema de la vivienda en Madrid*, de cuyo Ayuntamiento fué celoso concejal, o sobre cuestiones políticas y sociales, como *Luis Blanc y su tiempo* y *El problema de Marruecos*. Otros trabajos han quedado dispersos en revistas y periódicos. Las publicaciones de este orden revelan ya la desviación de la actividad, estrictamente científica y puramente filosófica, hacia otras candentes preocupaciones. Sin hablar de ellas, la personalidad de BESTEIRO no se mostraría plena y fielmente. Con ellas, computado el es-

fuerzo que suponen, aparece en su total rendimiento el espíritu, que de modo tan difícil y meritísimo ha sabido abstraerse con serenidad de la lucha que le envolvía, para dejar muestra tan valiosa de su saber y de su investigación.

* * *

A medida que el profesor se acercaba a Madrid, el adepto se compenetraba con el Socialismo. Las condiciones de preparación cultural aseguraban un propagandista; la disciplina modeló un militante; la constancia formó un organizador. En aquel partido, que fué durante mucho tiempo la obra perseverante de un hombre: de IGLESIAS, la jefatura, en fuerza de ser democrática, había de ser vitalicia. La justicia, que otorga puestos; el mérito, que los gana, y aun la ambición, que los apetece o los asalta, tenían allí limitado el horizonte a la mera y muy subordinada lugar tenencia. A ella se iban acercando el influjo y nombradía de BESTEIRO, cuando un conjunto de externas circunstancias vino a destacar súbitamente relieve y popularidad.

Las sacudidas con que la postguerra iba a remover el mundo habían de anticiparse de modo paradójico, pero explicable, en los países neutrales, cuya inquietud no sentía el compresor del peligro nacional.

El año 1917 fué de tormentas dentro de la vida española, donde el Estado sentía preocupación, aún mayor que por las fuerzas hostiles, en relación con sus propios y esenciales instrumentos de Gobierno. Una diferencia de situaciones, que correspondía tal vez a la de edades y experiencia visual, presentó a BESTEIRO en la vanguardia y a la vez en el mando de la agitación socialista. Conoció con entereza y soportó con dignidad la prueba dramática de la vida. Llegó a él, como a su familia, por anhelosa solicitud de los amigos, la fausta nueva, converti-

da en realidad ejecutoriada, que la suerte os aborrió a vosotros, señores académicos, de que sólo pedían contra él la pena inferior a la de muerte.

Mi espíritu se detiene en la evocación biográfica, y volviendo la vista atrás, en mi propia vida, dentro de ella acude a su fase académica en esta Casa, para recordar palabras de mi discurso de ingreso, escritas con la sencillez de firmes convicciones, sin el pensamiento puesto, ni enardecido ni pretencioso, en las lejanas adivinaciones de lo profético: «Interés, piedad, fe, desesperación, cuanto rebelde o generoso interroga, turbando la tranquilidad optimista que reposa en la justicia oficial, hay que recogerlo, proceda de una selección de sabios o se forme en el patio de un presidio. No bastará por ello haber estudiado ni profundizar en la práctica del Derecho; éste se conoce sólo cuando se vive, y por ser necesario haber vivido para no cometer honradamente tremendas iniquidades, si tuviéramos la seguridad de la enmienda, casi sería de desear que, a trechos, se hubiera extraviado pasajera-mente el juzgador en la senda de su existencia.»

Eso dije hará quince años, el 22 de febrero de 1920, en la recepción mía, y ahora en esta que me es tan grata, en que somos actores BESTEIRO y yo, límitome a deciros que si queréis completar la enseñanza aleccionadora de la vida con datos o recuerdos, de que la Fortuna os privase, para satisfacer la curiosidad tenéis ocasión y medios, en que la rareza, sin dejar de serlo, pasó de la estricta y numéricamente singular.

Desde 1918 el mando en el Partido Socialista se asemejó, con la asociación IGLESIAS-BESTEIRO, al caudillaje dual, aunque jerárquico, que, compensando edades y aptitudes, ha solido llevar ejércitos al combate y la victoria en la guerra material.

La sucesión a la muerte del apóstol no ofreció duda; la permanencia, indiscutida como antes, de la dirección en las nuevas manos era y fué, naturalmente, más aleato-

ria y precaria. Nuestro nuevo compañero ha sido y dejado de ser jefe del Partido Socialista y presidente de la Unión General de Trabajadores; ha procurado implantar sus concepciones y sus métodos y los ha visto triunfantes, discutidos y abandonados. Al cabo de alternativas tales, con la expresión habitual suya, en que se combinan sonrisa y amargura, volviendo la vista a su conducta, habrá dicho con la sencillez creadora, con las palabras insuperables del Génesis: Halló que era buena.

Juzgado unas veces como revolucionario, y condenado otras por suponerle inclinado a lo evolutivo, exaltado y prudente, ha visto, recta en el propósito, la línea de la vida, que en la de cada uno parece zigzag, por sinuosidades de la realidad. Lo constante, lo firme en su lucha de cuanto va de siglo, aun formando un vértice en 1917 y terminando la otra línea como es natural y simétrico en 1934, será la noción de la responsabilidad como caudillo y conductor de masas; la prodigalidad en el riesgo propio y la avaricia para el ajeno, ya sea de sus propias huestes, ya de víctimas extrañas; la convicción de que la fuerza y las revoluciones, medio eventual, obligado de todo partido, base de programa y dogma de ideario en el suyo, son necesidad extrema al servicio del bien general, sin mezcla de impureza; la práctica del desinterés que contempla, sin sentir la impaciencia del goce, la lejanía ineludible, y aunque sea inaccesible, del triunfo; y cuando el azar, el convencimiento, la vida en suma, la empujaron al peligro, en que el extravío, el error o la derrota están duramente castigados, dejar para la preocupación de los juzgadores tan sólo el problema de calificación legal, porque el de prueba lo dió resuelto, sin miedo ni jactancia, la serena veracidad de la confesión propia.

* * *

BESTEIRO llevaba en su formación mental, como en sus antecedentes de partido, el derrotero trazado de hombre político. El convencimiento, el ideario, expresado en el mismo discurso de hoy, impulsaban a no merecer el reproche de indiferencia por la causa pública, dirigido a los intelectuales que, encerrados en la técnica, más estrecha cada día, de especialidades, progresivamente separadas, no buscan el vínculo compensador en la solidaridad indestructible del total interés humano.

Por otra parte, el nuevo académico procedía de una agrupación apasionada y luchadora. Las afluencias del campo republicano, que fueron enriqueciendo el Socialismo, provinieron principalmente de dos lados: del partido federal, con programa de avanzada justicia social, forjado en la mente de Pi; del partido radical, que encuadraba masas enardecidas, disciplinándolas en sus Casas del Pueblo; de aquí venía BESTEIRO, y como luchador político hubo de sentir redoblado el impulso y excitada la vocación dentro ya del Socialismo.

Quizá no previese su primer triunfo electoral con la seguridad que lo veíamos los demás. Aquel retrato que popularizó su nombre y su figura en 1918, con toda la exactitud impresionante de la fotografía, el arte de verismo más efectista, llevaba en sí, en su atracción irresistible de voluntades, la credencial de diputado electo a favor del catedrático insigne: la más elemental previsión aconsejaba fijarlo en la Secretaría del Congreso, dentro del billete de circulación e identidad de los representantes en Cortes. Despertada la simpatía y atraída la incomprensión, frecuente e injusta, la valía, las campañas y la conducta del representante bastaban para asegurar la reelección.

Había ido formándose en los últimos Parlamentos de la monarquía esta figura inconfundible, con méritos relevantes, y singularmente adaptados para la Presidencia de la Cámara constituyente al advenimiento de la Re-

pública. En primer lugar, la lucha dentro del Congreso, precisamente por dura, había labrado en el espíritu recto del combatiente esos hábitos de tolerancia, virtud esencial y rara en nuestra vida política, que sólo se adquiere entre el huracán de los debates de aquel Palacio, y sólo se consagra y acrisola en la serenidad de las discusiones de esta Academia. Por ello pudimos comprender y votar, como un tránsito más por la muerte y en la vida, la extraña sucesión, que a muchos parecería salto, y que me permitirá imponer hoy a D. JUAN BESTEIRO la medalla que llevó otro ex presidente del Congreso, el que fué nuestro querido colega D. GARINO BUGALLAL.

BESTEIRO había mostrado en el trato parlamentario otra cualidad más, que brillaría desde el sitial de su presidencia, y que, inapreciable siempre, lo es más aún para dirigir y representar con dignidad las democracias: una distinción de modales y de actitudes, que para ser tal distinción, y serlo completa, no había renunciado a la llaneza.

Cuando contesté aquí a D. MIGUEL VILLANUEVA, destacué en su elogio la ausencia de ambiciones, de oposición, de conjuras, la inmunidad respecto del famoso *morbus presidentialis* en relación de pugnas con los jefes de Gobierno. Yo lo era al elegirse a Besteiro y sé cómo supo ser leal e imparcial el hombre representativo del Partido oficialmente más extremista de la Cámara. Llegó en esa corrección a grados tales, que debo recordar porque el caso a él le enaltece y a mí me obliga. La discusión constitucional avanzaba y se abordó el problema para todos, derecho para muchos, de la propiedad privada. Besteiro hizo uso del suyo excepcional, pero indiscutible, en los presidentes de la Cámara y bajó a los escaños para exponer entre el respeto de todos la tesis marxista. Yo, que presentí mi caída irremediable al intervenir en la contienda, pero juzgaba deber primordial impedir, en cuanto pudiese, yerros, excesos o deficiencias en la Constitución, intervine brevemente para expli-

car y salvar mi voto personal. La tempestad se desencadenó en la Cámara, y una crisis, la más parlamentaria, porque se desenvolvió en pleno hemiciclo, fué la culminación y consecuencia. Rebelóse entonces en el ánimo del nuevo académico, mi contradictor de aquel día, todo su noble sentimiento de equidad; no quiso tener el raro privilegio de que se respetase su excepcional derecho y se desconociera la potestad normal, y aun obligada, del jefe de un Gobierno para opinar y votar como diputado. Y en aquella agitada noche del 6 de octubre de 1931 pronunció las siguientes palabras, las que más pude agradecer y que hoy me abruma por la pobreza de mi correspondencia en este acto: «En esas intervenciones hay un noble propósito de servir al país, de servir al Parlamento y de servir a la República... Cualquiera otro hombre más atento a sus intereses personales que a los intereses colectivos, se reservaría en una prudencia egoísta para no comprometer su brillante porvenir. Y asistimos con frecuencia, señores diputados, a un espectáculo que es nuevo en la Cámara española y puedo decir que en la política española: el de un hombre que a cada momento lo arriesga todo para servir a su patria.» No pude, señores académicos, soñar más ni esperar tanto, ni dejar de recordarlo y agradecerlo.

Discernir si en las categorías políticas puede buscarse jerarquía más alta que la Presidencia de Cortes constituyentes será duda más difícil de resolver por la heterogeneidad de las posiciones a comparar; mas conste en todo caso que para cualquier otra posición comparable fué propuesto o requerido el nuevo académico, por estima justiciera de quien, pudiendo hacerlo, le conocía; y si hasta hoy **BESTEIRO** no ha sido más, con ser tanto, por la resistencia de la inhibición propia, superior a la dificultad de aportación ajena, para toda función, por excelsa o delicada que sea, la aptitud pareció segura, la acogida grata y el acierto prometedor.

Tal como era lo elegimos en 1933. Viene aquí en 1935 «con el alma convaleciente de pasados quebrantos, pero con la integridad de sus convicciones». Entre las dos fechas, más de un año, bastante en todo orden para alterar avalúos e inventarios. Lo pasó y lo hemos pasado todos con los efectos inevitables del tiempo y de la vida : sobre él como sobre nosotros pasaron preocupaciones, amarguras, esfuerzos e inquietudes, pruebas, en suma, al cabo de las cuales, si hubiéramos de volver a elegirlo, nuestra segunda unanimidad sería tan resuelta como antes, y más grata y merecida si ello cupiera.

* * *

Contrariando la rectitud y el gusto he hablado poco del recipiendario, porque necesito hablar también del tema de su discurso. No se me planteó por un momento la duda sobre eludirlo, sin ocultármeme, entre los argumentos para intentarlo, autorizados y directos precedentes. En la tradición, madre, para estas solemnidades, de la Academia francesa, cada discurso es un elogio del que se marchó definitivamente y del que entra reemplazándole. Aquel sistema, adecuado a un país con plétora de producción intelectual, no pareció conveniente a nuestras Academias, y los respectivos estatutos impusieron como estímulo de fecundidad la disertación sobre un tema. Aun así, académicos de tanta autoridad en esta casa como D. AMÓS SALVADOR llevaron el influjo del modelo francés a extremo tal de abstención, que habiendo discrepado aquél de la tesis sostenida por este ejemplar varón, que se llama PEDREGAL, a quien recibía, dejó la controversia para posterior iniciativa académica.

Respetando otros criterios y precedentes, no he querido acogerme hoy a ellos, porque, de hacerlo, habría chocado con mi creencia, traducida en actos propios, y aun con mi lealtad. Para mí, el académico que contesta a

otro es el primero que lee, comenta y aprovecha el discurso de éste, y en tributo a esa primicia expone las ideas, los comentarios que en él produjo tal lectura, sintiendo ese efecto despertador, inquietante, no el primordial, pero sí de los más trascendentes, que, con razón, asigna a la exposición científica el nuevo académico. Por creerlo yo así, cuando hube de contestar otras veces, hablé de terrorismo y libertad, del juego y del régimen representativo y parlamentario, aunque sin imitar ni seguir la trabazón de aquellos discursos, sin contradicción ni glosa totales, al volar de la pluma, recibiendo y mostrando sugerencias, desviadas y conexas, a la vez, como un eco alterado y, sin embargo, fiel, algo espontáneo, acoplado y dispar.

Si yo hubiera escogido la recepción de hoy para romper con esa constante tradición personal, habría parecido que, atento al eguismo, era sordo a la sinceridad; y en ésta íntimamente, en la de mi espíritu, la silenciosa prudencia de mi respuesta, la habría creído, más que una evasiva, una evasión. Estas solemnidades, sin ser emulación, porque tienen un protagonista, sólo e inconfundible, en cuyo honor se celebran, son al fin una correspondencia; y si el nuevo académico abordó, resuelto, delicado y correcto, sin vacilación, rodeo ni sombra, la parte para él difícil en su cometido, ¿con qué derecho podría yo refugiarme en los elogios, para mí lo fácil, y eludir lo que pudiera haber de resbaladizo en el tema?

Sin olvidar ningún otro deber, ajeno a la condición de académico, en la cual hablo, atento a aquéllos, al prescindir en absoluto de cuanto se relaciona con régimen o instituciones de otros Estados, voy a fijar mi pensamiento en lo puramente doctrinal; de ello, a señalar los cuatro puntos cardinales que trazan los linderos y el área de mis observaciones. Se referirán éstas al intelecto y el sentimiento en los problemas sociales; a la cuantía total y distribución justa de la riqueza; al ejer-

cicio del Poder dentro de la idea del Estado, y a lo dogmático y lo libre, la sistematización ortodoxa y las aportaciones accidentales en la justicia social.

* * *

Al hablar del primer aspecto del tema parecerá que sigo hablando del autor del discurso. En todo éste, salvo algún escape, hacia el final, de respeto y aun de esperanza, mirando a la pasión, campea el recelo, la hostilidad, no ya al exceso de aquélla, apreciado como daño, sino al simple influjo del sentimiento, visto como peligro. Frente a tal desdén, no oculto, la exaltación de la ciencia, del esclarecimiento intelectual. Esa misma preferencia, en el alma de BESTEIRO reflejóse desde sus primeros discursos en el Parlamento como una obsesión, y os confieso que durante años lo ha sido en mí descubrir la clave explicativa de lo que juzgaba, siguiendo su pensamiento, en él una contradicción paradójica, y entre los dos una honda discrepancia. Durante muchos años he tenido la timidez de no plantearle mi curiosidad en privado; hoy me permito el atrevimiento de exponerla en público, porque ya ante el eco de las últimas palabras, iluminadas por hechos que las preceden, veo clara, completa, perfecta, la explicación que tanto perseguí tenaz e inútilmente.

Sería desorientador buscar aquella explicación en el hábito, al cabo modelador, de la disciplina profesada, ya que el catedrático de Lógica lo fué ante todo de Psicología, y entendiendo ésta en su trabazón de psicofísica, ahondó en la huella sugerente de las sensaciones, como en la raíz impulsiva de los movimientos. Tan engañoso fuera explicarse el caso por la frialdad aparente de un temperamento, prevenido contra su propia fuerza emocional, transparentada en el relampagueo de lo espontáneo.

Implicaría en el hombre político el desdén hacia lo sentimental, olvido sin gratitud de los orígenes de su carrera, porque el diputado reelegido de Madrid tuvo la base electoral en el distrito ilimitado del sentimiento, antes de arraigar en el de la voluntad e ir penetrando en el de las inteligencias. No podría el afluado y caudillo del Socialismo desconocer la fuerza no ya preponderante, sino arrolladora, que en la expansión de la doctrina, y en la victoria de sus soluciones, ha supuesto la ferviente adhesión de masas, que no comprendían aquélla, y la conmovida transigencia de espíritus, que entendiéndola combatíanla. Hasta esas elevadas y filosóficas direcciones del pensamiento científico, que el discurso registra y clasifica con expresiones, según él de traducción difícil a nuestra rica habla española y según yo de pronunciación imposible para mi pobre garganta andaluza; hasta esas cimas altas y serenas de la Ciencia llegó el sentimiento, recogido imperceptiblemente de vasillos emocionales, en un fenómeno constante de impregnación capilar espiritual, absorbiendo teorías no socialistas, y menos aún ortodoxas, el contagio de lo pasional, o de lo conmovedor, que del Socialismo rezuma; formándose así escuelas mezcladas en que la filiación, sin seguir la recta y doctrinal línea de la legitimidad teórica, emparenta con la fuerza afectiva y genésica de lo natural, que ante aquel criterio pudiera parecer imperdonable bastardía.

Desechadas todas las explicaciones aludidas, ha de enfrentarse la única posible con las palabras del pensador y del caudillo, que llegó al Parlamento en 1918, el año que siguiera a 1917, y entra aquí en 1935, el que ha seguido naturalmente a 1934. El hombre de ciencia que aprendió en Filosofía la noción de causalidad; que profundizó la eficacia de ésta en el influjo y las reacciones psicológicas, el encadenamiento de los enlaces y los efectos en el raciocinio lógico, y el aspecto de responsabili-

dad directa y remota en las severidades éticas; el convencido de un ideal, con la vista fija en el triunfo definitivo, pero atenta a evitar las catástrofes retardatrices de la impaciencia; el caudillo que siente la dirección activa de organizaciones fuertes, pero frágiles, y la misión educadora de multitudes ignaras y necesitadas; el español asomado con espanto a la sima horrible de las guerras civiles, cuya ferocidad nunca extinta en agresiones, que engendran represalias, horroriza avivar; todas las facetas, en suma, del espíritu, complejo por la amplitud y diáfano por la sinceridad, habían de coincidir en la prevención alarmada contra el desbordamiento grosero de las pasiones, y en la ilusión mantenida sobre el freno iluminador de la inteligencia. No ha querido el autor del discurso, por amor a las masas que le siguen, arriesgarlas con inútil y monstruoso estrago, en demencia de frustración, de culpa y de retroceso; y si la preocupación, obesionada por aquéllas, le dejó pensar en sí mismo, la delicadeza del alma había de rebelarse contra la irresponsabilidad, más envilecida que ninguna, de las inducciones.

Entendida, como al cabo el análisis la explica, la hostilidad, la prevención, respecto del sentimiento, la actitud resalta por la nobleza y convence por el acierto. Precisamente cuantos sentimos la comezón de impulso hacia la justicia social y llevamos en el alma la convicción sentida y practicada de una esencial y democrática igualdad humana, hemos de extender el ansia de la distribución equitativa a los valores morales, a la excelstitud de la cultura, a la dignidad de las conciencias, al refinamiento del gusto y de la educación; porque sin esa democratización de lo moral, toda nivelación de lo económico será incompleta, engañosa y precaria. Por eso, porque en la igualitaria elevación del sentimiento está la base de bienestar, de justicia, de fraternidad, de ascensión firme y definitiva del proletariado, siente el espíritu, a veces, tanta repulsión hacia la complacencia en aprovechar, y para

ello mantener avivada, la grosería de la baja pasión y del alma degradada, forma quizá la más odiosa de explotación, que asienta ambiciones, sin la disculpa siquiera de crear riqueza.

Comprendido el recelo hacia el sentimiento, como el freno de la pasión peligrosa e innoble, ninguna objeción; pero entendiéndose que con la ciencia sólo se instruye y que para educar, misión más alta y plena, hay que laborar sobre el sentimiento. Si alguien proscribiera o menospreciase aquél en nombre de una supremacía intelectualista, nunca sería yo. Si ha de tener el sentimiento rango inferior, no ya indigno; si no tiene papel en la cultura, ni lugar en la ciencia, ven y sal conmigo, honor de la vida, conmigo, el menos erudito y nada sabio de esta Casa, que cree, espera, confía en ti y te alienta para mirar de frente, y sin envidia a la inteligencia, que sueles aventajar en tus saltos de intuición adivinadora, y a la voluntad que sostienes con el heroísmo de tus abnegaciones sublimes. Yo te he estudiado. Sentimiento, en la vida del Derecho, donde sin ti el alegato sería sofisma y prevaricación el fallo, que secaría el ansia de justicia; donde tu presencia exculpa o disculpa el delito, hasta en la forma inferior de lo vindicativo, y donde tu eclipse aberrojado por la omnipotencia reflexiva y fría de las otras potestades del espíritu, se llama odiosidad de premeditación o vileza de alevosía. Mientras seas noble, mira a todo, elévate hacia todo, ayúdanos en todo. Por ser misterio que ennobleces y hermo seas nuestro sér, a semejanza de lo divino, tras de ser belleza, arte, piedad y amor, oración y culto, eres el reflejo viviente de los otros misterios, que son dogmas; tú eres Encarnación, en que late el alma y sueña la sangre; tú eres Gracia, que nos eleva, con auxilio subconsciente, a las alturas de lo deliberadamente inaccesible; y tú, en la Trinidad de nuestro ser anímico y total, eres verbo hecho carne, que sin ser extraño a la Creación de la voluntad, ni a la Reve-

lación de la inteligencia, comprendes y simbolizas el sacrificio inmenso, abnegado, supremo de toda Redención. Por ser esperanza de todos, ya de la miseria colectiva y ajena, ya de la flaqueza individual y propia, cuando al auscultar sobre almas de pueblos o de hombres, con mente nublada y conducta claudicante, se percibe sano el sentimiento, el hallazgo ofrece el deseo anheloso, y el resultado consolador de encontrar que en el cuerpo enfermo responde fuerte, ¡simbolismo expresivo!, el corazón.

* * *

Quizá en pocos pasajes penetrará la comprensión, siempre amplia y tolerante, del discurso, tan en la entrada del problema social y con criterio de inequívoca transigencia o generosa vacilación, como en lo que se refiere a distribuir y aumentar la riqueza. Dando toda su importancia a este segundo aspecto, que, sin embargo, es previo, porque de no resolverlo sólo cabe repartir la escasez, se entra de lleno en la relación de la Economía con el Derecho, en la medula de aquélla y de éste, y aparece, inevitablemente, como árbol del bien y del mal, el interés humano, con sus cosechas, alternadas o simultáneas, de progreso y miseria.

Si imaginamos una sociedad perfectamente penetrada de la equidad distributiva, pero resignada, sin ambición a practicarla, su perfección moral habría cerrado el horizonte del bienestar. Si pensamos en otro tipo de sociedad, más rica y menos justa, el doble espectáculo de abundancia e iniquidad despertaría el estímulo forjador de un régimen más progresivo. Comparados los dos tipos, el más inferior moralmente encierra mayor energía potencial para superarse y aventajar al otro. En suma, la conformidad igualitaria puede adormecer la energía creadora, mientras que la injusticia irritante puede empujar a la reforma que la purifique.

El problema que encierra en sí el papel y las restricciones del interés, y de la ambición que lo impulsa, no es fácil de resolver y menos de conciliar en una de esas síntesis tan simplistas como rebatibles. Si por muchos, y con aparente fundamento, se entrega al interés económico la fertilidad de la producción y al freno del Derecho la justicia colectiva de la distribución, no faltarán argumentos para sostener que producir puede ser tarea colectiva y racionalmente reglamentada, mientras que en el consumo, mirado más como hecho físico que como finalidad moral, la individualidad recobra, justa e inevitablemente, su puesto.

Por latir en el fondo de la concatenación aludida todo el magno problema de la individualidad, obscurecida, pero inextinguible, dentro de las soluciones colectivistas; no es de extrañar que las citas y las fuentes de estudio se refieran principalmente a Inglaterra, y dentro de ésta a la Moral o Filosofía utilitaria. Pero es el concepto esencial, y el origen último del Derecho, lo que se evoca y remueve al plantearse problema tal. Cuando con criterio biológico se reflexiona sobre la razón de ser del Derecho, aparece éste apoyado en el hecho que vitalmente diferencia y destaca a la especie humana; en una variabilidad ilimitada, creciente y progresiva de las necesidades, al impulso de la voluntad. De ahí aparece el Derecho como coordinación de voluntades y necesidades, con la doble condición o naturaleza que le da el tejido indestructible de ambas; ética por lo primero y económica por lo segundo; fortalecido por la coacción, que la necesidad impone y legítima, y a la cual la voluntad es sensible y se somete. Toda esa concepción biológica del Derecho, en la cual el materialismo económico no se excluye, pero tampoco se desborda, por la compensación ética, que lo completa, aparece removida y fortalecida al colocarnos frente a ese problema, que BESTEIRO presenta, de distribución y cuantificación de la riqueza; por-

que no habrá de adormecerse la voluntad fecunda, impulsora de ésta, y deberá ser refrenada la voluntad rapaz o parásita, acaparadora de lo que otros crearon.

Mientras en la lentitud del progreso productor, o en la velocidad, que hoy se nos antoja inercia, de sus primeros saltos, subsistió la perspectiva de escasez, la gran ilusión de la vida pudo perseguir su ideal por la ruta y con el ensueño de la abundancia, resignada tácita, aunque no reflexivamente, a la definitiva verdad de que no se produzca aquel progreso sin que la repercusión de mejora llegue, aunque en menor grado, a todos, y sin que la pobreza de una etapa hubiese parecido Fortuna en otras de considerable atraso. Pero lo que ha desatado, y con motivo, la irritación del mundo sin ilusión ni rumbo, ha sido tal vez el fenómeno de la superproducción, acompañado de la escasez y de la miseria. La conciencia se ha encontrado frente a un enigma que a la vez empobrece, desilusiona, agravia y exaspera. Se ha revuelto airada contra un sistema, y en el afán ingenuo de furia destructora, se enfrentó contra el exceso de máquinas, más exacto que en nada en su aspecto negativo de falta de humanidad. Lo que había quebrado no era la técnica, sino lo que ésta no puede sustituir y sí servir: el imperio olvidado de las fuerzas morales, de los valores de este orden, sin retorno al cual no hay progreso útil ni salvación posible.

* * *

Entre esas fuerzas morales, y como una de las que más importa moralizar, entran, naturalmente, el Estado y el Poder, no entendidos, por supuesto: el primero como ingente fábrica a explotar por el interés de los partidos, y el segundo como colosal instrumento de tortura para exterminio o inutilización de los adversarios.

Con el Estado, con el Poder y con el Gobierno se re-

laciona el discurso, bajo los aspectos de origen y necesidad de aquél, ejercicio democrático o dictatorial del segundo y participación o ausencia respecto del último.

Nada más explicable que el deseo común en las doctrinas sociales de explicarse a su vez, por caminos diferentes, el origen del Estado: ello responde a la exigencia de solidez constructiva, que busca el doble cimiento de arranque histórico y apoyo natural de las instituciones. Pero pocos empeños tan difíciles y destinados a la arbitrariedad más o menos fantaseadora de las hipótesis. La infancia de la Humanidad se defiende como la individual en la lejanía inexpresiva y sin recuerdos, para dejarnos una imagen confusa, quizá porque al serlo venga a ser la más exacta: y cuando el intento indagador se supie en uno u otro orden por la exploración de adulto sobre niño, surge para mantener el misterio la doble incompreensión de ideas y de lenguaje. Pero sea cual fuere el origen último de los Estados, provengan o no de una fase de comunismo primitivo, que rompió la desigualdad de apetito y fuerza, lo seguro es que el Estado no desaparecerá, y menos modelado por concepciones socialistas, y menos todavía si aquella hipótesis histórica se admite como cierta. La transición de un Estado colectivista a una desaparición del Estado no representa en la doctrina sino lo que en otras distintas, ensueño parecido: un vuelo o una concesión hacia las ilusiones de libertad humana, para hacerles más llevadero el peso y el freno de la limitación autoritaria. Pero sería más ilusorio aún pensar que la socialización, que ha de ser estatismo creciente y pujante, desembocara, tras haber montado su maquinaria gigante, en la pura y sencilla desaparición del Estado. Si el supuesto o real comunismo primitivo fué roto por una ambición, que suplió con el instinto teorías y experiencias inexistentes aún, de otro tipo social, el riesgo de que éste resurgiera, la tentación de ambiciones desiguales reaparecerían, después de cono-

cidas y gozadas, al menor adormecimiento o debilitación del poder colectivo.

Problema muy diferente de la permanencia del Estado es la de dictadura, proletaria o no, dentro de él, y aun la necesidad ineludible de aquélla como forma transitoria de implantación. Las dictaduras, por su esencia y para bien de la Humanidad, no pueden ser el régimen ideal y perenne que significan las democracias. Considerada como perpetua, o siquiera continuada durante varias generaciones, una dictadura proletaria implicaría, con absurda injusticia, la iniquidad, meramente invertida, por represalia, de las desigualdades suprimidas, o la venganza persistente y heredada, que al considerar desaparecida la lucha de clases la convirtiese en guerra de castas.

Lo que apunta, y con harta razón, nuestro nuevo compañero es que la violencia revolucionaria y la dureza vengativa en los avances de la justicia social castigan la crueldad perezosa de ésta, y recompensan o reconocen la generosidad de su desvelo. A sociedades comprensivas y progresivas deben aguardarles soluciones más democráticas y menos vengadoras, mientras que del régimen de iniquidad se salta al del terror con una facilidad preparatoria y educadora, que ayuda lógicamente a la ejemplaridad, provocada y no prevista, de las sanciones.

Junto a problemas como éstos aparecerá siempre pequeño, con ser tan interesante, el de la participación socialista en el Gobierno, a que también dedica menor espacio el discurso. La sinceridad y la consecuencia de su autor le muestran poco entusiasmado con aquélla. Teme el contagio, ahora pasivamente, de otras doctrinas: pero ello es inevitable en la duda y la verdad que con aquélla y en la ciencia se abre paso. Prevé o registra desgaste al gobernar y pérdida de prestigio; mas no será prudente saltar a la dirección total sin el aprendizaje de la experiencia, ni doctrina sólida y provechosa la que no arros-

tro la prueba de ésta, ni deje de aprender en sus lecciones, de las cuales no es la responsabilidad la menos educadora. El problema, en definitiva, es, conforme a su condición, de táctica variable, según los países y los tiempos. A veces puede gobernar solo, y sin esperar triunfos totales, un partido colectivista; otras veces participa, o sostiene, o meramente influye, formas todas de colaboración, de enseñanza y de responsabilidades, y al cabo, de rectificaciones y tolerancias. Lo más exacto, justo y paradójico es que con frecuencia la codicia del mando estorba su logro, y el desprendimiento de ambiciones facilita el ejercicio no deseado del Gobierno.

* * *

Cuando nuestro compañero defiende la supremacía de la solución democrática, frente a la de dictadura; una vez más, como en otras ocasiones, procura no ya reforzar sus propios argumentos de razón con los de autoridad personal de CARLOS MARX, sino anteponer los que proporciona la exégesis del pensamiento de éste. Más por exigencias de la causa que por criterio general metodológico, aparece y reaparece en el discurso esa inevitable propensión del Socialismo ortodoxo a descubrir primero, a escudriñar después, en torno a los escritos del maestro, que acaba, quiérase o no, en aquélla, por hacer de la fórmula de éste un credo, de su doctrina una revelación, de la creencia adepta una fe, del esfuerzo de los prosélitos una interpretación. Dentro de la escuela el autor del discurso, leyéndolo en lo diáfano, sin afán ni pretensión de descubrir en lo invisible, BESTEIRO aparece con la preocupación de ortodoxia, pero sin la ceguera de fanatismo. Su creencia, apoyada en la autoridad misma del fundador, de que el marxismo necesita superarse y contrastarse, lleva implícita, sin reproche de tibieza o herejía, la posibilidad de rectificaciones, que había de admitir

-como posibles, aunque las discuta o niegue como demostradas, un espíritu abierto y tolerante. De serlo en grado extenso, de comprender el mérito científico de la doctrina, ante todo como estimulante de la inquietud espiritual, que investiga, contradice y reforma, hay noble y explícita declaración. ¡Cuán cierto es que el mérito y la eficacia mayor de libros famosos están antes en lo que agitan que en lo que revelan! ¡Los millares de páginas y de pensamientos que habrá engendrado en siglo y medio corrido *El contrato social*! ¡Y si se sometiera el pacto como tal a una sentencia, parecería improbadado o falso en los resultados e inexistente o rescindible, ineficaz siempre, en los considerandos!

¿Dónde está la verdad, o, al menos, se encuentra mejor, sobre los problemas sociales? ¿En la ortodoxia dogmática o en la libertad de la doctrina? ¿En teorías completas, sistematizadas, o en atisbos dispersos e inconexos? Si, como decía AZCÁRATE, hay más que un problema social único, y solucionable, una serie de problemas sociales, simultáneos o sucesivos, que enlazan o renuevan la inquietud de la justicia, será útil y necesaria, con más motivo, la aportación de todas las tendencias, aprovechables siempre, aunque el problema fuese único y la clave para el mismo una concepción totalmente constructiva. Del fondo de las ideas y de la moral religiosa, que parecen conservar virgindades, perennes o no vividas aún; de todas las tendencias filosóficas; del Derecho clásico, cuyas ideas de causa en los contratos, de pactos imposibles o velados, de culpa, riesgo o indemnización, encerraban potencialidad social insospechada; de todo, en suma, puede extraerse material, ya que no calcar planos, para construir esa justicia.

Quizá la verdad parcial sea más frecuente o fácil en lo fragmentario; pero lo más impresionante y atrayente estará siempre en las teorías sociales, sistemáticas y completas. Para serlo, y para atraer, tendrán todas como exi-

gencia de moral, de derecho, de psicología, una mística, una lucha y una ilusión, con toda la fuerza y todo el peligro de esa mística, de esa lucha y de esa ilusión. Una mística, con el inconveniente de su intolerancia, porque la construcción colectivista, que parece olvidarse, como de algo atómico, celular o microbiano, de la individualidad, ha de cimentarse en los infinitos, minúsculos granos de arena viviente, más movediza y pulverizada porque la aventa la muerte; y mientras no se apodera un ideal de las almas no tiene virtualidad, y más si ha de luchar con las llamadas del egoísmo. Una lucha, en que batalla el ansia de justicia, con toda su fuerza destructora y victoriosa; con el magno peligro de que perpetuada y absoluta lleve a las conciencias a ese eclipse de la rectitud, a esa idea de monstruosas licitudes, de agresión y de ferocidad, estrago en las almas, de daño inmensamente mayor que el material en los períodos de guerra crónica. Y una ilusión siempre, que anima y mueva al mundo con la esperanza de mayor ventura.. y con el temor de mortal desesperación, si al romperse en el choque con la tierra de las realidades no ha aparecido, como vuelo, anuncio o vislumbre, otra que la reemplace en el ensueño de las almas, anhelosas y doloridas.

¿Qué nos aporta el nuevo académico? ¿La verdad absoluta? Ni él ni nadie. Pero trae una convicción, una doctrina, una rectitud, una preparación científica preciada, y la ejecutoria de una vida transparente y ejemplar. ¿Quién traería más, como cooperación, a esa obra en que no caben paros ni demoliciones, ¡nadie lo aguarde ni lo intente!, de la justicia social?